

Beatriz Rodríguez

Cuando éramos ángeles



Lectulandia

¿Cuándo se empieza a gestar un crimen, cuando se decide cometerlo o muchos años antes, cuando éramos ángeles? Una mirada retrospectiva. Una novela de intriga sobre la pérdida de la inocencia.

Clara, una joven periodista, vive en un pueblo de menos de mil habitantes, donde lleva una vida tranquila. Dirige el periódico digital local, aunque aspiraba a mucho más, y no se relaciona con casi nadie, a excepción de Chabela, la dueña del hostel Las Rosas, donde come y duerme, e intenta olvidar la reciente muerte de su marido, bebiendo por las noches y saliendo a correr por las mañanas. La aparición del cadáver de Fran Borrego, uno de los dueños de las tierras que rodean el pueblo de Fuentegrande, hará que esa vida aparentemente tranquila le muestre una sociedad repleta de envidias, intrigas y tramas incompletas que provienen de un pasado que desconoce. Mientras Clara inicia una investigación sobre la muerte del cacique, entrevistando a distintos personajes que pueden estar involucrados en su asesinato, nos adentramos en un flashback, ambientado en los años noventa, que muestra la verdadera historia de cada uno de ellos, así como el descubrimiento, por parte de este grupo de adolescentes, del sexo, el amor, la ira, la amistad, la decepción y la venganza.

Lectulandia

Beatriz Rodríguez

Cuando éramos ángeles

ePub r1.0

SoporAeternus 01.05.16

Título original: *Cuando éramos ángeles*
Beatriz Rodríguez, 2016

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



*A Ernesto el Aventurero,
que mató al dragón y me invitó a bailar
sobre sus relucientes escamas*

¿En qué escondidos armarios
guardan los subterráneos ángeles
nuestros restos de nieve nocturna atormentada?
¿Por qué vertientes terribles se despeñan
los corazones de los viejos relojes parados?
¿Dónde encontraremos todo aquello
que éramos en las tardes de los sábados,
cuando el violento secreto de la Vida
era tan solo
una dulce campana enamorada?

MIGUEL LABORDETA,
«Retrospectiva existente»

UN APERITIVO

Nadie sabía con certeza si había sido el viento o un rayo, pero a todo el mundo entristeció ver la fotografía de aquel enorme árbol centenario que medía más de treinta metros, y cuya base podía tener un perímetro de al menos seis, partido por la mitad.

Lo llamaban el Pino de Rocafría y durante décadas había presidido solitario una de las colinas más altas de la comarca. Desde distintos puntos de la sierra podía verse la enorme copa que parecía observar el trabajo de las huertas, las pozas y riachuelos que le daban a la tierra ese carácter fértil, y las vidas, diminutas desde las alturas, de aquel pueblo enterrado en un valle que era Fuentegrande.

Jeanne leyó la noticia en el periódico *La Velaña Información*. Le gustaba leer la prensa local cuando salían de viaje, especialmente si iban a algún país de habla hispana. Así podía practicar el español aprendido en la universidad y presumir delante de Paul. Desde Cansinos, donde estaba el hotel de cuatro estrellas en el que se alojaban, hacían excursiones para visitar el árbol caído a primera hora de la mañana.

Jeanne miró la espalda pelada de Paul y sus rodillas enrojecidas. Llevaban una semana tirados en la playa, friéndose como lagartijas y comiendo en aquel abundante *buffet*, cuyos platos, inexplicablemente, tenían siempre el mismo regusto a mantequilla quemada. Les vendría bien una excursión a la sierra, para airearse un poco, tomar un aperitivo en algún pueblo escondido de la zona y salir de aquel microclima del «todo incluido» en el que los huéspedes del hotel se parecían cada vez más a un rebaño de ovejas, solo que, en lugar de pasto, podían consumir todos los mojitos que quisieran.

Resultó que eran los únicos del rebaño a los que les apeteció hacer la excursión aquel miércoles de mediados de julio, por lo que fueron acompañados por un conductor que el hotel puso a su disposición en un todoterreno enorme. El camino hacia el lugar, elevado a más de setecientos metros por encima del nivel del mar, era empinado y de difícil tránsito, pero se podía llegar en coche hasta el mismo pino si se iba en una máquina como aquella.

Jeanne quiso hacer a pie el último tramo y disfrutar del agradable paisaje de alcornoques, castaños y olivos que moteaban las huertas, sin el traqueteo del todoterreno. El conductor les indicó el camino y esperó en el coche; eran solo unos minutos y la subida más dura ya quedaba atrás.

La tierra estaba tapizada de helechos que anunciaban la humedad de aquella zona. Tenían que subir por el sendero que llevaba a una gran roca, situada justo delante del claro donde descansaba el árbol centenario. Jeanne la tocó para ver si su temperatura obedecía a su nombre y, efectivamente, encerraba todo el frío del enorme manantial que corría por debajo.

El camino se hizo más umbrío, tuvieron que apartar varios matorrales, pero enseguida vieron las enormes ramas, gigantescas e inertes, posadas sobre el suelo.

Era una visión triste. Jeanne pensó que era la forma que tenía la naturaleza de ser condescendiente con el hombre. Fue el último pensamiento que recordaría antes de oír el grito de Paul.

SANGRE ENCEBOLLADA

El cuerpo de Fran Borrego estaba boca arriba, con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda manchados de sangre. Los ojos, todavía abiertos, mantenían una expresión de sorpresa y pánico que seguramente habría mitigado el dolor causado por el golpe en la cabeza.

«Debió de tocarse la herida antes de caer», dijo Celestino, uno de los dos policías comarcales que patrullaban por Fuentegrande. Su compañero, Ángel Crespo, había recibido el aviso de la guardia forestal hacía un cuarto de hora. Se dirigían a hacer el primer control de la mañana en la carretera nacional que accedía al pueblo, pero, al saber que se trataba de Fran Borrego, dieron media vuelta y subieron rápido los diez kilómetros de puerto de montaña que separaban Fuentegrande del resto de la civilización.

Antes de ver el cadáver hablaron sobre la posibilidad de que le hubiera dado un infarto, y a Celestino le extrañó; Fran debía de tener cuatro o cinco años menos que él, que estaba rozando los cuarenta. Era demasiado joven para eso. Sin embargo, cuando vio el cráneo abierto y los ojos de pánico del cadáver, pensó que no era demasiado joven como para que alguien quisiera cargárselo. De hecho, se lo estaba buscando desde hacía mucho tiempo.

«La sangre tiene que ser de pollo, porque es la que tiene el sabor más dulce», le dijo Chabela, la dueña del Hostal Las Rosas, a Clara Ibáñez cuando esta entró en la cocina y dijo: «Qué asco, por Dios, ¿y así quieres que coma?».

Desde hacía unos meses, Chabela estaba empeñada en engordar a su mejor huésped y cocinaba todos los días lo que ella consideraba exquisiteces de la tierra. Como casi todas las grandes cocineras, consideraba que la narración de sus platos era fundamental para abrir los sentidos, pero, mientras le contaba: «Picas dos cebollas y dos ajos y los sofríes en una sartén con aceite de oliva virgen y una hojita de laurel; cuando la cebolla esté pochada, añades la sangre que previamente has cortado en daditos», a Clara le dio una arcada tan grande que tuvo que salir de la cocina; bebió un poco de agua de la jarra que Chabela tenía siempre en el mostrador de recepción y se dispuso a salir del hostel, no sin antes oír a lo lejos el discurso ininterrumpido de su casera: «Le añades un vaso de vino blanco, cuanto más rico, mejor, y dejás que se cueza unos veinte minutos».

Clara Ibáñez salió a correr como todas las mañanas por los diez kilómetros de puerto de montaña que «separan Fuentegrande del resto de la civilización». Era ella la autora de la frase, pero, aunque mucha gente en el pueblo pensaba algo parecido, no había vuelto a repetirla desde que tuvo un encontronazo en el bar del Hostal Las Rosas con un viejo que le dijo que en Fuentegrande no gustaban las forasteras con pinta de puta que se hacían las graciosas. Clara supuso que era porque llevaba un pantalón de correr muy corto y una camiseta rosa que le dejaba la barriga al aire. Le

hizo gracia pensar que aquel hombre consideraba ofensiva la ropa de deporte y comprobar, una vez más, el rechazo hacia lo desconocido que imperaba en el pueblo, especialmente si lo desconocido tenía algo que ver con una mujer que salía a correr sola por la carretera, a cuento de qué.

Como ya hacía bastante calor, aquella mañana también llevaba los pantalones cortos y la camiseta con la barriga al aire, aunque esta era negra y tenía unas gruesas tirantas que le sujetaban la espalda. Salía del hostel todos los días antes del amanecer y hacía unos cinco kilómetros del puerto, aunque casi nunca conseguía terminar los de subida, porque eran los más empinados, y llegaba al pueblo andando a paso rápido. Este era el momento que menos le gustaba, la carrera de fondo le permitía dejar la mente en blanco, pero con el paseo empezaba a darle vueltas a la cabeza y, en muchas ocasiones, decía frases sueltas en voz alta, como si el asfalto fuera un psicólogo, o un confesor.

Clara Ibáñez había llegado a Fuentegrande para dirigir el periódico comarcal *La Velaña Información* junto con Marcos, su marido, que había nacido en aquella zona y cuyo sueño desde que terminó la facultad fue volver a vivir en alguno de los pueblos de la comarca, trabajar como periodista *freelance* y llevar una vida tranquila de paseos por el campo y excursiones a las playas cercanas. A Clara le pasó algo un tanto extraordinario: toparse con lo que ella consideraba un buen hombre en un momento en el que andaba bastante desencantada con la idea del amor, y decidió que podía construir su realidad alrededor de la realidad de Marcos, si el trabajo continuaba siendo más o menos interesante y la vida con él seguía proporcionándole la dosis adecuada de sexo y compañerismo con la que cualquier persona puede transitar con facilidad hasta la vejez, tal vez un poco menos.

No le salió del todo mal, porque consiguió que un grupo importante de telecomunicaciones en el que había trabajado invirtiera en un periódico comarcal con versión digital gratuita: ella dirigiría el periódico y él, que quería pasear, la versión digital.

La oscuridad se instaló en la vida de Clara Ibáñez una mañana de finales de verano. No llevaban más de dos meses viviendo en la nueva casa de Fuentegrande cuando Marcos se despertó con un dolor insoportable en el pecho. Al llegar la ambulancia, una hora después, se la encontraron de rodillas en el suelo del salón, con el cuerpo muerto de su marido en los brazos.

Convertirse en una viuda de treinta y cinco años que vivía en un pueblo de menos de mil habitantes era algo que Clara Ibáñez no supo digerir. Nunca había sabido afrontar con normalidad el dolor; tenía desde pequeña un rechazo disfrazado de pragmatismo ante las situaciones dramáticas, pero el día del entierro creyó que aquel vacío que Marcos dejaba nunca permitiría que la vida volviera a tener ese carácter apacible que, pensaba ella, tanto necesitaba. Cerró con llave la casa en la que no quería volver a poner un pie, se instaló en el Hostal Las Rosas y se dedicó a sacar el periódico adelante trabajando doce horas diarias, emborrachándose los fines de

semana con Chabela y corriendo todas las mañanas hacia la mitad de un camino que llevaba a la civilización.

Por allí iba aquella mañana en la que vio pasar a más de cien kilómetros por hora el coche de la policía comarcal. Normalmente, Celestino se paraba y le decía alguna burrada, así que le extrañó no percibir ni una mirada de refilón por el espejo retrovisor; también le extrañó ver una ambulancia en la entrada del pueblo, en la esquina de la taberna de Justo, donde estaba prohibido estacionar porque era una curva muy cerrada. Se acercó sin mucho disimulo, pero solo consiguió ver la cara pálida de Ángel Crespo, la mole de cien kilos del cuerpo de Fran Borrego subida a una camilla y a Celestino dirigiéndose a ella mientras le decía que se fuera de allí inmediatamente.

Cuando todos se calmaron un poco, especialmente los dos policías, que al parecer conocían a Fran desde que eran pequeños, Clara consiguió averiguar que el cuerpo lo habían encontrado en el Pino de Rocafría unos turistas que paraban en Cansinos, la capital de la comarca. Todavía no se sabía nada más, tenían que esperar a que viniera un forense porque Alfonso, el médico, estaba de viaje. «Qué casualidad, coño, no trabaja nunca y para una vez que nos hace falta no está», dijo Celestino mientras miraba fijamente la buganvilla que había en la puerta de la taberna de Justo.

La comarca de La Velaña era una zona que albergaba los diez pueblos situados en la falda de la cordillera más grande del país. La mayoría de ellos tenían fácil acceso por carretera a una zona de playa muy amplia, pero, entre pueblo y pueblo, había numerosos valles de encinas, castaños y nogales, por lo que al turismo de playa de toda la vida se había sumado desde hacía un par de décadas el turismo rural. Además, había numerosas empresas especializadas tanto en chacinas como en productos de mar enlatados y salmueras. Una zona rica en la que Fuentegrande había sido históricamente el pueblo menos favorecido, ya que el puerto de montaña establecía en la antigüedad una frontera física difícil de franquear, que en la actualidad se había convertido en un límite psicológico instaurado en la estrechez de miras de sus habitantes, defensores de la economía reducida que proporcionaban al pueblo los productos de las huertas. El turismo rural requería una infraestructura muy costosa, por el difícil acceso a los valles, y la zona de playa que le pertenecía estaba dividida entre un parque natural, sobre el que no se podía construir nada, y una zona militar, cedida a las tropas norteamericanas en la época de la dictadura. Lo único realmente de valor que tenía Fuentegrande era el agua. La montaña sobre la que reposaba el pueblo era una gigantesca bóveda de la que manaban numerosos manantiales que, bien gestionados, podían convertir el lugar en el abastecedor de agua más importante no solo de la comarca, sino de toda la provincia.

Cansinos, la capital de la comarca, era en realidad un pueblo grande, cercano a las playas. Aparte del casco antiguo, asediado por numerosas urbanizaciones que nada tenían que ver con la arquitectura original de la zona, el paisaje de Cansinos estaba cubierto de edificios de diez plantas pintados de colores chillones, centros

comerciales, parques empresariales y hoteles gigantes. Curiosamente, y gracias al empeño de Clara Ibáñez, la sede de *La Velaña Información* seguía estando en Fuentegrande, aunque la «sede» no era más que un despacho situado en la planta de arriba de la caja rural, que estaba en la misma casa —jamás eso habría podido llamarse edificio— en la que se encontraba el ayuntamiento.

Desde la ventana de la oficina se veía la iglesia de San Nicolás, que presidía la plaza del pueblo, de la cual salían cinco calles principales sobre las que se iban ramificando, casi en círculo, otras callejuelas de piedra, no aptas, en opinión de Clara, para los tacones que se ponían las jovencitas en las procesiones de Semana Santa, y de cuestras imposibles que fortalecían, de una manera realmente curiosa, los gemelos de las numerosas ancianas que seguían fingiendo sus vidas entre visillos y rezos.

Clara entró en la oficina a las ocho y treinta y cinco, veinticinco minutos antes de lo que era habitual, y pilló a Auxi, su ayudante, hablando por teléfono con el novio mientras se hacía un trabajo de primera sobre sus uñas de porcelana con una lima enorme.

Pese a no compartir el universo estético de Auxi, en el que el tacón de punta fina blanco se consideraba fondo de armario, los vaqueros eran inapropiados para ir a trabajar, las mechas desprendían señales de prosperidad y conservar un moreno de terraza acartonado y sin brillo desde abril hasta octubre era el *súmmum* de la belleza, Clara no podía quejarse de su trabajo. Además de llevar toda la administración y de tener perfectamente coordinados los artículos de los numerosos colaboradores del periódico, se tenía camelado al chico de la imprenta de Cansinos y conseguía colar la publicación, aunque llevasen medio día de retraso. El único problema era que Clara no había visto sonreír a Auxi en la vida. Tenía novio, algo importante para la sociedad fuentegrandina, muchas amigas y unos impresionantes ojos azules que sabía utilizar a la perfección. Desprendía, además, cierto aire de *femme fatale* un poco rural aunque efectivo, que desde el primer momento a Clara le había parecido una pose, pero llevaban casi un año trabajando juntas y las comisuras de los labios de Auxi no se habían elevado ni medio centímetro. Al principio, pensó que se debía a que la chica le tenía algo de miedo, e incluso intentó que charlaran sobre el asunto. Cuando Clara le preguntó si tenía algún problema con ella, Auxi la miró como si fuera una extraterrestre con sus fríos ojos azules y dijo que no, claro que no. Clara zanjó en ese momento el asunto, convencida de que la respuesta real era otra, aunque repitiéndose una y otra vez que ya no tenía edad para preocuparse por esas tonterías.

Encendió el ordenador y, antes de revisar las noticias de Nacional e Internacional que le enviaban las agencias, para después ponerse con la agenda de Cultura, Sociedad y Política, decidió escribir un obituario por la muerte de Fran Borrego. Al fin y al cabo, había sido uno de los principales patrocinadores del periódico y su familia era la dueña de más de la mitad de las huertas que rodeaban Fuentegrande, aunque ella, personalmente, solo se había cruzado con él en un par de ocasiones. Sabía que Fran estaba casado con Rosario, la hermana de Alfonso, el médico del

pueblo, y, en opinión de Clara, uno de los pocos hombres con los que se podía hablar en Fuentegrande sin que peligrase la integridad física o mental. Rosario, junto con su hermano, era la heredera de una de las huertas más grandes de la montaña. Las demás huertas, de eso se enteró después, las habían ido comprando poco a poco. Clara también sabía que Fran tenía un hermano menor, Nicolás, que no solía aparecer mucho por el pueblo, y un socio, Tomás, que poseía las dos huertas que restaban. Hizo sus cálculos y dedujo que, poco a poco, Fran se había ido apropiando de todo el terreno privado que rodeaba Fuentegrande.

Antes de hablar con el concejal de Urbanismo para saber qué territorio libre le quedaba al ayuntamiento, recordó que Fran también tenía un niño de dos años. Eso encajaría bien en lo de «querido padre y esposo» de las cinco líneas que acababa de escribir para el obituario.

EUGENIA

La primera vez que unas zapatillas Nike pisaron la plaza de Fuentegrande se creó un murmullo casi imperceptible entre los chicos que estaban jugando al fútbol. Sabían perfectamente cómo era la marca por los anuncios de la tele, pero el único que vislumbró el rayo con la curva redondeada fue Fran Borrego. No sabía muy bien qué hacer con esa extraña visión, le pasó el balón a Alfonso y con tono envidioso susurró: «Unas Nike».

El desconcierto fue aún mayor cuando comprobaron que quien calzaba las zapatillas era una chica rubia, de ojos verdes y piel bronceada, que se reía sin parar de una forma tonta, como si no entendiera la importancia que implicaban aquellas inaccesibles Nike.

Eugenia Pereira era consciente desde muy pequeña de que su presencia causaba siempre cierto interés, así que no le dio demasiada importancia a las miradas de reojo que recibía en ese momento por parte de todos aquellos chicos. Unos años después se reiría al descubrir que aquella admiración no iba dirigida a su persona sino a su calzado, aunque para entonces ya se había ganado la adoración de medio pueblo, y las zapatillas habían quedado relegadas a un segundo lugar.

La expectación que Eugenia despertaba era algo que no podía controlar, aunque con tan solo trece años ya sabía que era una herramienta de poder asombrosa para conseguir hacer lo que quisiera. No tenía que esforzarse demasiado, porque, además de tener una belleza nórdica extremadamente exótica para aquellos lugares, era lo que podría decirse una chica alegre. Su actitud despreocupada derrochaba una mezcla de seguridad y simpatía que su padre había señalado siempre con una frase que no entendió hasta bien entrada la adolescencia: «Es que Eugenia tiene mucho ángel».

Desde que su madre murió, Eugenia había adoptado, dentro de su casa, diversos roles femeninos que fortalecían cada vez más ese ángel tan especial. Era la compañera de su padre, que la llevaba a los conciertos de la sinfónica, dejaba que rellenara su pipa, que le eligiera la ropa; incluso, desde bien pequeña, cuando iban al supermercado, ella hacía una lista de la compra que abarcaba desde las cosas más básicas hasta los alimentos que necesitaban para las comidas de los cinco o seis días siguientes. También había adoptado el papel materno con su hermano Orestes, cinco años menor que ella. Orestes tenía un año cuando se quedó sin madre, pero no albergaba ninguna carencia afectiva, ya que Eugenia se había encargado de él desde el primer momento. Lo bañaba, lo vestía, le daba de comer, lo sujetó cuando daba sus primeros pasos y le contaba cuentos todas las noches.

Su padre, Manuel Pereira, un profesor de chelo que desde hacía tiempo había abandonado la idea de convertirse en un gran concertista, delegó sin muchos reparos la logística del hogar en Eugenia, aunque a veces se preguntaba si toda esa carga de responsabilidad sería buena para ella. Nunca se percató de que el verdadero problema que iba a tener Eugenia durante toda su vida era la vanidad que su belleza y su ángel

le habían proporcionado, seguido de una necesidad de aceptación, siempre bien escondida bajo un carácter sereno.

Los cinco veranos que siguieron al año en que su mujer murió, Manuel Pereira necesitó llevar a los niños a una casa que tenían los abuelos maternos en la playa de Cansinos. Allí se encerraba todas las noches en su dormitorio para escuchar música y hacer «sus cosas», como decía la propia Eugenia, y dejaba el entretenimiento de sus dos hijos en manos de suegros, tíos o primos que rondaran por la casa en esos días. Aquel verano, sin embargo, la casa de la playa tuvo que estar cerrada por unas obras en todo el edificio, y Manuel pensó que tal vez era un buen momento para buscar algo propio por la zona. Encontró una casa bastante barata en Fuentegrande, con dos habitaciones y una antigua cuadra que podía convertir en estudio, pero lo que realmente le convenció fue la terraza con vistas a las huertas que se perdían entre los árboles del parque natural y desde la que, en los días claros, podía verse el mar.

Se instalaron una tarde de finales de julio. Eugenia pensó que ya era demasiado mayor como para compartir cuarto con Orestes, pero no quiso decirle nada a su padre. Casi nunca se quejaba, y le gustaba hacer creer a los demás que todo le parecía bien, aunque la mayoría de las veces no era consciente de ello. Simplemente, le resultaba más fácil adaptar la realidad a sus necesidades. Subió con Orestes a la habitación, sacó las sábanas blancas que había guardado esa misma mañana y estuvo un rato intentando enseñar a su hermano a hacerse la cama. Tenían las ventanas abiertas, porque a esa hora del atardecer en Fuentegrande no hacía demasiado calor, y desde la calle oyó una voz de niña que decía «hola» una y otra vez. Se asomó a la ventana y comprobó que la niña estaba justo debajo y que la llamaba a ella.

—Hola, me llamo María, ¿quieres venir a jugar a la plaza?

A Manuel Pereira, que podía oírlas desde la habitación de al lado, le enterneció la sencillez de María y se alegró de que en tan solo media hora Eugenia ya tuviera una amiga en el pueblo. Le dijo a su hija que saliera, él iría con Orestes a dar un paseo más tarde, y Eugenia pisó por primera vez las calles de Fuentegrande con una sensación de libertad que casi le daba vértigo. De repente, no tenía que cuidar de nadie, solo tenía que comer pipas y ser la protagonista de todas las conversaciones, ya que María no paró de preguntarle durante las tres horas siguientes cómo era su cole, cómo eran sus amigos de la ciudad, cuántas faldas tenía y de dónde había sacado esas increíbles zapatillas Nike.

María era la nieta del dueño del Hostal Las Rosas, y portadora de uno de los escándalos más sonados que habían animado la rumorología de Fuentegrande en los últimos años, ya que su madre, Chabela, se había quedado embarazada con dieciséis años, no se sabía muy bien de quién, aunque había especulaciones de todo tipo. El embarazo de Chabela era algo que todo el mundo comentaba como si fuera un castigo para la niña rebelde que les había dado tantos problemas a sus padres desde que tuvo edad de salir sola, aunque la madre de Chabela nunca hizo demasiado caso a las viejas que le decían que habían visto a su hija en el camino de los álamos borracha, o

que se habían encontrado sus bragas en la ermita de San Mateo.

—¿Me quieres explicar cómo sabes tú que esas eran las bragas de Chabela? —contestaba ella sin levantar la cabeza mientras terminaba de barrer la puerta del hostel.

Cuando se confirmó que la niña estaba embarazada, su padre le retiró la palabra, y el orgullo le impidió mirar a la nieta como si fuera algo más que el reflejo de su vergüenza.

Pero de eso ya nadie se acordaba, especialmente porque María, desde los primeros años de catequesis, había mostrado una beatería impropia de su familia, aunque bastante adecuada al resto del pueblo. Además de ir a misa todos los domingos, participaba en las subastas que organizaban en el convento de Los Cármenes y ayudaba en todo lo concerniente a los cuidados tanto de la iglesia como de la ermita de San Mateo. Chabela, atea confesa desde hacía años, pensaba que aquello era una rebeldía preadolescente que tarde o temprano se le pasaría, pero, mientras tanto, se alegraba de que su hija tuviera el beneplácito del pueblo. Bastantes preguntas sin contestar tenía ya la pobre.

Eugenia Pereira no estaba bautizada, y todos sus conocimientos acerca de la Biblia, los santos y las costumbres católicas se reducían a la asistencia, hacía un par de años, a la comunión de una prima segunda y a la firme creencia de su abuela materna de que, si atabas un pañuelo y le rezabas un padrenuestro a san Cucufato, podías encontrar cualquier cosa que se hubiera perdido. Así que, durante ese verano, María se propuso paliar la incultura religiosa de Eugenia, que recibía toda la información con la ausencia de prejuicios propia de la infancia, en la que ambas todavía tenían puesto un pie. Pero aquella tarde, en la plaza, cuando se sentaron en uno de los bancos cercanos a las escaleras, Eugenia iba a descubrir una sensación que con los años le resultaría mucho más perturbadora que cualquier sentimiento religioso. Mientras María le contaba que, además de la piscina de Rosario, en Fuentegrande había muchas pozas en las que uno podía bañarse porque el agua no cubría aunque estaba helada, un balón le dio en la cabeza y su nueva amiga se levantó hecha una furia, mientras los zangolotinos futbolistas que ocupaban toda la plaza no paraban de reír. Eugenia se levantó y fue a coger el balón que había rodado escaleras abajo; volvió al banco y puso sus zapatillas Nike sobre él, indicando que de allí el balón no se movía. El chico más alto de todos, un chaval moreno con la espalda ancha y los brazos fuertes y largos, se acercó a ellas con cara de mala leche y María empezó a susurrarle bajito: «Dáselo, dáselo, que Fran es muy bruto».

—Dame el balón, niña.

—Ven a cogerlo si te atreves —le contestó Eugenia con un tono algo forzado.

María, al igual que todos los que estaban jugando, se quedó petrificada. Fran Borrego, de catorce años, tenía una fama tan mala en todo el pueblo que hasta los perros le rehuían; y los capataces de las huertas, hombres que se levantaban a las cinco de la mañana todos los días del año, desayunaban café con orujo y tenían tantos

callos en las manos que apenas podían cerrarlas, le guardaban ya un respeto que Fran había sabido cultivar con las enseñanzas de su padre. Su familia poseía algunas de las huertas más grandes de la zona, pero don Francisco José Borrego se levantaba siempre el primero para ir al campo y, además de supervisar el trabajo de todos los jornaleros, comprendía y conocía la tierra mejor que ninguno de ellos, como si realmente fuera algo suyo, no de su propiedad, como así era, sino algo que salía de sus entrañas y siempre, absolutamente siempre, sabía lo que había que hacer.

«Hay que tener a estos cabrones cogidos por los huevos, hijo, porque si no se les olvida de quién es todo esto y empezamos a tener problemas.»

Fran, que era bastante más inteligente que su padre, sabía que al único al que había que tener contento era al terrateniente y, para ello, parecía necesario mostrarle pruebas de la fuerza que ejercía continuamente sobre cualquiera que se cruzara en su camino, fuera persona, animal o cosa.

Sin embargo, cuando Eugenia Pereira le retó de esa manera, no supo muy bien cómo reaccionar: miró hacia el balón, se puso en cuclillas, apoyando el antebrazo en su rodilla derecha, y acarició con el dedo índice de la otra mano el empeine de las zapatillas Nike.

«Son muy chulas, ten cuidado no te las vayan a quitar, que en este pueblo hay muy mala gente.»

Eugenia le sonrió mientras ponía derecha la espalda, adoptando una extraña pose de superioridad que no reconoció como propia, y, en un segundo, la mano enorme de Fran había rodeado sus tobillos y había sacado el balón de debajo de sus pies con una patada suave y lenta, como fue para los dos el resto de la tarde.

Esa misma noche, después de bañar a Orestes y antes de preparar la cena con su padre, Eugenia se dio una ducha. Cuando estaba enjabonándose las piernas, se tocó los tobillos, recordando el gesto de Fran: abrió la cortina y se observó en el espejo que estaba justo enfrente. Nunca se había mirado con tanto detalle, tenía el pecho casi formado, pues le había venido la regla el invierno anterior, y al observar la forma de su cuerpo pensó en un día de playa de hacía muchos años con su madre y sus tías — Orestes todavía no había nacido—: cuando iban a bañarse, notó que las mujeres la miraban con cara de sorpresa, comentando que era increíble que ya tuviera la forma de la cintura tan marcada, con lo pequeña que era. Recordando aquello frente al espejo fue la primera vez en su vida en la que tuvo absoluta consciencia de su belleza. Miró su cara, con el pelo mojado hacia atrás, y admiró sus ojos y sus facciones, observó sus caderas y la forma recta de su espalda y sus hombros, y, de una forma que jamás podría confesar, ni siquiera a sí misma, pensó que esa belleza era lo que realmente la hacía mejor.

Aquel verano, que mucho tiempo después recordaría como el último de su niñez, no estuvo intoxicado con las debilidades que este pensamiento le acarrearía durante la adolescencia, sino que fue una transición en la que el descubrimiento de la vida tenía un nombre nuevo cada día: las pozas de San Nicolás, las lluvias de estrellas en San

Mateo, los paseos por el camino de los álamos, las tardes de piscina en casa de Rosario, el aburrimiento insoportable de las cuatro de la tarde, los juegos en la plaza, las fiestas de pijamas que copió de las películas americanas para instaurarlas en el estudio de su padre, las cartas en días de tormenta, las excursiones a las huertas y a la playa, cuando Chabela podía llevarlas, las cuestas de Fuentegrande en bici. Aunque todo esto se repetiría con frecuencia en veranos posteriores, sí que hubo una cosa que fue única y que Eugenia, con el paso de los años, no sabría explicar cómo ocurrió realmente; tal vez fue en una de las excursiones a las pozas en la que todos coincidieron, o en las fiestas del pueblo, cuando se reunieron por primera vez para hacer carreras de barcos de papel por las regaderas que bordeaban las calles de Fuentegrande, o una noche cualquiera que coincidieron sentados en la puerta del ayuntamiento y empezaron a jugar a policías y ladrones. El caso es que a lo largo del verano comenzó a formarse lo que el padre de Eugenia llamaría «tu pandilla», y Eugenia descubrió que, además de tener amigas, también se podían tener amigos, aunque esto último fue algo que no logró gestionar demasiado bien, especialmente cuando al verano siguiente llegó con dos tallas más de sujetador y el pelo más rubio que nunca.

HABICHUELAS EN ESCABECHE

Chabela miraba las dos bandejas enormes de habichuelas en escabeche con cara de infinita decepción. Las acababa de sacar de la nevera con doble puerta que tenía en su santuario, la cocina del Hostal Las Rosas. Clara la observaba desde uno de los taburetes altos que había alrededor de la mesa central. Le daba el punto de sal preciso al estofado, metía dos tartas de manzana en el horno para que estuvieran listas a la hora del postre, terminaba de remover la masa de los buñuelos de merluza, andando de un lado a otro de la cocina con los pies descalzos y esa espléndida figura de guitarra: grandes pechos y caderas, cintura estrecha y una seguridad en los movimientos que parecía contradecir a los gruesos muslos que la acompañaban. «Las mujeres, con la edad, se amojaman o se ajamonan», decía muchas veces entre risas, encantada de que su caso fuera el segundo, y poniendo a su vez de manifiesto el exquisito erotismo del que era dueña, ese que reside en una naturalidad aparentemente inconsciente. Chabela, que estaría rondando la cincuentena, era, en opinión de Clara, una librepensadora auténtica, aunque muy comedida en su manera de mostrarse ante los demás. Sabía manejarse muy bien con todo el mundo, siendo simpática y muy sociable, aunque siempre desde la distancia, y no tenía inconveniente en cantar las verdades, la mayoría de las veces en forma de refranes aprendidos de su madre, pero sobre todo de su abuela.

—Menos mal que aguantan unos días —dijo mientras se sumergía en otra de sus numerosas tareas—, porque, con el trabajo que da hacerlas y lo ricas que están, es una pena que se desperdicien.

—¿Y por qué se van a desperdiciar? —le preguntó Clara.

—Porque las había hecho para después de la conferencia del comercial de Depwater que iba a ser aquí, en el hostel, pero, como se ha suspendido por lo de Fran, pues las voy a tener que poner de tapa.

Clara recordó que había escrito algo sobre la empresa de gestión de aguas que estaba intentando apropiarse de las huertas para ser la suministradora de toda la provincia.

—Me parece muy mal que te den más pena las habichuelas que lo de Fran Borrego —le reprochó con ironía.

—Bueno, hija —le contestó Chabela, bajando el tono—. Tú es que no lo conocías mucho, pero en este pueblo a Fran Borrego se le tenía más miedo que cariño. Me da pena por Rosario y por su chaval, eso sí, pero lo de Fran lo que me tiene es horrorizada. Yo no lo he visto, y menos mal. No me entra en la cabeza que algo tan brutal pueda pasar en este pueblucho.

—Al parecer, alguno se ha cansado de tenerle miedo, porque la cosa ha sido muy violenta —dijo Clara mientras hundía el dedo en el escabeche y se lo metía en la boca, frunciendo el ceño.

—Sí, me ha dicho Celestino que el forense igual les podía decir con qué le habían

golpeado, pero que parecía de una herramienta de trabajo muy pesada.

—Será cabrón... Me lo he encontrado antes y me ha asegurado que todavía no sabía nada —protestó Clara mientras tosía porque el vinagre del escabeche se le había quedado pegado a la garganta—. ¿Qué lleva esto que es tan fuerte?

—Porque no quiere que lo escribas antes de tener toda la información, que ya te conoce, Clara. Es miga de pan bañada en vinagre y aliñada con comino, pero lo importante de este plato son las habichuelas de las huertas. Tienen un sabor dulce excepcional, hay que rebozarlas con harina y huevo antes de meterlas en el escabeche.

—Pues lo voy a sacar de todas formas, ya tengo el obituario y el artículo sobre la muerte, pero creo que voy a escribir un reportaje completo. Esto va a traer cola. Y, por cierto, ¿el comercial de Depwater anda por aquí?

—Sí, está en el bar tomándose una cerveza. Llegó ayer por la tarde.

—¿Y qué pinta tiene? —preguntó Clara con aire chismoso.

—Es un hombre feromona —le dijo Chabela guiñándole un ojo y provocándole a Clara una contundente carcajada.

—¿Y cómo es un hombre feromona, querida?

Chabela sacó un rollo de papel transparente y se dispuso a cubrir una de las bandejas de habichuelas en escabeche, para guardarlas de nuevo en el frigorífico.

—Verás —dijo con cierto tono pedagógico—, supongo que sabrás que el tipo de hombre que suele gustar a las mujeres, normalmente, se reduce a tres perfiles: el guapo guapísimo, cuyo atractivo comienza a desvanecerse en unos dos años, que es el tiempo justo en el que una mujer suele darse cuenta de que el amor y el sexo no tienen nada que ver, y esto siempre y cuando el sexo sea muy bueno. El deslumbrante, cuyo objetivo fundamental es mantener la ceguera por la cual una prescinde de sus propias inquietudes y gustos para volcarlo todo en las inquietudes y gustos del amado, hasta que casi se olvida de sí misma (en el saco de inquietudes se puede meter cualquier cosa: fútbol, Dostoievski, la ornitología o el salto con pértiga; la capacidad de deslumbramiento es proporcional a la necesidad de la víctima de ser amada). Y luego está el tercer tipo, muy difícil de localizar si no se tiene cierto bagaje en lo que al universo masculino se refiere, y que algunas mujeres nunca consiguen identificar. Hay sociedades que afirman que es un mito, pues sus características fundamentales son el optimismo, la gracia, la lucidez, la capacidad para empatizar y callar en el momento adecuado y una curiosa necesidad de ofrecer placer sin recibir nada a cambio. Son hombres muy sexis, pero despreocupados, y en los círculos más intelectuales se suele decir de ellos que, como el gran Obélix con la pócima mágica, cayeron en una marmita de feromonas cuando eran pequeños, por lo que también se los conoce como hombres feromona.

Clara se dirigió al bar del hostel diciéndose que sería el primer comercial de la historia convertido en hombre feromona. Los que ella había conocido, se dedicasen a

la publicidad, a la venta de *software* o a las chacinas envasadas, tenían siempre aspecto de vendedores de biblias, con esos trajes de chaqueta baratos y ese falso deseo de ser encantadores. Cuando entró en el bar, echó una mirada a las mesas del comedor y comprobó que todo el mundo le sonaba bastante. La gente del pueblo sabía perfectamente quién era Clara, pero ella no tenía demasiado interés en recordar a nadie, a no ser que intuyera que le podía ser útil para algo relacionado con el periódico. Se acercó a la barra, donde estaba María, la hija de Chabela, que había llegado hacía una semana para ayudar a su madre con el hostel durante las vacaciones. Todavía no la conocía muy bien, pero tenía una fuerza muy similar a la de Chabela, y eso le encantaba, aunque seguro que no podría llevarse tan bien con ella como con su madre; María tenía la edad de Clara, y a Clara la gente de su edad nunca la había atraído demasiado.

Se sentó en uno de los taburetes, junto a un chaval con camiseta y vaqueros que estaba leyendo el periódico, sonrió a María y la pidió una cerveza.

—Me ha dicho tu madre que anda por aquí el comercial de Depwater, ¿tú lo has visto?

Mientras decía esto, a Clara se le cayó el bolso al suelo y, al agacharse a recogerlo, vio que el chaval junto al que se había sentado llevaba unas Adidas rojas, demasiado modernas para Fuentegrande, pensó, pero no le dio tiempo a atar cabos, porque un poco más arriba la esperaba una sonrisa enorme, a medio camino entre la simpatía y la guasa. El chico, que no era tan chico, tan solo vestía de manera informal, dejó en el plato la habichuela en escabeche que se estaba comiendo y, antes de extender la mano y presentarse, se la limpió un poco en el vaquero con un gesto rápido de despiste.

—Fernando Alegría, de Depwater. Tú debes de ser Clara, me ha dicho Chabela que seguramente querías hablar conmigo.

En efecto. Todo parecía indicar que el hombre de Depwater era un hombre feromona.

En Fuentegrande era la hora de comer, pero Clara intuyó que para Fernando Alegría sería demasiado temprano, y le invitó a una cerveza, preguntándole a María si podían comer un poco más tarde.

Durante la cerveza, Clara averiguó que Fernando era ingeniero agrónomo, y que había llegado al pueblo a petición de Fran Borrego para explicarles a los fuentegrandinos las obras que iban a realizar en las huertas.

—Pero te habrás enterado de lo de Fran.

—Sí, claro. Esta mañana he ido a visitar a su mujer, aunque estaba tan conmovida que no he conseguido hablar con ella. ¿Se tiene alguna idea de quién ha podido ser?

A Clara le pareció detectar cierta rigidez en las últimas palabras de Fernando. Era un hombre bastante atractivo, tenía el pelo algo canoso, pero, como era muy moreno de piel, las canas resaltaban. No debía de sumar más de cuarenta años y, seguramente,

hacía deporte, porque tenía esa seguridad en sus movimientos que, pensaba ella, daba el ejercicio. La reacción de Fernando ante el tema del asesinato le había resultado falsa, aunque era probable que tuviera problemas a la hora de decir lo que realmente pensaba, algo muy propio de los comerciales.

Decidió que debían sentarse a comer antes de que pudiera escaquearse. Sería mejor hablar de otra cosa e intentar que se relajara un poco.

—¿Has visto *Perros de paja*? —le preguntó Clara sin venir a cuento.

—No —respondió Fernando, algo confuso.

—Es una peli de Dustin Hoffman, bueno, da igual, se desarrolla en un pueblo muy pequeño de la campiña inglesa, en una sociedad muy cerrada y hostil. A veces pienso que vivo en esa película. ¿Ves a ese tío de la barra? Le llaman Alimaña, se dedica a observar con cara de psicópata a todas las mujeres que tiene cerca, y, cuando está lo suficientemente borracho, se va aproximando poco a poco, hasta que lo tienes encima de las tetas.

Fernando levantó las cejas, sorprendido ante la sinceridad de Clara, y no pudo evitar imaginarse encima de sus tetas.

—Normalmente, consigue cabrear a algún novio o marido, que se va emborrachando al mismo tiempo que él, y acaba recibiendo unas palizas impresionantes. Lo curioso es que esa brutalidad todo el mundo la asume como algo normal.

—¿Crees que lo de Fran lo han asumido como algo normal?

—No estoy muy segura, pero, desde luego, la reacción de la gente de un pueblo de ochocientos habitantes ante la aparición de un cadáver con la cabeza abierta me ha parecido algo templada.

—Creo que te equivocas, yo he estado dando vueltas por el pueblo toda la mañana y la gente no habla de otra cosa, aunque sí es cierto que me parece una preocupación más cercana al morbo.

—Bueno, así es la naturaleza humana. El dolor es un sentimiento demasiado íntimo para ser compartido, es más fácil compartir el morbo, la risa o el deseo que el dolor.

—Pero muchas veces el morbo o la risa son simples reflejos de un tipo de dolor.

—¿Quieres decir que, por ejemplo, la alegría puede esconder dolor?

—No he dicho la alegría, la alegría y el dolor son sentimientos, la risa es un reflejo de esos sentimientos. Hay gente que ríe y está hecha polvo por dentro, y gente que llora y, sin embargo, está alegre.

—No es mi caso.

—Tampoco el mío.

Un breve silencio provocó en Clara una de esas sonrisas tímidas que hacen agachar la cabeza a las buenas chicas y que pretenden aparentar cierta vulnerabilidad, bajando y levantando la mirada con un inconsciente gesto de seducción. Por si fuera poco, aunque de manera menos inconsciente, empezó a acariciarse la nuca con la

palma de la mano derecha, mientras Fernando seguía hablando de cuánto le aburrían ciertos usos sociales y lo evidentes que eran en los pueblos pequeños. Una agradable camaradería, sin haber pasado del primer plato, pareció instalarse con una facilidad fuera de lo común entre la periodista y el hombre feromona. Pronto pasaron a la política y a la religión coincidiendo en casi todo lo que había que coincidir, y Clara pensó que podía empezar a preguntar por Depwater. No sabía nada de que el acuerdo estuviera cerrado con la familia Borrego, y estaba casi segura de que el ayuntamiento tampoco. Había hablado esa mañana con ellos sobre los terrenos municipales que quedaban en las huertas y no le habían comentado nada.

—Supongo que en el ayuntamiento te habrán contado que a nosotros no nos interesan demasiado los terrenos que les quedan. Los manantiales más importantes están en las cinco huertas de la cara norte, las que dan a la cordillera, no a la costa: tres eran de Fran y de su socio; una, de su mujer y la otra, de su hermano. Son mucho más ricas en todos los sentidos, aunque las vistas desde las que dan a la costa son impresionantes. ¿Has paseado por esa zona?

Clara se dio cuenta entonces de que, además de seguir intimando, Fernando no tenía mucha intención de contarle nada de las negociaciones, así que decidió atacar directamente:

—Pero si el acuerdo no estaba cerrado, ¿por qué ibas a dar una conferencia a la gente del pueblo?

Fernando sujetó la copa de vino y sonrió mirando hacia abajo. Clara se fijó entonces en que entre los dedos largos y huesudos de Fernando se colaba un anillo dorado, justo en el anular, y durante unos segundos no pudo recordar dónde había metido el suyo, solo que no había conseguido quitárselo hasta cuatro o cinco meses después de la muerte de su marido.

—¿Y por qué crees que el acuerdo no estaba cerrado?

—Porque, si estuviera cerrado, no seguirías aquí.

—Me quedo hasta el funeral, quiero darle el pésame a su mujer.

—Ya, qué considerado.

Los dos sonrieron de nuevo. Clara empezaba a sentirse muy cómoda, cosa que no le pasaba con casi nadie en Fuentegrande, aunque sobre esto no reflexionaría hasta más tarde. En aquel momento lo único que sentía era un hambre inusual en ella, tanta que hasta probó las habichuelas en escabeche que Chabela les había puesto, otra vez, como acompañamiento para la carne en salsa. Cuando la cocinera vio el plato de su amiga vacío, decidió salir a ver qué estaba pasando.

Después del café puso sobre la mesa la botella de orujo y, entre chupito y chupito, consiguió que le dejaran relatar la receta de las habichuelas.

—Esto es lo que más me gusta, es una narradora culinaria excelente, ya verás.

Justo cuando Chabela estaba diciendo que lo importante era que las habichuelas fueran del terreno, entraron Celestino y Ángel en el bar y se fueron directamente a su mesa. Saludó a Celestino, esperando que este le lanzara una de esas miradas

socarronas, pero percibió que tanto él como Ángel tenían una expresión fría.

—¿Qué pasa? —preguntó Chabela con mal tono, algo sorprendida por la brusquedad de ambos, que ni siquiera la habían mirado al entrar.

—¿Fernando Alegría? —preguntó Celestino, mientras Fernando adoptaba una actitud de falsa indiferencia.

—¿Le importaría acompañarnos? Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre la muerte de Fran Borrego.

Clara se puso enseguida a la defensiva, pero la sorprendió la educación con la que Fernando dijo: «Sí, por supuesto, si no les importa, voy a subir un momento a mi habitación. Ahora mismo bajo».

Todos se quedaron en silencio hasta que Fernando salió del bar, y antes de que Clara pudiera descargar la artillería de preguntas que siempre parecía tener preparadas, Celestino apoyó con suavidad la mano en su hombro, indicándole que se tranquilizara, que ya sabía lo que le iba a decir, y, presionando con un gesto algo violento, consiguió que Clara no se levantara, se dio media vuelta en silencio y salió. Ángel Crespo fue un poco menos misterioso. Aunque deseaba ser como Celestino, era consciente de que tanto su carácter como su físico —no llegaba al metro sesenta— no conseguirían imponer nunca de esa manera, por eso trabajaba más la cordialidad, especialmente con Clara:

—Venimos de ver a Rosario y nos ha dicho que ayer Fran salió muy tarde de casa. Le dijo que había quedado con Fernando Alegría en la taberna de Justo, así que este pimpollo es el último que vio a Fran anoche. Tenemos que hablar con él, es solo eso.

—Bueno —le advirtió Chabela—, pues que no se os vaya mucho la mano, que este no es de aquí y os puede meter un paquete tremendo como no lo tratéis como a una señorita.

—Nosotros no tratamos mal a nadie, Chabela, no digas tonterías.

Clara recordó un artículo que había escrito la primavera anterior: dos chavales del pueblo —no tendrían más de quince años— habían saltado la verja de una de las huertas para hacer un poco el ganso por allí y coger algo de fruta. Roque el Puntas, uno de los capataces de Fran, los pilló y llamó a Celestino para que les diera un susto. Ángel y él los tiraron a una de las pozas, que en abril están todavía heladas, y los estuvieron sacando y metiendo del agua durante una hora. Cuando Clara preguntó a los padres de los chicos qué les parecía que la policía comarcal hiciera algo así, las mujeres se quitaron de en medio y los hombres dijeron que se lo tenían merecido, y que seguro que con eso no se les ocurría colarse otra vez en una huerta del Borrego.

Fernando y los dos policías salieron del restaurante y Clara subió a su habitación para descansar un poco antes de volver al periódico. Tenía la cabeza demasiado ocupada con todo lo que había pasado y necesitaba poner aquella información en orden. Cuando entró en su habitación se dio cuenta de que, al mismo tiempo que su cabeza iba a mil por hora, su cuerpo le había estado mandando unas señales clarísimas con respecto a Fernando Alegría.

Pensó que desde que empezó a salir con Marcos no le pasaba algo así. Unos meses después de enterrarlo, tuvo un par de fantasías con el propio Celestino que, como decían en el pueblo, ya la rondaba, y empezó a masturbarse todas las mañanas antes de ir a correr, con la esperanza de no sucumbir a los peligros de la soledad y la ausencia de oferta real que imperaba en Fuentegrande. Desde entonces, el sexo se había convertido en algo exclusivo entre su imaginación y su mano derecha, y le iba bastante bien de esa manera, por lo que aquellas bragas mojadas a la hora del almuerzo la desconcertaron un poco.

LAS CHICAS ESTÁN BIEN

En Fuentegrande era difícil localizar el sistema de castas que, por supuesto, existía y todo el mundo tenía muy presente. Era difícil saber quién era de mejor o peor familia porque, al ser un lugar pequeño, no había ninguna necesidad por parte de los que ejercían el poder de aparentar absolutamente nada. Daba igual quién tuviera el todoterreno más grande o quién pudiera pagarse una casa en la playa de Cansinos para el verano, aún más desde la llegada de la democracia, con la que la idea de igualdad y prosperidad había calado de manera muy fructífera en la parte consciente de aquella microsociedad. La parte inconsciente, por otro lado, seguía obedeciendo a leyes mucho más difíciles de extirpar, y el poder con mayúsculas seguía perteneciendo a tres o cuatro familias.

A principios de la década de los noventa ocurrió algo que jamás se había dado en Fuentegrande, y era que los cachorros de las mejores familias empezaron a relacionarse con los de las familias de en medio y con las de más abajo. El hecho se propició, precisamente, porque aquella generación de chavales era la primera nacida en democracia y sus padres se vieron obligados a hacer la vista gorda sobre la diferencia de clases, pues no estaba de moda en aquella época.

Eugenia Pereira no sabía que en su pandilla estaban los hijos de las dos familias «nobles» de Fuentegrande, una nobleza que residía en que habían poseído la mayoría de las tierras desde mucho antes de la dictadura, a la que se amoldaron sin ningún problema, pero sin hacer demasiada ostentación de ello. Rosario y Alfonso, los únicos que tenían piscina, pertenecían a una, y Tomás a la otra. Tomás era el mejor amigo de Fran Borrego, que, junto con su hermano Nicolás, formaba parte de una de esas familias que habían sido humildes hasta que a su abuelo se le ocurrió alistarse al partido fascista, que ejerció de policía militar en las zonas rurales de todo el país. Con ello llegó la fácil adquisición de tierras y el poder político, pero tanto la familia de Rosario y Alfonso como la de Tomás, e incluso los propios Borrego, sabían que jamás estarían en lo más alto de la pirámide. La sangre azul, al fin y al cabo, no tenía nada que ver con la política.

La familia de María estaba en un escalón intermedio entre estos dos sectores. Había sido la dueña durante generaciones de dos huertas pequeñas que daban a la parte sur de la montaña, cuyo valor había sido muy importante durante siglos, por tener el único molino del territorio. Cuando el molino dejó de ser útil, la familia se empobreció, y aunque el bisabuelo de María había sido un militar de rango alto durante la guerra civil, en el bando de los fascistas, las generaciones posteriores, es decir, sus abuelos y su propia madre, habían virado en exceso hacia la izquierda. En ese momento no era nada malo, pero desde lo más alto no se veía con buenos ojos aquella militancia extraña. Tampoco había favorecido a la posición de la familia en el escalafón social el embarazo de Chabela y la condición bastarda de María, pero seguían estando en un nivel superior a «la clase de gente», como decía la madre de

Rosario, que eran los Borrego, y, ni que decir tiene, a los demás de la pandilla, que estaban en el nivel más bajo de todos: los hijos de los jornaleros. Un dato muy curioso diferenciaba a estos del resto del grupo, y es que venían de familias con mote; la ausencia de mote era, evidentemente, una muestra de respeto.

Dentro del grupo, sin embargo, el liderazgo estaba muy repartido entre Roque el Puntas y Fran Borrego, y de una forma muy sutil se había desarrollado una bicefalia en perfecta concordancia con el sistema de castas: si Fran era el ídolo de Alfonso, Tomás y Nicolás, Roque el Puntas lo era de Jairo el de la Muela y Lope Tapón, aunque también de algunos chicos algo mayores, como Celestino, Ángel y Sebastián. Salían de vez en cuando con ellos, atraídos por el carisma de Roque, que era la viva imagen de su padre, el cual había abandonado a su madre, a él y a su hermana cuando ambos eran todavía muy pequeños.

A medida que Roque se iba haciendo mayor, su madre se estremecía con tan solo mirarlo por el parecido asombroso que tenía con su marido, tanto en el físico, alto, de espalda ancha y culo estrecho, con la nariz aplastada y la barbilla puntiaguda, como en la agresividad de su carácter, la falta de paciencia y el tono de voz siempre alto y desagradable.

Muchos años después, Roque se enteraría de que Francisco José Borrego le había dicho a su padre en una ocasión que la siguiente vez que le pusiera la mano encima a su mujer ya podía ir ateniéndose a las consecuencias: «Si no sabes controlarla, la mandas a hablar con el cura, que yo en las huertas quiero hombres, no animales».

Pero la violencia es un camino de doble dirección que transita siempre entre la ira y el miedo; y el padre de Roque era un hombre fundamentalmente violento, por lo que no pudo cumplir la promesa que le había hecho al patrón Borrego. Un sábado por la noche, que llegó tarde y borracho de la taberna de Justo, saltaron todos los resortes de lo irracional, que había estado conteniendo durante meses, y, por motivos que más tarde escondería entre sus recuerdos, le propinó una gran paliza a la mujer, despertando no solo a sus dos hijos pequeños sino a los vecinos de las casas más cercanas. De madrugada, con la resaca, llegó la parte racional, y el miedo le ordenó que saliera de Fuentegrande y no volviera jamás, pues, si de alguna manera tenía garantizado el olvido disfrazado de perdón por parte de su mujer, estaba convencido de que nada impediría el castigo de Francisco José Borrego.

La gran satisfacción de Roque el Puntas, sin embargo, fue lograrse la amistad de Fran durante la infancia y la adolescencia. Pensaba que, de alguna manera, aquella unión, que siempre consideró noble por parte de ambos, le llevaría a un lugar más próspero, dentro de la vida mediocre que el destino le había entregado. En realidad, eso era lo que más unía a los dos adolescentes, la confianza en sí mismos, el convencimiento de que podían amoldar la realidad a su antojo.

Los demás chavales estaban todavía muy lejos del pensamiento propio. Algunos no llegarían jamás a experimentarlo, y aquel verano estaban bastante más concentrados en el descubrimiento de lo que el cura llamaba «bajas pasiones», que se

concentraban, básicamente, en dos pilares fundamentales: la desobediencia y las pajas.

Fomentar esa desobediencia era labor de sus líderes que, cercanos a Celestino y a sus esbirros Ángel Crespo y Sebastián, propiciaban con la imaginación del aburrimiento todas las gamberradas, borracheras y colocones con el mejor hachís, traído directamente de Cansinos, uniendo al grupo hasta tal punto que se consideraban entre ellos una auténtica familia.

La afición por las pajas, como es habitual, había empezado siendo algo íntimo, pero no faltaron ocasiones en las que se juntaron, siempre en casa de Fran y Nicolasito, que tenían una habitación enorme con televisión y vídeo, para hacer del onanismo otra experiencia comunitaria a la que sacarían bastante partido, dada la confluencia de fantasías y perversidades varias que se entrelazaban en aquellas veladas.

—Eso es una mariconada, Puntas —le dijo un día Celestino a Roque después de que este le contara una de aquellas sesiones—. Dile al Borrego que como yo me vuelva a enterar de que hacéis esa porquería en su casa se lo digo a su padre. Vosotros dos ya tenéis edad de ir a visitar a la Carmela un día, y los otros que se pajeen en sus camas solitos, como Dios manda.

Como Roque y Fran eran los mayores del grupo, aquella primavera tuvieron la primera experiencia física con una mujer cuando fueron a visitar a Carmela, que ejercía la prostitución en una aldea cercana a Cansinos. Esto les sirvió para ganarse aún más el respeto de los demás, aunque como vivencia personal fue un absoluto desastre. Todavía eran lo suficientemente jóvenes como para no asimilar con naturalidad la sordidez, algo que, por supuesto, se les curaría con los años.

El único que no aprobó aquel comportamiento fue Alfonso, pues Fran había empezado a salir formalmente con su hermana Rosario el invierno anterior. El sentimiento protector de cualquier hermano mayor estaba acentuado por la salud delicada de Rosario, una chica delgada, con los ojos grises y el pelo de un rubio ceniza casi tan apagado como su mirada, que había nacido con una anemia crónica y cuya debilidad se veía acentuada por un carácter tranquilo y callado, que conjuntaba perfectamente con una tez pálida y unos labios finos, casi inexistentes. Francisco José Borrego estaba encantado con aquella relación: «Para empezar, porque es la clase de mujer que no te va a dar problemas nunca, hijo, en eso se parece a su madre, que ha sabido llevar su casa como una señora y nunca se ha metido en los asuntos del marido». Pero también, evidentemente, porque emparentar con la sangre azul era lo único que les faltaba a los Borrego.

A Fran todo aquello le quedaba todavía un poco lejos. Realmente, le gustaba Rosario. Con ella su carácter se volvía más tranquilo, no tenía necesidad de aparentar aquella fortaleza indestructible que su rol le exigía, y, al mismo tiempo, no se sentía censurado por ella si tenía que ponerse la careta que implicaba ser un Borrego, pues Rosario no era en absoluto tonta. Sabía que sin Fran su carácter débil la haría

desaparecer a los ojos de los demás y aseguraba su poder dentro del grupo haciendo de novia benévola, sin participar en las actividades que entraban dentro de la «desobediencia», pero intentando estar presente siempre que se lo permitían.

Cuando Eugenia Pereira se instaló de nuevo aquel verano en la casita de Fuentegrande, lo primero que hizo fue ir a buscar a María, que seguía ejerciendo sus labores beatas, pero que había cambiado el vestuario de una forma llamativa: ahora llevaba muchas pulseras de cuero y de hilo que se hacía ella misma y se había encariñado de unos pantalones de campana desgastados que habían sido de su abuela cuando era jipi, le contó a Eugenia. También llevaba unas camisetas que decoloraba con lejía y se había hecho amiga de todos los perros vagabundos del pueblo, a los que alimentaba para disgusto de sus abuelos, que no querían tener la puerta del hostel llena de chuchos, y para regocijo de Chabela, que delante de sus padres reñía a María por su altruismo canino, aunque no podía dejar de sentirse identificada con ella, algo que, en el fondo, también la preocupaba.

María le contó a Eugenia que ahora Fran y Rosario eran novios, y la forastera, como la llamaban en Fuentegrande, aparentó indiferencia, pues en realidad entre Fran y ella no había habido más que un intenso flirteo durante el verano anterior. Se sintió un poco más traicionada por parte de Rosario, pues, en alguna madrugada en la que se había quedado a dormir en su casa, le había confesado sentimientos romántico-novelescos hacia Fran, y temía que Rosario se hubiera ido de la lengua y que ahora aquello fuera motivo de burla entre todos los del grupo. Rosario, por su parte, era demasiado consciente de sus limitaciones y de las muchas cualidades de Eugenia como para contarle a Fran nada de eso.

Pese a este pequeño inconveniente, María y Eugenia se dirigieron enseguida a casa de Rosario y esta se alegró sinceramente de volver a ver a Eugenia, no solo porque cualquier novedad en la aburridísima Fuentegrande era siempre bienvenida, sino porque, al no ser una chica envidiosa, se sentía fascinada por el encanto de su amiga de la ciudad, siempre vestida a la perfección, siempre simpática sin pretender ser graciosa, siempre ideando juegos en los que ganaba, siempre atlética en la piscina, cercana en las conversaciones íntimas, e inteligentemente distante con todos los chicos del grupo. Con todos, menos con Alfonso, que se parecía a su hermana en el carácter tímido y tranquilo, y con el que Eugenia empezó a hablar de manera habitual en las interminables tardes de piscina de aquel verano, fundamentalmente de música.

En aquellos años, casi todos estaban fascinados por el *Nevermind* de Nirvana, grupo fetiche de Fran, o por los Guns N' Roses, a los que Roque era adicto. Nicolasito había descubierto el *Blood Sugar Sex Magik*, de los Red Hot Chili Peppers, en uno de sus muchos esfuerzos por diferenciarse de su hermano. Pero, como casi siempre le ocurría, no había tenido el éxito deseado entre los del grupo. Eugenia ese verano solamente escuchaba a U2, y el que más hechizado quedó fue Alfonso, que tenía sus primeros discos, el *Joshua Tree* y el *Rattle and Hum*. Ambos habían tenido el mismo éxito tímido entre sus amigos que los Red Hot, por lo que

cuando Eugenia le contó que se había traído el último que habían sacado, el *Achtung Baby*, Alfonso quedó fascinado y enseguida le dio una cinta virgen para que se lo grabara en cuanto pudiera. Lo curioso fue que desde aquel momento a todos empezó a gustarles un poco más U2, confirmando el liderazgo soterrado que Eugenia ejercía en el grupo, algo que aumentaba tanto el deseo de Fran por ella como la animadversión de Roque. Dos sentimientos, por otra parte, que suelen caminar muy cercanos.

Una noche en la que el padre de Eugenia les dejó hacer una fiesta en la magnífica terraza de la casa, se inauguraron los bailes lentos de aquel verano, poniéndose de manifiesto, por primera vez, la alarmante ausencia de chicas que había en la pandilla. Fue una sugerencia de Alfonso, que para entonces estaba completamente enamorado de Eugenia y no veía el momento de poder acercarse a ella de una forma menos amistosa, así que se empeñó en poner *One*, una canción lenta de U2 que sabía que le encantaba, y acabaron abrazados frente a la inmensidad de las huertas, dando pasitos lentos y torpes que fingían algún tipo de ritmo. Eugenia cayó, entonces, en aquella extraña permisión que se convertiría a lo largo de los años en una actitud habitual frente al sexo contrario, descubriendo que, aunque Alfonso no le había gustado nunca especialmente, el simple hecho de que él la mirara con ojos de cordero degollado era suficiente para sentirse atraída por él o, más bien, por la idea de que él disfrutara de ella.

El narcisismo de Eugenia hizo que Alfonso estuviera el resto del verano pegado a sus pies, y a muchas otras partes de su cuerpo, como una especie de esclavo, lo cual desembocó también en un ascenso rapidísimo en el escalafón social, que lo puso al nivel de Roque y de Fran, aunque con un papel más cercano al sabio del grupo, no solo porque Alfonso era un chico extraordinariamente inteligente, sino porque todos observaban como, noche tras noche, Alfonso y Eugenia se sentaban en un banco de la ermita de San Mateo a practicar una de las aficiones favoritas de los adolescentes: follar con la ropa puesta.

Muchas de aquellas noches ocurría que Fran y Rosario se sentaban un rato en otro banco, aunque el grado de pasión nunca llegaba al de la pareja vecina, ya que Rosario, como buena chica de pueblo, estaba aterrorizada por lo que pudiesen decir de ella, algo que ocultaba, evidentemente, con el argumento de la decencia. Sus encuentros con Fran a cámara rápida podían parecerse más a una lucha libre, disimulada en miradas tiernas y besos con mordiscos *interruptus*. Cuando Fran se hartaba de luchar, empezaba a besarle el cuello con suavidad mientras aprovechaba para echar un vistazo al banco de al lado, donde Eugenia era toda entrega y sensualidad. Solo una vez Eugenia se dio cuenta de que Fran la estaba mirando, y, con un descaro poco usual en ella, le mantuvo la mirada durante al menos un minuto, lo suficiente para que Fran impusiera definitivamente en el grupo la masturbación en solitario. Al menos así podía tener a Eugenia para él solito.

GAZPACHO DE CULANTRO

«También se le llama gazpacho de invierno, porque se hace con los tomates que se envasan al vacío en verano, y que aguantan embotellados desde octubre hasta junio, a veces más. Hay que machacar un diente de ajo, mezclado con las hojas de culantro, en el fondo de un lebrillo grande de barro. Cueces unas patatas pequeñas, les quitas la piel y las troceas sobre el lebrillo. Después, le echas los tomates también picados, que se deshacen enseguida, ¿ves?, porque están muy blandos. Lo aliñas con aceite, vinagre y sal y lo cubres con agua caliente, no mucho, lo suficiente para que ligue bien.»

Aunque era julio, Chabela hizo aquella mañana el gazpacho de culantro para María, ya que era su plato favorito y no había podido probarlo en todo el año. A Clara ya le costaba tomarse el gazpacho normal, solo le gustaba el de bote, y Chabela se negaba a comprarlo, por lo que solía guardar un tetrabrik en la nevera de la oficina, algo que no se atrevía a confesarle a su amiga. Lo del culantro con patatas y tomate embotellado de no se sabía cuándo, y encima templadito, no conseguía convencerla, especialmente con la resaca monumental que tenía.

La noche anterior se acostó bastante tarde, estuvieron las tres en el patio del hostel, bebiendo y charlando hasta las tantas, para celebrar la vuelta a casa de María, aunque Clara, en el fondo, estaba esperando que Fernando Alegría volviera de su entrevista con Celestino y Ángel Crespo. A las tres de la mañana, sin Fernando y con una borrachera tremenda de 100 Pipers, se fue a la cama casi reptando por las escaleras. Le fue imposible levantarse a una hora decente para ir a correr, la resaca y el sonido de las campanas eran demasiado para ella.

Sonaba a muerto en Fuentegrande, un toque muy lento, no fuerte y bastante espaciado del macho, la campana de sonido grave, y la hembra, la campana de sonido agudo, ambos intercalados. Clara se sentó en una de las mesas del bar, frente a un gran ventanal, con un café solo bien cargado, y estuvo un rato escuchando aquel sonido. Había amanecido gris, pero en aquel momento el sol brillaba de una manera insolente, no como el día que enterraron a Marcos, hacía ya casi un año, cuando una atronadora tormenta de finales de verano la sacó del cementerio antes de que su cuerpo cayera desfallecido sobre el barro que había formado el agua frente a la tumba de su marido, como si ya no tuviera piernas, ni brazos, ni estómago, ni cerebro, como si ya no pudiera sentir frío o calor, como si su piel hubiera dejado de funcionar.

El sonido de las campanas le trajo ese vértigo inesperado que arrastra el dolor escondido, y estuvo a punto de llorar, solo un poquito, Clara, hace ya un año, te lo puedes permitir, parece que se dijo, pero María le puso una rosquilla junto al café y se sentó enfrente de ella, le rozó suavemente la mano izquierda con un gesto cariñoso y empezó a hablar muy despacio:

—Antiguamente, al terminar de tocar, si se daba un toque solo, es decir, una campanada sola, indicaba que había muerto un hombre; si se daban dos, indicaba que

había muerto una mujer, y si se daban tres toques indicaba que había muerto un niño o un joven; en el caso de un niño también se decía «tocan a gloria». Este toque se repetía en las horas diurnas, desde la defunción hasta el inicio del funeral, y el último toque se realizaba en el momento de dar sepultura. La noche del Día de los Difuntos, el 2 de noviembre, permanecían en vela los mozos del pueblo, tocando a muerto cada dos horas hasta que amanecía. Mi abuela decía: «Otra vez tocan a clamor», ella no decía *a muerto*, porque nunca pronunciaba esa palabra, era muy suya, y es que durante los veranos esta parecía ser la banda sonora del pueblo, porque era cuando todos los viejos moribundos se iban.

Hubo un silencio largo. Ambas se quedaron calladas y escucharon la campanada solitaria que las dos esperaban.

—¿Ves? Eso es que ha muerto un hombre.

—Fran Borrego —le contestó Clara. Y fue María la que no pudo contener las lágrimas.

—Crecí con Fran, ¿sabes? Hubo veranos en los que él y todos los de la pandilla éramos como una gran familia, aunque en los últimos años se comportaba como un hijo de puta, o tal vez lo fue siempre, no sé, cuando eres tan joven no te das cuenta de esas cosas.

—¿Por qué era un hijo de puta?

—Porque lo llevaba en la sangre, porque no le dieron otra posibilidad, y eso que alguna vez lo intentó. Estoy segura de que intentó irse de aquí, que es lo que tendría que hacer todo el mundo. Incluida tú, Clara.

—Yo no puedo irme.

—Ya, algo me ha contado mi madre, no te enfades con ella, ya sabes que es muy cotilla, es uno de los males de los pueblos, aunque desde luego no el peor. Lo peor son los inviernos.

—¿Y qué te ha contado?

—Que no puedes separarte de Marcos. Aunque no has ido ni una sola vez al cementerio ni has vuelto a poner un pie en tu casa.

Clara volvió a mirar por la ventana. Empezaba a gustarle María, era más tranquila que Chabela y parecía de esas personas que andan en paz con el mundo, o que en el fondo les da igual todo, según se mire. Pero no tenía ganas de hablar de Marcos, nunca las tenía.

—¿Tú conoces a Rosario? —le preguntó para cambiar de tema.

—Fuimos muy amigas, incluso compartimos piso los dos primeros años de carrera, pero luego don Francisco José Borrego se empeñó en que ella y Fran se casaran, y Fran no paró hasta satisfacer a su padre, como siempre. Regresó al pueblo sin empezar el tercer año y ya no volvió a salir de aquí. Su único objetivo, entonces, fue quedarse embarazada; lo intentó durante casi diez años hasta que lo consiguió, con muchos riesgos, porque siempre tenía anemia.

—Y os alejasteis la una de la otra. Eso es muy normal con los amigos de la

infancia —sugirió Clara.

—Lo curioso es que cuando nos encontramos me trata de una manera muy distante. Siempre fue muy dulce y educada, pero es extraña la forma que tiene de mantener un espacio vacío donde hay cientos de experiencias y recuerdos.

—Tal vez no le gusten demasiado esos recuerdos.

—Puede ser.

—Me interesaría hablar con ella, pero hoy es el peor día para intentarlo.

—Yo voy a ir al entierro y seguramente luego vaya a su casa. Es lo que se estila. Vente al cementerio y si veo que la cosa está relajada te vienes conmigo. ¿Conoces a su hermano?

—Sí, es un tío estupendo.

—Pues igual entre Alfonso y yo te podemos poner el terreno más fácil.

Un poco después, casi a la hora de comer, entró Fernando Alegría en el bar del Hostal Las Rosas. Iba un poco más arreglado que el día anterior, los vaqueros eran los mismos, pero se había puesto una camisa morada que parecía hecha a medida, no tenía pinta de ser de marca o de una tienda cara, era su propio cuerpo el que hacía que le quedase tan bien, pensó Clara. La llevaba con las mangas desabrochadas y un poco subidas, casi hasta el final del antebrazo, con esa habilidad innata que el hombre parecía tener para atraer y que a Clara empezaba a ponerla realmente nerviosa. Había sustituido las Adidas rojas por unos zapatos oscuros, seguramente tenía intención de ir también al entierro.

En cuanto la vio se dirigió inmediatamente hacia ella con su sonrisa enorme y, en un acto reflejo absurdo, Clara cruzó las piernas, como si le diese miedo que la sonrisa se metiera por algún lugar extraño. Le preguntó si podía sentarse con ella y enseguida comenzó a contarle la ajetreada noche que había tenido. Al parecer, entre pregunta y pregunta de los policías, el bueno de Fernando sacó a relucir sus mejores dotes de engatusador profesional, metiéndose en el bolsillo al mastuerzo de Celestino y a su compañero con un tema universal, tópico, pero siempre efectivo: el fútbol. Los tres eran del mismo equipo, casualidades de la vida, garantía indiscutible de hermandad y preludio de una juerga tremenda que se habían pegado hasta las cinco de la mañana.

—Pero ¿por qué querían hablar contigo? —le preguntó Clara.

—Nada, nada. Es verdad que había quedado con Fran, me cité con él en uno de los bancos que hay en el camino ese que lleva hacia una ermita.

—La ermita de San Mateo —le dijo Clara como si llevara toda la vida en Fuentegrande.

—Eso. El caso es que estuve una hora esperándolo, pero no se presentó, así que me volví al hostal.

—¿Y por qué no quedasteis en la taberna de Justo, o en un sitio menos escondido?

—No sé. Él no quería, igual para evitar cotilleos, yo qué sé. Oye, me estás

haciendo las mismas preguntas que Celestino, ¿tú tampoco te fías de mí?

—Pues no mucho —contestó Clara con media sonrisa, aunque mirándolo fijamente a los ojos.

Durante el almuerzo, los dos dejaron el gazpacho de culantro a la mitad, recordando con añoranza y deseo el *sashimi* de uno de los mejores japoneses de la ciudad, y Fernando le prometió que la próxima vez que fuese la invitaría a comer al único donde hacían tartar de salmón con trufa.

—Eres un esnob —le dijo Clara, emulando a Katharine Hepburn en *Historias de Filadelfia* cuando le recriminaba lo mismo a James Stewart. Fernando, como la mayoría de los hombres a los que se les daba bien jugar al fútbol durante la adolescencia, no la había visto.

—Pero me la apunto —dijo con un tono que Clara interpretó como: «Si a ti te gusta tanto, seguro que es buenísima, soy un hombre lo suficientemente seguro como para estar abierto a cualquier recomendación. La veré y me encantará y te lo agradeceré. Por algo soy un hombre feromona».

En ese momento, Chabela interrumpió los acelerados pensamientos de Clara, carraspeó un poco para que la miraran y les sugirió, apuntando con su dedo índice al reloj de muñeca, que si querían ir al entierro tenían que salir ya.

Durante el cortejo fúnebre, Clara pensó que, si el infierno existía, su estado de excitación la iba a mandar a él de cabeza, en primer lugar, porque estaba en un entierro, y en segundo, porque en ese cementerio estaba enterrado su marido. Intentó no pensar demasiado en lo segundo, concentrándose en la gente que había ido a despedirse de Fran Borrego y, más concretamente, en su mujer, Rosario. Alfonso hacía como que la sostenía en un medio abrazo, pero a Clara le dio la sensación de que Rosario no necesitaba ese apoyo, estaba bastante entera, no lloraba ni agachaba la cabeza. Más bien estaba como ausente, con la mirada extraviada en algún pensamiento lejano a los lamentos del padre de Fran, Francisco José Borrego, al que habían tenido que traer una silla para que se sentara. Pese a que a sus setenta y pocos años seguía igual de fuerte e imponente, la muerte de su primogénito le había afectado hasta tal punto que llevaba desde el día anterior sin pronunciar una palabra.

Cuando el ataúd comenzó a bajar hacia la profundidad de la tierra, pensó en su hombre, el que él había criado y educado para continuar el trabajo que comenzaron su abuelo y su padre en las huertas y en el pueblo. No podía asimilar esa pérdida en tan pocas horas, no podía entender cómo le había podido pasar algo así, y se desmoronó en una serie de lamentos que sorprendieron a todos los allí presentes, incluso a Nicolás, su hijo pequeño, y a Roque el Puntas, que no se separaron de él ni un momento. Ellos sí que mantuvieron esa entereza propia de su condición masculino-rural, siendo, además, los que llevaron a hombros el ataúd de la iglesia al cementerio, junto con otros trabajadores de las huertas que habían sido amigos de Fran en la infancia y la adolescencia, como le explicó más tarde María a Clara. También comentarían lo raro que les pareció que Alfonso no cargara con el ataúd. Hasta donde

María sabía, las cosas entre ellos no estaban del todo mal, teniendo en cuenta el carácter de Fran, claro.

A pesar de los lamentos del cabeza de familia, lo que más llamó la atención aquella tarde fue la presencia de Eugenia Pereira en el cementerio. En lugar de adoptar la actitud asfixiante del resto de la comitiva con respecto a la familia, Eugenia permaneció todo el tiempo a una distancia llamativa mientras unos leves murmullos se extendían, acompañados de algún que otro volteo de cabeza para observarla de reojo. A Clara le pareció una mujer muy guapa y elegante, tal vez demasiado para Fuentegrande. Llevaba un bolso Fendi, de esos que ella solo se había permitido mirar en los escaparates de la ciudad, y un traje de gasa gris perla que le marcaba una bonita silueta. Enseguida dedujo que no era de allí. Entre los murmullos que se oían, Clara distinguió algún «qué poca vergüenza», «no sé cómo se atreve» y demás comentarios tópicos. Parecía evidente que aquella mujer había tenido un lío con Fran Borrego o algo por el estilo. Por eso la desconcertó bastante, como al resto de la comitiva, que Rosario se acercara y ambas se dieran un abrazo sincero y cariñoso. Nadie reparó, sin embargo, en que, después de aquello, cuando todo el mundo se apelotonaba en la puerta de salida, la mujer del traje gris se acercó también a un hombrecillo extraño, con la nariz exageradamente puntiaguda, que parecía estar drogado o simplemente ido, y le dio otro abrazo, casi tan cariñoso como el que le había ofrecido a Rosario.

—Es Sebastián, no está muy bien de la cabeza, pero con nosotras siempre ha sido muy bueno —le explicó María algo seca, tal vez cansada de las preguntas de la periodista.

A Clara le llamó la atención ese «nosotras», pero no le dio demasiada importancia.

Eugenia Pereira no apareció por casa de Rosario en el responso que dio la familia una hora después de enterrar a Fran Borrego. Fue entonces cuando María le contó a Clara quién era aquella mujer:

—Hacía tiempo que no la veía. Luego me pasaré por su casa, si quieres me acompañas y te la presento.

Pero Clara estaba en ese momento concentrada en una pequeña discusión que parecía haber entre Rosario y Tomás, el socio de Fran Borrego, que al minuto abandonó la habitación, bastante airado, aunque casi nadie se dio cuenta. Detrás de él salieron Nicolás y Fernando Alegría, que habían estado hablando durante largo rato. Clara pensó que luego buscaría a Fernando para sacarle algo acerca del hermano y del socio. Ahora tenía que aprovechar que Rosario, en un segundo de descuido de todas sus «damas de compañía», había salido a la terraza a fumarse un cigarro tranquila.

—¿Tienes uno? —le preguntó Clara para no darle tiempo a reaccionar con presentaciones absurdas.

—No, me lo ha dado mi hermano. En realidad no fumo.

—Yo tampoco —contestó Clara sin pensarlo demasiado.

Notó entonces que Rosario la miraba con cierto rechazo.

—Salir a fumar es lo único que se me ha ocurrido para que me dejaran en paz. ¿Cuál es tu excusa?

—Ninguna, solo quería hablar contigo. Soy Clara Ibáñez, del periódico.

—Ya sé quién eres —la cortó Rosario—. Me da la sensación de que no eres muy consciente de que vives en un pueblo pequeño. Auxi, tu ayudante, es mi prima. Me alegra que te dignes a participar en algún acto social, aunque solo sea porque le han abierto la cabeza a un hombre. Eso debe de vender muchos periódicos.

Clara se preguntó dónde estaba la Rosario dulce y educada de la que le había hablado María, pero sabía que aquello era solo un mecanismo de defensa para que no se estableciera ninguna complicidad que pudiera llevar a preguntas comprometidas. Decidió lanzarse al vacío, utilizando la misma estrategia:

—No tengo demasiado interés en participar en actos sociales y la prensa amarilla nunca me ha interesado. Solo quería preguntarte si has firmado la venta de las huertas con Depwater, o si tienes intención de hacerlo. Es algo bastante importante para el pueblo y para toda la comarca.

—Sí, algo muy importante —respondió Rosario de forma lacónica, mientras negaba con la cabeza—. Mi abuelo nos llevaba a pasear por las huertas cuando éramos pequeños, a mi hermano y a mí, y nos hablaba del valor de estas tierras, de todas las tradiciones que se habían gestado en ellas: las romerías, las contadas de cuentos, los romances. Sabía muchos romances y canciones que cantaban los hombres del campo. Le horrorizaría saber lo que estamos a punto de hacer.

—¿Y por qué lo vas a hacer?

—Por favor, no tengo cuerpo para esto, no quiero estar en boca de todo el mundo por culpa de lo que escribas sobre Depwater, bastante tengo con lo de Fran. Bastante he tenido ya.

—Escribiré lo que tú me digas que escriba —comentó Clara, consciente de la falta de profesionalidad que implicaba ese comentario. Esta sensibilidad le proporcionó una media sonrisa por parte de Rosario, que pareció agradecerle el gesto, aunque sonara demasiado inocente.

—Yo no tengo nada mío, y casi no me quedan fuerzas para negarme. Las huertas de mi familia las comparto con mi hermano, que está deseando marcharse de Fuentegrande, y las que nos regaló el padre de Fran cuando nos casamos tenían una letra pequeña muy sutil que ni el mismo Francisco José conocía. Antes de casarnos, Fran firmó un documento con Tomás en el cual se explica que, si a alguno de los dos les pasaba algo, la mitad de lo que poseían pasaría al otro socio, así que la mitad de lo que pensaba mío es de Tomás. Fran se encargó de firmarlo con él a escondidas para que mi familia no pudiera meter mano. Se fiaba más de ese mal bicho que de mí. Luego están las de los Borrego, y Nicolás se está encargando de convencer al viejo para que ceda. Como ves, mi decisión no es demasiado importante.

—Tienes la mitad de dos de las tres partes más importantes de las huertas. En realidad, tu decisión es fundamental.

—No es tan fácil, de verdad que no es tan fácil —suspiró Rosario, con la mirada triste.

—¿Y por qué Nicolás tiene que convencer a su padre?, ¿no lo había convencido Fran? He oído que tenía adoración por él —insistió Clara.

—Eso mejor se lo preguntas a Nicolás. No te recomiendo que hables con su padre, te aseguro que ese hombre no siente adoración por nadie. Ese lamento por la muerte de su primogénito solo esconde una actitud egoísta.

—Háblame de la muerte de Fran. ¿Tienes alguna sospecha sobre alguien?

—Sobre quién no sospechar, esa es la pregunta que tienes que hacerte en realidad.

—Según esa teoría, ahora mismo tú tienes un montón de papeletas. Fuiste la última en ver a Fran, que se sepa —sugirió Clara, esta vez sin pensar demasiado en las consecuencias de una insinuación tan directa.

Rosario se quedó callada. Sonrió con la cabeza gacha, miraba sus zapatos y pensaba que tendría que haberse puesto algo más cómodo; seguro que las plañideras tardarían en marcharse, y los tacones le destrozaban los pies, no había podido resistirlos nunca.

—Si lo que de verdad te interesa es el asunto de Depwater, habla con mi hermano, con Tomás y con los Borrego; si quieres escribir sobre la muerte de Fran, habla con la gente de las huertas, ellos han escondido toda su mierda desde que era un adolescente.

Cuando salió de casa de Rosario, Clara se fue directamente al periódico. Tenía que escribir la crónica del funeral, pero, al poner en orden todas las notas sobre el reportaje que estaba ideando, prefirió no hablar de aquel día, para no quemar demasiado la noticia. Buscaba el punto de partida, el sentido de todo aquello, y no hacía más que darle vueltas a la última recomendación de Rosario. Miró la pizarra donde había dibujado un mapa de ideas sobre la muerte de Fran Borrego y el asunto de Depwater. Tuvo la certeza de que Rosario se equivocaba: la noticia estaba justo en ese espacio en blanco que quedaba entre los dueños de la tierra y la gente de las huertas.

PUTAS EN CAL

El verano era la época en la que se encalaban las casas de Fuentegrande: un procedimiento muy antiguo que consistía en verter la cal en el agua para conseguir una pasta fluida blanca con la que se revestían los muros. Los inviernos allí eran los más fríos de la comarca, pero los veranos eran igual de calurosos que en Cansinos o en cualquier otro pueblo de la comarca. Por eso se utilizaba la cal para cubrir las fachadas, era una sustancia mucho más porosa que la pintura, por lo que concentraba menos el calor en las paredes exteriores de las casas, conservando el interior más fresco.

A María le encantaba el ambiente que había en el Hostal Las Rosas durante el encalado; la casa se llenaba de mujeres con delantales que confeccionaba su abuela para todas ellas, de una tela muy mala, con cuadros azules y blancos. Se sacaban al patio todas las mantas, alfombras y edredones del invierno y se aireaban durante un día; se hacía limpieza general, se cubrían humedades y se pintaban todas las habitaciones, el bar y la cocina, también de blanco; y las rejas de balcones y ventanas, oxidadas por las lluvias, se raspaban y volvían a cubrirse de pintura negra, aunque en otras casas, como en la del padre de Eugenia, se pintaban de verde. Aquel año, Manuel Pereira llamó a Chabela para que se encargara de la limpieza y el encalado de su casa. A la abuela de María no le hacía mucha gracia que su hija y su nieta hicieran ese trabajo, pero Chabela andaba siempre mal de dinero y aceptó encantada, sin hacer mucho caso a la opinión airada de su madre, que seguía viviendo la ilusión de que la suya era una familia de alto rango que no trabajaba para los demás: eran los demás los que trabajaban para ellos.

Cuando Eugenia y su familia llegaron ese año, se encontraron con una casa resplandeciente. Habían sido especialmente cuidadosas con las dos buganvillas fucsias que salían de uno de los arriates pegados a la fachada, el suelo de barro de la terraza parecía nuevo y había un olor acogedor y limpio en todas las habitaciones.

Es el olor del verano, pensó Eugenia cuando se tumbó en su cama por primera vez después de todo un año, y cerró los ojos, inspirando de una manera exagerada. Andaba por aquel entonces en la plenitud de su adolescencia, y tendía a fluctuar de una manera casi esquizofrénica entre la euforia por la experimentación constante y la melancolía, asociada, todavía de manera efímera, a la conciencia del paso del tiempo.

Aquel verano los padres de Alfonso le habían pagado un viaje a Estados Unidos para que perfeccionara su inglés y saliera del pueblo durante una temporada. Rosario no tuvo la suerte de que depositaran en ella las mismas esperanzas que tenían en su primogénito. La excusa de su salud delicada jugaba siempre en su contra, por lo que solo le quedaba esperar las postales de su hermano hablándole de sitios increíbles y de gente que le explicaba cómo funcionaba un semáforo o le preguntaba si en su pueblo también se veía la luna. Rosario les contaba luego a sus amigos estas historias con las que todos se reían, pensando que los americanos eran todavía más brutos que

ellos, aunque alguno que otro no podía evitar reflexionar sobre el hecho de que nunca había visto realmente un semáforo.

Lo que Rosario no contaba era el insistente interés que mostraba Alfonso en algunas de sus cartas por saber cómo estaba Eugenia. Se habían escrito y llamado durante el otoño y el invierno, pero desde la primavera no sabía nada de ella, un dato que los demás desconocían, pensando que seguían juntos. Él no se atrevía a contar lo que Eugenia tenía clarísimo casi desde finales de marzo; y Eugenia, dada su tendencia a ser complaciente antes que rechazada en cualquier circunstancia, no había reunido el valor suficiente para decirle que aquella historia se había acabado.

El estío fue deslizándose tranquilo. Día tras día, los ritos de veranos anteriores se repetían como si fuera la primera vez. El espacio era el mismo, pero ellos parecían experimentar un cambio constante que hacía que cada segundo contase como imprescindible. La pubertad de Fran y Roque parecía estar alejándose poco a poco, ambos habían aprendido a afeitarse y se reían de Lope y Nicolás, que no tenían más que una tímida pelusa sobre el labio. Tomás había hecho un viaje en crucero con sus padres la segunda quincena de julio y no paró de presumir sobre aquello durante el resto del verano. Daba explicaciones concisas sobre los cócteles que el *barman* de una de las terrazas del barco le había enseñado a hacer y ensayaba con ellos durante las improvisadas fiestas que les permitían celebrar de vez en cuando en alguna que otra casa. A Roque, Tomás le parecía un repelente, y, cada vez que intentaba seducir a Fran, a Nicolás y a las chicas relatando alguna de sus experiencias con ese aire de superioridad que le acompañaría toda la vida, el Puntas no paraba de interrumpirle, haciendo aspavientos y dándole collejas para que se callara:

—Eres un pringao, Tomasito, eso de los cócteles es una mariconada, en este pueblo se toma el orujo solo y la Larios con tónica. Como vuelvas a darme un trago de color azul te llevo a las huertas y te tiro a una poza.

Todos se reían, y Tomás agachaba la cabeza, consciente de que no podía decir nada porque era más que capaz de hacer lo prometido. La última semana de agosto se celebraba en Fuentegrande la fiesta del melocotón. Las huertas estaban repletas de melocotoneros que daban su fruto al final del verano, y esto se traducían en una recolecta excesiva que obligaba a las familias a hacer un aguardiente especial con trozos de la fruta. Con esa excusa, venían al pueblo una decena de puestos de turrón, garrapiñadas y algodón de azúcar. Había una tómbola y tiro al blanco. El ayuntamiento contrataba una orquesta que tocaba en la plaza del pueblo de jueves a domingo y los bares de Fuentegrande sacaban barras a la calle y vendían muy barato litros y litros de aguardiente de melocotón. Junto con la romería de San Mateo, aquello era el acontecimiento del verano, y ese año Eugenia y María se propusieron pasarlo en grande: las dos habían engañado a sus respectivas familias, alegando que se quedaban a dormir en casa de Rosario, y estaban dispuestas a disfrutar de las fiestas hasta por la mañana. Rosario se sentía fatal por ser cómplice de aquella mentira, pero transigió en no contarle nada a su madre, al menos para que no fuera

tan evidente la ventaja que le llevaban sus dos amigas en lo que para ella era una señal de madurez. Todavía conservaba su casa de muñecas y la mayoría de sus peluches, y más de una vez se sentía tentada de jugar a vestir y desvestir a la Barbie con los más de veinte trajes que tenía para ella; de hecho, casi añoraba cuando la vida era tan sencilla como aquello. Es cierto que Rosario era un año menor que María y Eugenia, que con sus quince años se sentían ya con licencia para hacer y decir lo que les diera la gana. Durante el día, llevaban unos *shorts* minúsculos y unas camisetas ajustadas, con la barriga al aire, que mostraba su esplendor adolescente. En realidad, eran tan poco conscientes de ello que se permitían el lujo de contonearse delante de Celestino, Ángel y Sebastián, como si el deseo fuese solamente un juego, y jamás pensaban en lo locos que se volvían Fran, Roque, Lope, Nicolás e incluso el repipi de Tomás cuando jugaban al voleibol en la piscina de Rosario. No era inocencia, no era malicia, solamente era algo nuevo para ellas.

También fue algo nuevo el primer vaso de aguardiente de melocotón del jueves por la noche con el que todas las hormonas reunidas en la plaza del pueblo estallaron en horas de baile, seguidas de más y más vasos de aquel líquido pegajoso y dulzón. La primera noche, Eugenia se encaprichó de Celestino, por aquello de que era mayor, algo que, inexplicablemente, le hacía más atractivo. Los dos mechones blancos que rodearían sus sienes en la madurez eran ya más que evidentes, llevaba siempre unos pantalones Levi's muy ajustados, con una cadena atada a una de las presillas que sujetaba la cartera, colocada de manera abultada en el bolsillo trasero izquierdo. Por ser un día especial, se había puesto un polo azul de marca que le había regalado su madre por su cumpleaños, y permaneció durante toda la noche apoyado en la barra de la plaza donde estaba la orquesta, mirando cómo Eugenia se contoneaba para él de manera cada vez más descarada. A medida que el melocotón bañado en aguardiente iba haciendo su efecto, a Eugenia le parecía que Celestino era increíblemente guapo, y que ligar con él era lo más divertido del mundo. A las cuatro de la mañana estaban magreándose y riéndose en uno de los callejones de detrás de la iglesia. Cuando la cosa empezó a ponerse seria y Celestino le metió la mano a Eugenia por debajo de la falda e hizo a un lado las bragas para manosear el pubis mojado de la chica, apareció María con Nicolás, que andaban igual de acalorados, y ambos aminoraron la tensión. La cosa no habría pasado a mayores, pues Eugenia no tenía ni ganas ni fuerzas para hacer nada con Celestino; al fin y al cabo, aquello no era más que un juego, pero no le dio tiempo a dar una negativa rotunda, pues María empezó a vomitar a menos de un metro de ella, y la forzada solidaridad de Eugenia con su amiga le evitó tener que dar más explicaciones de las precisas.

—Voy a buscar a Rosario para que nos lleve a su casa, está fatal —le dijo sin apenas mirarlo y con cierta sensación de alivio. Tan pronto como se habían dado los primeros besos, a Eugenia le dio la sensación de que era mucho más divertido pensar el juego que llevarlo a cabo.

A la noche siguiente la diversión consistió en intercambiar parejas. Ambas se

habían contado la experiencia de cada una y la frivolidad se apoderó de ellas en forma de carcajada constante y fácil manipulación de los implicados. Tanto el imberbe de Nicolás como el experimentado Celestino estaban más que dispuestos a continuar con la tarea de la noche anterior. La gran sorpresa fue que Eugenia y María habían decidido intercambiarlos sin ni siquiera preguntarles. No fue necesario, pues la resistencia vino más por el asombro que por la indignación, y, cuando cada uno tuvo claro que aquella noche cambiaban de pareja, les pareció igual de divertido que a ellas.

—No se puede ser más puta —le dijo Fran a Roque la última noche, cuando vio a Eugenia de nuevo danzando por la plaza del pueblo, con Celestino y Nicolás sin quitarle ojo de encima.

Chabela había castigado a María sin salir por primera vez en su vida. Se había encontrado en la carnicería a la madre de Rosario y la mentira se había desmoronado en cinco segundos. Le pareció horrible castigar a su hija en plena fiesta del melocotón. Recordó cuando su padre hacía lo mismo y ella se escapaba por una de las ventanas que daban al patio del hostel. Pensó que no lo estaba haciendo del todo mal cuando entró en el dormitorio de María a las cuatro de la mañana y se la encontró profundamente dormida.

Eugenia intentó sustituir a María por Rosario, que durante las noches anteriores no había sido más que una espectadora de los rituales de bebida y danza que experimentaban sin tapujos sus dos amigas, pero en el primer baile apareció Fran, acompañado de Roque, y se llevó a Rosario de la mano no sin antes lanzarle una mirada entre reprobatoria y amenazante a Eugenia que esta, conociendo el talante de Fran, no se atrevió a ridiculizar. El Puntas intentó probar suerte con la chica, que parecía igual de animada que las otras dos noches, pero Eugenia lo rechazó sin pensarlo dos veces y, al rato, se fue a su casa echando de menos a María.

Se levantó casi al mediodía y, al comprobar que ni su padre ni Orestes estaban en la casa, salió a la puerta; tal vez su hermano seguía intentando aprender a montar en bici sin las dos ruedecillas traseras, pero con la clara seguridad de que su padre le sujetaba. Eugenia no olvidaría la imagen de Orestes, mojando una enorme esponja en un cubo de agua con lejía, mientras su padre intentaba limpiar con otra las primeras letras de su nombre. Sin embargo, no podría recordar si la frase era «Eugenia es una puta» o, simplemente, «Eugenia Puta».

Más difícil de olvidar aún sería lo que ocurrió un par de días después. Alfonso había regresado de Estados Unidos y lo primero que hizo, cuando estuvo de nuevo con sus amigos, fue preguntar por la que suponía, no con mucho convencimiento, seguía siendo su novia. Fran y Roque empezaron a contarle con todo lujo de detalles el comportamiento de Eugenia durante los últimos días. Nicolás permaneció callado todo el relato, mirando hacia abajo sin saber qué hacer o decir y, cuando terminaron de hablar, Fran lo cogió por una oreja y la obligó a disculparse con su amigo. Al principio, Alfonso sintió decepción, asociada a un leve dolor de estómago, que pronto

se traduciría en una gran punzada en el orgullo, alimentada por los comentarios mezquinos del resto de los chicos.

—Tienes que darle un escarmiento, Alfonsito. Si no, al menos para mí, vas a ser un cornudo el resto de tu vida.

Alfonso miró a Fran como pidiendo consejo y este asintió con un gesto cómplice.

A la comitiva que se dirigía hacia casa de Eugenia Pereira también se unieron Celestino, Ángel Crespo y Sebastián, instigados por el bueno de Roque a dar ese paso solidario, como correspondía a hombres de bien.

Rosario y María estaban en casa de Eugenia, merendando tortitas e intentando quitarle importancia a la pintada que había destrozado la hermosa fachada de su casa. Los daños no habían sido del todo irreparables, al menos, en la conciencia de Eugenia, especialmente porque su padre no le había hecho un solo comentario y su comportamiento hacia ella no había variado un ápice, ni más serio ni más cariñoso. Aquello era una chiquillada y lo mejor era no darle importancia.

Tampoco ella le daría importancia muchos años después al hecho de que siete chicos que consideraba sus amigos la acorralaran en la puerta de su casa. Al principio, callados, con expresiones sarcásticas o de satisfacción, esperaban, unos, en sus bicis, otros, apoyados en algún árbol o en la misma pared de su casa, a que Alfonso diera un paso al frente y, encabezando una comitiva que en realidad no le correspondía, le preguntara a Eugenia Pereira si era una ninfómana. Acto seguido, todo fueron carcajadas. Y puta, y golfa, y qué te has creído, y anda, vámonos, y las ruedas de las bicis en marcha, y a nosotros no vuelvas a acercarte, y los pasos lentos y seguros, y las voces alejándose, y otra vez ninfómana, en la voz torrencial y desagradable de Roque, y Alfonso desapareciendo con vergüenza de sí mismo, y todos desperdigándose a un lado y otro de la calle.

Fran permaneció apoyado en uno de los árboles situados enfrente de la puerta, admirando secretamente la entereza de Eugenia, que no había movido una pestaña desde que comenzó el asalto. La miró de arriba abajo con una sonrisa cruel y sugirió con ironía:

—La próxima vez, ten más cuidadito.

COSTILLAS ADOBADAS

Clara Ibáñez aporreaba el teclado de su ordenador como si fuera una máquina de escribir. Había aprendido mecanografía antes de estudiar periodismo en la vieja Olivetti de su padre y jamás consiguió quitarse ese vicio, especialmente cuando estaba muy concentrada en lo que escribía. El teléfono sonó cinco veces antes de que interrumpiera la música de las teclas y levantara la mirada por encima de la pantalla del ordenador:

—Coger el teléfono forma parte de tu trabajo, Auxi —le dijo con un tono autoritario que en el fondo detestaba.

A Clara no le gustaba mandar. No entendía por qué tenía que decirle a la gente que contrataba cuál era su trabajo. Era una perfeccionista compulsiva y pensaba que todos los que la rodeaban debían mantener el mismo nivel de exigencia que ella se imponía, sin necesidad de que se les recordara constantemente. Tener que decirle a su ayudante que cogiera el teléfono situaba a Auxi en el nivel más bajo de una incompetencia que, en realidad, no hacía honor al buen trabajo que casi siempre realizaba. Era una exageración, pero a Clara cada vez le importaba menos lo que pensara la gente. Será la edad, se decía a sí misma, sin tener muy claro si eso era bueno o malo.

—Es para ti —le dijo Auxi con aire de reproche.

—Claro que es para mí —le contestó su jefa mientras descolgaba el auricular—, pero el teléfono lo tienes que coger tú.

Al otro lado estaba Chabela, que se rio al escuchar la última frase de Clara.

—¿Peleando con la secretaria desde tan temprano? —le preguntó con sorna.

—Eso parece —dijo Clara con tono serio. Iba a perder la concentración por la llamada de Chabela y eso le molestaba más que la chulería de Auxi.

—Bueno, bueno, a mí no me hables así, que te llamo para hacerte un favor.

—Dime. —Clara continuaba con el tono seco.

—Están aquí Celestino y Ángel. Han quedado para comer con Alfonso, y luego van a Cansinos porque el forense ya tiene el informe completo de la autopsia de Fran.

—¿Y eso te lo han dicho ellos?

—No, me lo ha contado Fernando Alegría. Ha tenido una reunión esta mañana con Tomás, con Nicolás y con Alfonso y se ha enterado de refilón.

Clara tuvo la certeza de que Fernando se lo había contado a Chabela para que esta, a su vez, la llamara a ella.

—Qué buen chico este Fernando, ¿no? —le dijo con ironía.

—Mira, ya se le ha pasado el cabreo a la niña.

—Vete a la mierda —le dijo Clara riendo—. Voy para allá en un rato. Pienso presentarme esta tarde en el hospital de Cansinos quieran ellos o no.

El Hospital de Nuestra Señora de los Vientos era una mole de mármol situada a las afueras de Cansinos, lejos de la zona turística, porque a los turistas no les gusta

ver hospitales, pero que representaba a la perfección la prosperidad de la que presumía la capital de la provincia, que pasaba por alto, elección tras elección, la corruptela de políticos que se habían embolsado en sus cuentas más de lo que habían invertido en la pequeña ciudad. Frente a la puerta principal del desproporcionado hospital, Clara pensó que la palabra *democracia* retumbaría en aquellos altísimos techos de mármol con un eco ininteligible y frío. Todo nuevo y reluciente, con la mejor equipación tecnológica: área de maternidad, pediatría, neurología, neumología, oncología, psiquiatría, y lo que más le llamaba la atención, un laboratorio enorme en el que investigaban los médicos residentes, situado al lado de la oficina del forense. La especialidad de Alfonso era la medicina interna y hacía poco tiempo había obtenido una plaza fija en el hospital. También llevaba él mismo el ambulatorio de Fuentegrande, por una deuda moral que tenía con el pueblo y con su propia familia, que siempre había querido que Alfonso fuese un médico importante, pero que, al mismo tiempo, se resistía a que el primogénito varón abandonara el patronazgo de los terrenos de la familia. Que Alfonso mantuviera su consulta en el ambulatorio los tranquilizaba con respecto a este punto.

Sin embargo, Alfonso había comprado un ático enorme con vistas al mar en Cansinos, sin que nadie lo supiera, e intentaba pasar cada vez más tiempo alejado del ambiente del pueblo, con la excusa de guardias y congresos. Clara había ido a visitarlo después de la muerte de Marcos para que le recetara unas pastillas para dormir, y había agradecido tanto la discreción del médico, muy alejada de la idiosincrasia fuentegrandina, como la facilidad con la que recetaba las drogas, sin someterla a la inquisición propia de estas situaciones ni adoptar la típica actitud entre reprobatoria y paternal habitual en los médicos. Ni consejos ni preguntas, el matasanos perfecto, en opinión de Clara.

Alguna vez se habían tomado algo juntos en la taberna de Justo, sin cita previa, de manera espontánea, charlaban de cosas sin importancia, y la tranquilidad con la que Alfonso parecía asumir la vida le proporcionaba a Clara cierta paz dentro del laberinto de pensamientos automáticos por los que solía despistarse su mente. Se llevaban bien, por eso no le costó demasiado trabajo convencerlo de que la dejara ir con ellos a Cansinos para escuchar el informe del forense, aunque, al principio, se encontró con la rotunda negativa de Celestino, que empezaba a estar más que harto de que Clara metiera las narices en todos lados, especialmente porque no quería que averiguara nada que ellos no hubieran investigado y comprobado previamente. Clara Ibáñez sabía que cuando Celestino se cerraba en banda era mejor serpentear por caminos más fáciles. Con Ángel no había nada que hacer, porque era la voz de su amo, así que, después de seguirlos desde el bar de Las Rosas hasta el aparcamiento, le dijo a Alfonso que la acompañara un momento, que quería comentarle una cosa a él solo:

—No quiero ser desagradable pero si no tengo acceso a esta información, no puedo hablar del asesinato de Fran, y si no puedo hablar del asesinato, voy a meterme

de lleno en el asunto de Depwater, porque lo que no puede hacer el periódico es quedarse callado con todo lo que está pasando.

—Clara, por favor, que no soy idiota, vas a hablar de las dos cosas todo lo que te dé la gana.

—Puede que sí, pero ahora mismo me imagino que os interesa más que la atención se centre en la muerte de Fran que en las negociaciones que os traéis con Fernando Alegría. La opinión del pueblo, incluyendo la del suegro de tu hermana, se os puede echar encima y joder el negocio. Si me ayudas con esto, puedo postergar lo de Depwater hasta que la negociación esté más avanzada.

—Está bien, pero a Celestino no le va a gustar un pelo que andes por ahí inmiscuyéndote en su trabajo.

—Bueno, en eso también me puedes ayudar tú, ¿no?

Efectivamente, Celestino protestó bastante, pero Alfonso insistió en que la llevaba él, no la policía, y que como representante de la familia no tenía problema en que Clara fuera con ellos a la oficina del forense.

—La libertad de información es la base de la democracia, querido, parece que eso no te lo enseñaron en la academia —dijo Clara con bastante sorna cuando pasó, para entrar en el coche, muy cerca de Celestino, que no pudo evitar mirarle el culo a la periodista, siempre bien enfundado en unos vaqueros estrechos, mientras seguía fingiendo una expresión seria.

—Un día de estos te voy a callar esa lengua rápida que tienes, Clarita.

Cruzaron las puertas de vaivén que separaban el laboratorio de los muertos. Aquello era tal y como Clara había visto cientos de veces en las series de televisión, un lugar frío e imaculado con camillas forradas de una extraña tela negra, como impermeable. Algunas de ellas, con cadáver dentro y todo.

—Por favor, no toquen nada.

Un hombrecillo escuálido, de frondoso bigote y reluciente calva, con unas gafas diminutas que resbalaban continuamente por una casi inexistente nariz, los recibió con esa frase absurda, como si alguno de ellos tuviera interés en tomarle el pulso a un fiambre. Clara pensó que la pinta del forense encajaba a la perfección con el lugar, pulcro y sórdido, pero se sorprendió cuando este los avisó:

—Ya pueden pasar. La doctora Mendoza les espera.

Lo único pulcro de la doctora Mendoza era la bata blanca que se estaba poniendo cuando entraron en su despacho. Tenía una larga melena pelirroja, a juego con unos tacones *stilletto* de charol, falda tubo negra y jersey de angora, también rojo.

—Vaya tela con la doctora —le susurró Ángel a Celestino, mientras este le ordenaba con la mirada que se callara.

Las presentaciones fueron rápidas y enseguida la forense comenzó con el relato, conciso y frío, sobre la causa de la muerte de Fran Borrego, no sin antes obsequiarlos con una carpeta rebosante de preciosas fotos de todo el proceso de la autopsia.

—Habría muerto con el primer golpe, el que le dieron en las costillas, ¿veis?

Una fotografía del enorme tórax abierto de Fran Borrego ilustraba el relato de la pelirroja, pero Clara solo veía sangre, mientras todos fingían saber de qué estaba hablando aquella reina de los condenados del siglo XXI.

—Era un arma muy pesada, calculo que de unos ocho o diez kilos. Le rompió las costillas y atravesó el pulmón derecho. La punta del arma era afilada, pero con ese peso debía de tener un mango largo; de lo contrario, ningún hombre podría haber golpeado con esa fuerza.

—Una azada —dijo Alfonso en voz alta, con la mirada entre perdida y horrorizada sobre una de las fotografías.

—Algo así pensaba yo —contestó la doctora Mendoza, con un gesto de complicidad hacia Alfonso que no obtuvo respuesta.

—El caso es que esto le cortó la respiración, habría muerto en pocos minutos, pero el asesino se ensañó con él y le golpeó en la cabeza, abriéndole el cráneo.

Con Alfonso conmocionado, Ángel Creso pálido y Celestino con cara de ir a vomitar encima de los tacones de aguja de la forense, Clara se vio obligada a ser la primera en preguntar.

—¿Y no tenía una herida en la sien? Recuerdo que le vi los dedos manchados de sangre y que Ángel comentó que les había parecido verle una herida en la sien. No pudo tocarse el cráneo, ya estaría muerto.

—Bueno, eso es insignificante, no tiene nada que ver con la muerte. Se la hicieron también con algo afilado, pero mucho menos pesado. —La doctora Mendoza sacó una nueva obra de arte—. Era solo un rasguño, seguramente le dieron un puñetazo, y la mano ejecutora llevaría un anillo o algo por el estilo.

Celestino miró a Clara y esta, a su vez, no pudo contener la cara de satisfacción por tener esa información de primera mano.

—Seguramente había más de una persona aquella noche con Fran, ¿no? —insistió Clara.

—Eso no puedo decírselo, yo solo les explico las causas de la muerte, lo demás es cosa de la policía.

—Sí, y es un trabajo de investigación, no de invención, Clara. No empieces a imaginarte un crimen colectivo —le sugirió Celestino.

—Vale, si quieres lo dejamos en una persona muy cabreada y en un psicópata.

—¿Y quién es quién? —dijo Alfonso, rompiendo el silencio que había mantenido durante toda la reunión.

De regreso en Fuentegrande, Ángel se fue directamente a su casa. Tenía ganas de estar con su familia después de una tarde tan sórdida. Alfonso se había quedado en Cansinos; no estaba preparado para contarle a su hermana los horrores relatados por la doctora Mendoza, debía digerir la información y endulzarla de la mejor manera posible. Celestino y Clara se quedaron solos con unas ganas tremendas de tomarse toda la cerveza de Fuentegrande. El policía insistió en ir a la taberna de Justo, pero Clara prefería quedarse en su territorio, y le dijo que si quería que lo acompañara

tenía que ser en Las Rosas. A la hora siguiente, con ocho cervezas en dos estómagos vacíos, Chabela insistió en que comieran algo. Quería que mantuvieran la verticalidad para que le contaran lo que habían visto en la oficina del forense. Sacó unas costillas en adobo, que tienen mucha grasa porque están fritas en manteca de cerdo, aunque el saborcito rico se lo dan el orégano, el ajo, el aceite y el pimentón en el que están adobadas. Me duran todo el año porque, una vez fritas y frías se meten en la manteca, que es el mejor conservante que existe, así las puedo ir sacando poco a poco, las vuelvo a calentar, y mirad qué pinta tienen.

Celestino y Clara, haciendo equilibrios sobre sus taburetes, se quedaron mirando aquellas costillas fijamente y, sin levantar la mirada, soltaron una enorme carcajada que la pobre Chabela no supo muy bien cómo interpretar.

EL AMOR DE FRAN BORREGO

Durante todo el invierno, Fran Borrego no se quitó las botas Dr. Martens que le habían regalado sus padres por Navidad. En primavera todavía eran soportables, pero, con la llegada del verano, los pies no paraban de sudarle y el olor que desprendían cuando se las quitaba era nauseabundo, lo que provocaba las recriminaciones constantes de su madre, a la que, por supuesto, no hacía el menor caso.

La fuerza y la seguridad que le proporcionaban las botas superaban la incomodidad de llevarlas puestas a más de treinta grados, y no estaba dispuesto a renunciar a ellas. También se había aficionado a llevar siempre la cabeza rapada y una chaqueta *bomber* verde militar que le daba un aspecto de *skinhead* bastante intimidatorio, y aunque el muchacho no estaba demasiado familiarizado con la subcultura urbana que había empezado a gestarse en aquellos años en torno a la ideología neonazi, sí que se sentía atraído por su estética. Alfonso y Tomás, que estaban estudiando en colegios privados fuera de Fuentegrande, se inclinaban más por llevar camisetas y pantalones de marca, zapatos Castellano en invierno y náuticos en verano.

Los demás habían dejado el instituto. Casi todos estaban trabajando ya en las huertas, incluido Nicolás, que siempre había sido peor estudiante que su hermano Fran. Allí empezaron a intimar más con Sebastián, el amigo de Celestino y Ángel. Sebastián llevaba tres años trabajando para Francisco José Borrego, y Lope y Roque lo tomaron como guía para aprender a hacer las tareas del campo. La gente del pueblo comentaba que era un cazador furtivo, pues, si tenía un par de días de vacaciones, se iba él solo al monte con la escopeta, aunque en Fuentegrande nunca lo habían visto vendiendo nada, y como siempre había sido un chico muy callado, nadie podía asegurar que estas suposiciones fueran ciertas. La cuestión es que Nicolás, Roque y Lope pasaban muchas horas con él y, como todavía estaban inmersos en la maleabilidad de la adolescencia, empezaron a vestir como el supuesto furtivo: con camisetas de franela de cuadros, vaqueros rotos y camisetas de AC/DC, Iron Maiden, Guns N' Roses o Metallica. Al contrario que Fran, Roque llevaba entonces una larga melena, casi siempre recogida en una coleta. Los demás no llegaban a tanto, pero, desde luego, no habrían transigido en ir rapados como el Borrego. Esta cuestión, aparentemente insignificante, despertaba muchas tensiones entre el grupo de amigos. Fran seguía manteniendo su liderazgo, y era bastante duro soportar las constantes críticas al aspecto desarrapado, sucio y piojoso que tanto él como Tomás se empeñaban en señalar constantemente. Pese a ello, los chicos de las huertas permanecían fieles a esa estética *grunge* que cada vez les gustaba más; tal vez fuera esta la única rebeldía que se permitieran con Fran en toda su vida.

Celestino y Ángel apoyaban al cien por cien a Fran en esta batalla. Ese año habían empezado a prepararse las oposiciones a la policía comarcal que ninguno de los dos aprobaría sin la intervención de la familia Borrego, algo que tanto Francisco

José como Fran se estarían cobrando durante mucho años.

Pero la diversión seguía siendo cosa de grupo. Los fines de semana siempre andaban juntos, fumando hachís, bebiendo cerveza y martirizando a todos los bichos que se encontraban en su camino.

Esta afición comenzó una noche que decidieron emborrachar a una gallina. Le dieron una copa de vino peleón y la miraron caminar, dando bandazos, hasta que se desplomó en el suelo, muerta. Se rieron tanto que se convirtió en una diversión habitual. Se colaban en alguno de los gallineros que había por los alrededores del camino de los álamos, rodeando las huertas de la cara sur, intentando no robar muchas del mismo sitio para que no los pillaran, pero había uno que se les resistía bastante porque estaba custodiado por un mastín enorme con el que ni siquiera Fran y sus Dr. Martens se atrevían, así que un día decidieron escarbar un poco por debajo de la verja y pasarle un gran bol de pienso con trozos de grifa entremezclados. Cuando el mastín estuvo narcotizado, aunque no dormido del todo, decidieron que Lope, que era muy pequeño y delgado, por eso le llamaban Lope Tapón, se subiera encima del perro y lo agarrara fuerte por la cabeza mientras Roque le sellaba el hocico con una goma elástica verde que compró en la ferretería. El pobre bicho se pasó toda la noche gimiendo y cagándose, lo cual divirtió mucho más a todos.

Fran tenía una afición especial por los gatos que provenía de su infancia, de un día en el que Nicolás y él estaban en la puerta de su casa, jugando con unos gatitos recién nacidos, cuando, sin mediar palabra, su padre cogió a la camada, los metió en una bolsa de basura negra y los estampó contra la pared tres o cuatro veces, hasta que ya no se oyeron maullidos.

—Los gatos solo traen mierda, que no os vuelva a ver jugando con ellos —les dijo mientras se montaba en su camioneta con las ruedas siempre repletas de barro.

Nicolás estuvo todo el día llorando, pero a Fran esa imagen se le quedó enquistada de una manera singular, eliminando cualquier simpatía que pudiera tener hacia los felinos.

Una noche en la que estaban fumando y bebiendo en una de las callejuelas que rodeaban la plaza del pueblo, aburridos ya de verse las caras y de escuchar los mismos chistes, Fran oyó unos maullidos que venían del callejón trasero, cuya pared era un lateral de la casa de Alfonso y Rosario, y, sin pensarlo demasiado, le dio una patada a la gata que estaba limpiando a sus recién nacidos con la rasposa lengua, cogió por el rabo a los dos primeros que pilló de la camada y los tiró contra la pared. Oyó la voz aguda y desagradable de Roque rumiando algún chiste mientras lo hacía y las risas tímidas de alguno, que se colaban entre un «joder, Fran», de Alfonso, «esa es la gata de Rosario».

Cuando se quiso dar cuenta, Rosario estaba asomada a la ventana de su cuarto con esa expresión de decepción que le regalaría muchas veces a lo largo de sus vidas. La barbilla le temblaba y las lágrimas de los ojos parecían ajenas a la mirada de odio reprobatoria. Nunca te lo perdonaré, le decía su novia sin pronunciar una palabra, y,

aunque muchos años después este no sería más que un episodio anecdótico en la triste relación de la pareja, ese verano la chica no pudo soportar su presencia y tomó la decisión de cortar con Fran Borrego, al menos, durante un tiempo. Hasta que pudiera mirarle a la cara sin sentir repugnancia.

Hay una época de la vida en la que nadie sabe cómo será de adulto, se la puede llamar pubertad o adolescencia: a los chicos se les dice que son zangolotinos y a todos se les recrimina estar en la edad del pavo. Cuando Chabela miraba a María y a sus amigos, deformados por unas extremidades que parecían estar ensambladas desordenadamente, algunos con granos, otros con narices desproporcionadas dentro de unas caras muy delgadas, con voces graves que se sorprendían a sí mismas cuando desafinaban un agudo imprevisto, o vello impertinente que salía en lugares sin sentido, se reía de ellos, preguntándose cuándo acabaría la metamorfosis.

La metamorfosis de María también estaba siendo especialmente dura. Además de un acné que no le permitía andar por Fuentegrande con dignidad, había desarrollado un pecho exagerado y se le estaba encorvando la espalda a fuerza de intentar ocultar un rasgo que, en su lucidez, sabía que la definiría durante aquellos años. Envidiaba a Rosario, que a sus ojos era mucho más esbelta; su extrema delgadez se lo permitía. Lo que María no sabía era el enorme complejo que su amiga tenía al verse tan resbalada dentro de la ropa preciosa que se compraba en Cansinos con su madre y su abuela. Hubiera deseado llenar, no con carne, sino con algo de forma, aquel vestido verde agua de tirantes que se había comprado para el cumpleaños de Tomás, pero por mucho que se empeñara, ella no veía ni cintura ni culo ni hombros ni nada con lo que poder lucirlo.

Sin embargo, cuando Fran la vio entrar aquella noche en la finca donde los padres de Tomás habían organizado una gran fiesta, le pareció que estaba más bonita que nunca, aunque no pudo decírselo porque ella todavía no le dirigía la palabra. La chica sí percibió que todo el mundo se fijaba en ella, también los padres de algunos de sus amigos a los que la familia de Tomás había invitado, incluso la madre de Fran, que, en un intento por reconciliar a la pareja, estuvo hablando un rato largo, muy cariñosa con ella. Rosario empezaba a sentirse muy bien, ayudada por los vasos de ponche que todo el mundo se empeñaba en rellenarle, cuando apareció María, acompañada de Eugenia Pereira: con curvas, pero sin carne; con pecho, pero sin joroba; el cutis bronceado por la semana que había pasado en la playa con la familia de su madre; el pelo rubio, las cejas perfectamente depiladas y un minúsculo vestido rojo con dos tirantes, cruzados en una espalda desnuda, que comenzaba en rectos y dorados hombros y terminaba en estrecha cintura.

Eugenia había sido invitada por el anfitrión, que se la había encontrado la mañana anterior mientras daba un paseo con Orestes. Al verla todavía más guapa que el año anterior, Tomás se dirigió enseguida a saludarla, aunque no sin una expresiva timidez forzada en su rostro, a causa del episodio tan desagradable con el que se habían

despedido el último verano. Al principio, Eugenia siguió de largo sin apenas mirarlo, pero el «venga, Eugenia, por favor, habla conmigo» de Tomás le gustó y, sin pensarlo demasiado, frenó la bici y le dijo a Orestes que la esperara en la tienda de chucherías de la plaza. Eugenia Pereira no era orgullosa. Pensaba que el orgullo era un síntoma de debilidad, de mostrar los sentimientos de una manera descarada, algo de lo que no era en absoluto partidaria, aunque todavía no pudiera razonarlo de esa manera. En ese momento, lo único que quería era volver a la pandilla y que todos se comportaran con ella como lo habían hecho siempre, por lo que, en realidad, las disculpas de Tomás y la invitación a su cumpleaños, asegurándole que nadie la trataría mal, fueron un alivio para ella, y se presentó con María como si nada hubiera pasado entre ellos. Así fue como se comportó todo el mundo. Ella tenía esa habilidad, una habilidad fomentada, en parte, por las miradas cargadas de sexo que empezaba a recibir de manera evidente por parte de los hombres. Incluso le hacía gracia ver cómo a los padres de sus amigos se les iba la mirada detrás de su cuerpo cuando pasaba delante de ellos a coger algo de comer o a servirse otro vaso de ponche.

Su objetivo de aquella noche fue volver a hacerse amiga de Alfonso, que estaba mucho más relajado porque había empezado a salir con una compañera del colegio privado de Cansinos. Le estuvo contando que había decidido estudiar medicina, le esperaba un duro año de COU, y estuvieron hablando de música y de las excursiones que podían hacer ese verano a las playas, porque Fran y Roque ya tenían el carné de conducir. Todo fue muy rápido y muy fácil.

La idea que Fran Borrego tenía de Eugenia hasta el momento comenzó a cambiar esa noche. Cada vez que pasaba cerca de él, sentía su risa, o le clavaba la mirada, un pensamiento automático y casi inconsciente se repetía en su cabeza sin ningún control: «Que me quiera mucho, por favor, que me quiera mucho», se decía una parte de él que apenas sabía que existía.

Ocultar ese deseo no le resultó demasiado fácil. El deseo puede convertirse en una adicción perversa y, como cualquier adicción, solo se cura con la ausencia de aquello que se anhela; hay que eliminarlo de la cotidianidad, asumir que no existe, y Fran y Eugenia se veían todos los días. Lo único que Fran era capaz de silenciar era su lengua.

Nunca había sido muy hablador, menos con las chicas, por lo que nadie habría sospechado del amor de Fran Borrego hacia Eugenia Pereira si este silencio no hubiera estado acompañado de aquella particular expresión en la mirada, entre devota y cautiva, que se introducía en los ojos de Fran cada vez que tenía a la chica delante.

Sin embargo, nadie le decía nada al respecto, hay ciertas cosas que nunca se comentan, por muy joven que se sea, son códigos que se establecen sin haber sido pactados, en especial, cuando los sentimientos son tan fuertes o tan profundos que nadie sabe nombrarlos. Fue el propio Fran el que se percató de aquel secuestro, así es como se sentía realmente, un día en el que, después de haber estado en las pozas,

bañándose y pasando el rato, regresó a su casa con una extraña excitación, que consistía en recordar una y otra vez las gotas de agua sobre la piel de Eugenia secándose al sol. Se metió en la ducha y empezó a masturbarse pensando en Eugenia en biquini, en las tetas de Eugenia, en Eugenia desnuda moviéndose encima de él, pero la imagen de aquellas diminutas gotas sobre la piel dorada volvían una y otra vez y, lo más curioso de todo, amainaban su erección de una forma que el chico no conseguía entender.

Aquella misma noche hicieron una excursión por el camino de los álamos porque había lluvia de estrellas. Estuvieron fumando y bebiendo y, cuando la verticalidad comenzó a ser difícil de mantener, comenzaron a desperdigarse entre los bancos y rocas que había por el camino. Las estrellas no se veían demasiado bien desde ese lugar, debido a las frondosas copas de los árboles, pero preferían estar allí antes que en la ermita de San Mateo, adonde iba todo el mundo y esa íntima libertad que compartían entre ellos podía verse invadida.

Eugenia podía percibir la brusca mirada de Fran en la noche. Cada movimiento, cada palabra, cada risa de Eugenia parecía estar acompañada de esa mirada. Todo lo que Eugenia representaba se había convertido para Fran en motivo de congoja, de dolor de estómago, de escalofrío en la piel, y la mera intuición de su cuerpo, paseando entre las sombras de los árboles, era motivo suficiente para sentir el abismo al que su embelesamiento lo estaba llevando. Puede que esa noche Fran comprendiera que durante las semanas anteriores lo que había marcado su comportamiento era la paciencia. Su deseo por Eugenia se había gestado dentro de la espera, porque no podía abrazarla, ni verla a todas horas, no podía tenerla encerrada en su habitación sin que nada ni nadie le impidiera disfrutarla de todas las maneras que a su corta edad podía imaginar, así que se había conformado con disfrutar de ella en la distancia y ese conformismo estaba envuelto de una absurda e inexplicable paciencia. Fue la certeza de aquel deseo, impregnado de miedo, lo que derribó su comportamiento prudente. Entonces no hubo búsqueda de intimidad, no existió el momento adecuado, no pidió su aprobación a través de una mirada cómplice, no se preguntó qué consecuencias habría si se exponía de aquella manera. Se dirigió hacia el banco donde Eugenia estaba tumbada mirando las estrellas y permaneció unos segundos de pie, observándola, hasta que ella se incorporó con cierto temor en la mirada, que mantuvo sin decir una palabra.

Alguien diría que aquella noche Eugenia y Fran se comieron el uno al otro, pero nadie podría asegurarlo, porque las sombras de los álamos se alargaron para esconder aquellos besos que nunca más supieron a miedo.

UN SUSPIRO DE PE(S)CADO

Fernando Alegría era adicto al marisco. Cuando le dijeron que tenía que ir a gestionar los últimos trámites para la venta de las tierras en Fuentegrande, fue un gran aliciente que el pueblo estuviera en la comarca de La Velaña, pues la materia prima de sus costas era de primera categoría. Al quinto día de su estancia en Fuentegrande, con el asunto de las huertas todavía en el aire y la cocina de Chabela proporcionándole difíciles digestiones, el ánimo de Fernando empezaba a debilitarse, y eso que, por lo general, le gustaba definirse como un hombre bastante optimista.

Era el mayor de cuatro hermanas que lo adoraban casi tanto como su madre. Desde pequeño aprendió que la empatía que provocaban su mirada y su enorme sonrisa sería un arma poderosa, pero no se conformaría con esto y pronto demostraría una gran habilidad para los deportes, una inteligencia por encima de la media, que lo situaría siempre entre los primeros de su clase sin demasiado esfuerzo por su parte, y una inclinación por la naturaleza que empezó a gestarse cuando, siendo muy pequeño, no tendría más de siete años, sus padres lo apuntaron a un grupo *scout* en el que encajaría tan bien que, con los años, acabaría siendo jefe de grupo. También estudió ingeniería agrícola, en la que destacó desde el primer año, tanto que la empresa estadounidense Depwater lo fichó unos meses antes de haber terminado la carrera.

Por aquel entonces, Fernando había construido minuciosamente ese envoltorio de buen chico que tan bien le sentaba, incluso compró una casa preciosa, destinada a la familia que algún día tendría, y dejó que el tiempo pasara, trabajando duro para ir ascendiendo rápidamente, jugando al fútbol los fines de semana y saliendo con sus amigos de los *scouts* o de la facultad. Fue precisamente un amigo de la facultad quien le presentó a la que sería su mujer, una chica algo tímida que le contó un increíble viaje a la India que había hecho con sus amigas algunos años atrás, y a Fernando le pareció que era la persona despreocupada pero inteligente, responsable pero divertida que había estado buscando. No fue una de esas certezas que se tienen raras veces en la vida, pero sí enormemente fácil; ambos sobrepasaban la treintena y sentían esa necesidad de satisfacer las demandas sociales de lo que se debe hacer, esto es: casarse, formar una familia, tener una hipoteca y, en definitiva, dejar algo, contribuir en algo.

Pero ese «algo» era lo que a Fernando Alegría nunca terminó de convencer y, después del nacimiento de su primera hija, con su carrera perfectamente encauzada y su relación de pareja más que tranquila, sintió que a los treinta y cinco años había llegado a un sitio que, en realidad, nunca quiso visitar. La inercia de los años, el camino trazado por todo lo que le rodeaba, casi sin esfuerzo, no era lo que él quería, y, para no afrontar este sentimiento de desazón, siguió dejándose llevar, con su habitual actitud vitalista. Como su hija era una de las pocas cosas que le proporcionaban una satisfacción real, se decantó por la paternidad y le sugirió a su

mujer ir a por la parejita. Sin embargo, el segundo bebé no hizo más que acrecentar esta sensación de decepción sutil pero cada vez más constante. Su reacción, entonces, tampoco fue derrotista, sino que desarrolló un divertido cinismo —divertido, al menos para él— hacia casi todo lo que no le gustaba. La vida era demasiado bella como para amargarse, y si los demás estaban muertos, ese no era su problema.

Con el tiempo, Fernando empezó a pensar que ese optimismo del que hacía gala, sus ganas de pasarlo bien, comer bien, follar bien, practicar deportes divertidos en los que casi siempre destacaba y tener una familia con muchos niños que lo adorasen tanto o más que su adorable esposa, no siempre se correspondía con la realidad. No estaba muy seguro del momento en el que la fotografía que tan bien había imaginado empezó a rebelarse contra él, pero ciertas cosas que creía ganadas comenzaron a decepcionarle, y, cuando llevaba un año sin acostarse con su mujer, decidió pasar del optimismo al hedonismo, que no era más que una medida desesperada por tapar la soledad, la falta de comunicación, la falta de deseo real que invadía su vida.

De vez en cuando, Fernando se permitía la melancolía, especialmente, cuando veía o sentía algo que lo alejaba de ese hedonismo del que estaba tan orgulloso, y buscaba la idea de breve felicidad a la que no estaba dispuesto a renunciar. El vitalista, pensaba para reanimarse, no tiene un sentimiento trágico de la vida, sino una sensación de búsqueda constante que le hace disfrutar de cada segundo, y, aunque las noches sean duras y el sueño no siempre te regale las horas de sosiego que debiera, sigues adelante, solo por ver qué pasa, con una sonrisa enorme y muchas ganas de pasarlo bien.

Le gustaba establecer teorías para todo lo que regía su vida, pero es que casi nadie sabía que, debajo de esas teorías, se escondía la búsqueda de lo auténtico, de lo bello, aquello que cualquier artista tiene claro cuando descubre el sosiego que proporciona la creación: Fernando Alegría lo resumía en una búsqueda que disfrazaba de simples deseos.

En aquellos días su deseo estaba centrado en Clara Ibáñez. Había visto algo en ella que le resultaba familiar, como si Clara y él compartieran esa forma cínica de huir del dolor, de convertir lo triste en irrelevante. Hacía mucho tiempo que no encontraba esa camaradería envuelta en la mirada de una mujer guapa, y eso era más que suficiente para despertar en él diversas fantasías que todavía no sabía muy bien cómo gestionar.

Entre estos pensamientos, y algunos un poco más carnales, estaba Fernando mientras fingía trabajar delante del ordenador, cuando alguien llamó a la puerta de su habitación. Al acercarse vio cómo un papel se colaba por debajo de la puerta. Estaba doblado por la mitad, lo abrió y leyó:

Restaurante La Caleta. Carretera de San Roque, en el puerto. Te espero a las 14.30 h. Te vas a chupar los dedos.

Un beso,

La habitación de Clara estaba en la misma planta. Solo había una más en el hostel, y cada una tenía cinco habitaciones, así que pudo oír nítidamente la puerta de Clara cerrándose. Cogió un bolígrafo y escribió en el dorso del papel:

Me parece perfecto. Dame tu teléfono, que este método es demasiado rústico, incluso para Fuentegrande.

Un beso,

FERNANDO

Lo metió por debajo de la puerta, igual que había hecho ella, regresó a su habitación y esperó, tumbado en la cama.

Me lo tengo que pensar. Después de la primera botella de vino, seguro que me lo sacas...

Un beso,

CLARA

P. D.: Cuántos besos, ¿no?

No era la intención de Clara ser tan obvia, pero necesitaba distraer la atención sobre todo lo relacionado con Depwater y no se le ocurrió nada más fácil que un sano pero eficaz flirteo. Al pensar que la insinuación había sido demasiado directa, prefirió sentarse en una de las mesas redondas del restaurante La Caleta, una de las que estaban preparadas para cuatro o más personas, ya que la pequeña cuadrada que le habían reservado, junto a la ventana que daba a la bahía, tal vez fuera demasiado íntima. El *maître* no lo entendió muy bien, pero cedió ante la insistencia de Clara que, además, era una buena clienta, ya que siempre llevaba a los patrocinadores del periódico a su restaurante. Tampoco quiso que los cubiertos estuvieran juntos. Cuando se situó en el lugar que le pareció más cómodo le dijo al camarero que pusiera el servicio de su acompañante justo enfrente del suyo. Todo perfecto, todo controlado, como a ella le gustaba, aunque a los ojos de los demás prefería fingir una actitud más despreocupada.

Cogió el teléfono móvil y revisó el correo mientras se preguntaba si no se estaba tomando demasiadas molestias; era absurdo que estuviera nerviosa. No hay nada más patético que el disimulo, Clara, así que pidió una botella de vino blanco y decidió relajarse a la antigua usanza. Fernando y su enorme sonrisa llegaron impuntuales, aunque disculpándose amablemente y echándole la culpa a la mala señalización de las carreteras.

—No pasa nada, así me ha dado tiempo a relajarme con el vino.

—¿Estabas nerviosa?

—Un poco. —La transparencia de Clara podía ser una virtud o un defecto, según la situación.

Fue entonces cuando la escenografía que había preparado tomó una dimensión completamente descontrolada. Tal vez la mesa se hizo menos redonda, más pequeña, tal vez Fernando era mucho más alto de lo que le parecía, o había sido en otra vida una gacela thompson, el caso es que en un minuto estaba besuqueándose con el comercial de Depwater a plena luz del día y en el restaurante donde llevaba a todos sus clientes.

No fue más que un instante, pero con suficiente gasolina como para que los camareros cotillearan un poco, algo de lo que Clara, siempre alerta —su madre decía que había nacido con un ojo abierto—, se percató enseguida, y en cinco segundos tuvo que cambiar toda su estrategia de seducción, más que nada porque la seducción se la habían saltado a la torera.

—Estoy trabajando. —Argumento frágil, pero por algún sitio tenía que empezar.

—Yo también. —Otra vez la sonrisa.

Clara pensó que Fernando necesitaba algo de vino para relajarse, tenía una idea fija en la cabeza que debía enturbiar para conseguir algo de información, manteniendo el perfil sexual un poco más bajo, dentro de una conversación interesante. Entonces mencionó que el marisco allí era buenísimo, ambos se rieron y Fernando Alegría pensó que estaba en el paraíso. Podía darle hasta la clave de seguridad de su cuenta bancaria; en el fondo, todo lo relacionado con Depwater y las huertas le importaba bien poco, aunque esa información se la reservaría durante un rato. Antes quería ver cómo Clara bailaba.

Con la primera botella, acompañada de cigalas a la plancha con un aliño de ajo, aceite y perejil, ambos se posicionaron. Conversaciones sobre su vida, sobre todo laborales, el día a día, si les gustaba lo que hacían, por qué habían estudiado sus carreras... Aburrido, si no fuera por las cigalas. Antes de la merluza rellena de almejas y gambas, decidieron probar un atún aliñado, famoso en toda la comarca. Clara pensó que a Fernando no le interesaba lo más mínimo la historia de su vida y ella había decidido desde hacía tiempo no volver a introducirse en la de ningún hombre. Aprovechó una mirada distraída de su acompañante hacia el escote de su vestido para preguntarle por la relación de Tomás con Fran Borrego.

Fernando recogió el guante, consciente de la manipulación, aunque encantado de ser víctima de ella, y empezó a hablar, pidiendo un *off the record* al que Clara contestó con un por favor, Fernando, que soy una profesional, acompañado de ese tono irónico en el que parecían haberse instalado como sustitutivo de los besos.

Con el café —ninguno de los dos quiso postre—, Clara ya sabía que, a pesar de que la venta de las huertas a Depwater había sido iniciativa de Tomás, no le había costado mucho trabajo convencer ni a Fran ni a Alfonso, las otras dos partes interesadas. El caso era que con la muerte de Fran esa firma quedaba en manos de

Rosario, a la que estaban intentando convencer entre su hermano y el socio de su marido. Fernando había tenido una conversación con ella y estaba convencido de que al final cedería. La única parte que le preocupaba era la de Francisco José Borrego, con el que todavía no había conseguido hablar. Se había reunido con su hijo Nicolás, el hermano pequeño de Fran, un hombre con poca iniciativa y muchas dudas, un panoli que no se oponía del todo a la venta, pero que estaba completamente acojonado por su padre y... Fernando se paró en seco.

—Por alguien más. —Clara interrumpió el precavido silencio de Fernando mientras pensaba que le encantaba la palabra *panoli*, aunque a esas alturas le gustaba todo lo que salía de su boca, claro.

—Bueno, es que esto son suposiciones.

—Me encanta la literatura, cuenta, cuenta.

—Creo que el capataz de Fran Borrego, el tal Roque, tiene ahora más influencia que nadie sobre Francisco José Borrego. Un par de veces le pregunté si podía ir a visitar alguna de las pozas y su respuesta fue que tenía que consultarlo con Roque.

—Pero eso no quiere decir que tenga influencia sobre la venta. Por lo que he oído, Francisco José Borrego es muy clasista. No creo que se dejara influir por un capataz, porque, además, el hombre se las trae. ¿Has visto qué pinta tiene?

Siguieron hablando hasta que empezó a atardecer y, con idea de no aumentar la borrachera que empezaban a tener antes de coger el coche, Clara le dijo que podían tomarse una copa en la azotea de Las Rosas, allí no había nunca nadie que molestara y seguro que Chabela les dejaba.

En el tiempo que tardaron en llegar a Fuentegrande y preparar las copas se hizo de noche. Los primeros besos con la luna llena al fondo debilitaron un poco el carácter cínico de Fernando, que empezó a pensar que podría enamorarse de Clara con la facilidad de un adolescente, preguntándose melancólicamente por qué no la habría conocido antes, uno de los efectos secundarios del *whisky*, aderezado con los sutiles gemidos de Clara en su oído, mientras le besaba el cuello e introducía sus manos por una de las rajadas laterales que adornaban su vestido. Completamente entregada, le susurró al oído un «Cuánto tiempo, compañero» que le sonó a canción antigua, como si Clara fuese una mujer muy mayor que no esperase ya nada de la vida y su cuerpo caliente fuera una sorpresa perfecta. Cada escalón de bajada desde la azotea a la primera planta se hizo una eterna felicidad, en la que los besos sustituyeron al tiempo. Clara prefirió ir a la habitación de Fernando, para evitar el riesgo de que el hombre de Depwater quisiera dormir en su cama, así podría largarse cuando quisiera. Al entrar en la habitación, estaban tan entretenidos en el arte del *striptease* que no se percataron de la enorme pintada con letras de color negro que había sobre el cabecero de la cama. Fue al tumbarse cuando Clara la vio:

Fuera de aquí, forastero cabrón.

Y su cabeza empezó a funcionar de una manera completamente independiente a todo lo que su cuerpo le estaba pidiendo desde hacía horas. Se quedaron callados, entre decepcionados por la interrupción y preocupados por la violencia de aquel acto absurdo. Clara comenzó a vestirse mientras decía que había que avisar a Celestino, pero Fernando no movió un pelo: sentado a los pies de la cama la cogió de las caderas, le levantó la falda y le bajó de nuevo las bragas. La tumbó en la cama boca arriba y empezó a besarle la cara interior de los muslos mientras su lengua acompañaba un inevitable ascenso y, entre susurros, le decía: «Tú no te mueves de aquí, con el trabajo que me ha costado encontrarte».

Lo demás fue silencio.

No habían parado de hablar desde que se conocieron. Sin embargo, ahora, ninguno de los dos quería romper el silencio que como un cómplice invisible se había instalado en la habitación. El sonido del placer, tímido y contenido, parecía aumentar el deseo. Era tan fuerte la excitación que, de vez en cuando, tenían que parar y mirarse fijamente a los ojos durante unos segundos para decirse sin palabras que les bastaba con estar así, juntos y desnudos. Solo el cuerpo y el placer para que la madrugada se alargase. El placer que se experimenta al hacer algo convencional con una persona nada convencional, pensaba Clara.

Este hombre, cuya actitud ante la vida le había despertado una inevitable atracción, era, además de vital y cabal, de una excitante virilidad. Fernando era el tipo de hombre que podía enfrentarse a cualquier aspecto de la vida con pasión, lo cual le hacía ver lo muerta que había estado en el último año. La sorpresa que representaba Fernando en su vida —conectar con alguien, sentirse expuesta, desnuda, húmeda, salvaje, inteligente, imprecisa, sensual, esquiva—, le provocaba una emotividad turbulenta que la estaba despertando como si hubiese caído sin querer en una de las pozas de agua helada que rodeaban Fuentegrande.

Fernando podía asimilar a Clara tal y como era: no quería cambiarla, no quería mimarla ni protegerla, no quería que le ayudara a elegir una camisa ni que fueran juntos a hacer la compra. No esperaba nada. Solo quería gozar de ese momento, solo quería estar con ella, y Clara podía reconocerse en esta deliciosa actitud. Ambos albergaban la lucidez de saber que aquello no era más que sexo, pero que ese sexo lascivo, intenso y delicado era difícil de encontrar. Algunos se pasaban la vida sin saber que existía.

EL LOCO SEBASTIÁN

Cuando era pequeño, Ángel Crespo acompañaba todos los domingos a su abuela a misa, y lo siguió haciendo hasta bien entrada la adolescencia, incluso cuando Celestino y Roque empezaron a burlarse de él. Puede que los sermones del cura hicieran más mella en Ángel de lo que pensaba, pues cierta condición hipócrita se empezó a gestar también a raíz de esa cristiana actividad. Acompañar a su abuela no era un acto de amor, ni siquiera de cortesía, solo era el día en el que la vieja le daba su paga semanal. Sus padres eran temporeros en las huertas, por lo que en su casa nunca había suficiente dinero. Sin embargo, Ángel Crespo era de ese tipo de personas que prefería que se rieran de él por hacer una supuesta buena acción, a tener que dar explicaciones.

Había otro incentivo que también se cuidó de callar durante mucho tiempo, y es que el corral de su abuela —así llamaban en Fuentegrande a la parte trasera de las casas que solía estar descubierta— conectaba con el de la casa de Sebastián, que tenía dos hermanas mayores con fama de putas, como cualquier chica que no cumpliera con la esclavitud de la norma social, cuya afición veraniega era tumbarse a beber cerveza y tomar el sol en pelotas. Mientras las hermanas alimentaban las fantasías sexuales de Ángel, Sebastián se criaba en una casa en la que andar desnudos, comer a deshora o faltar al colegio porque simplemente no tenías ganas de ir era algo normal. Su madre había muerto durante el parto y el padre se pasaba la vida en el campo.

En aquella época, todo el mundo se preguntaba dónde habría conseguido el título el médico de Fuentegrande pues en los partos complicados dejaba la situación por imposible, alegando que tenía las manos cortas. El día que Sebastián vino al mundo, Dolores la de la Muela, la matrona del pueblo, había ido a Cansinos a visitar a su hija, y al niño tuvieron que sacarlo entre las dos hermanas, que, si bien no estaban muy seguras de lo que hacían, eran bastante dispuestas. Lograron sacar a su hermano de la matriz, pero no pudieron cortar la hemorragia y, cuando el doctor manos cortas tuvo que intervenir, obligado por el padre que acababa de llegar de las huertas, la mujer ya estaba desahuciada.

Ángel recordaba a Sebastián en el patio, caminando tranquilo entre los pechos desnudos de sus hermanas, entreteniéndose con los caracoles que vivían en los muros de piedra del corral o mirando al sol con los ojos entornados, mientras parecía estar viendo algo realmente espectacular.

Era cierto, aunque nadie lo supo hasta aquel año, que Sebastián veía cosas extrañas desde que tenía diez u once años. La primera vez fueron los arlequines de un cuadro que había en el pasillo de su casa: los rombos blancos y negros empezaron a moverse al compás de una música imaginada, los siguieron los pies y las manos, que saludaban al niño como invitándole a bailar con ellos, hasta que alguien le llamó y las figuras se detuvieron.

Muchos años después, en la puerta del hospital de Cansinos donde fueron a

recogerle, Celestino recordaría ante algunos de los amigos que habían ido a visitarle cómo, cuando estaban en clase, Sebastián fijaba la mirada en la pizarra, o en una papelería, o en la mochila de algún compañero, como si estuviera viendo algo que nadie más podía percibir.

Nunca le dieron demasiada importancia al hecho de que Sebastián desapareciera durante días y noches con su escopeta por el campo. Tenían casi asumido que era un furtivo más de los muchos que se movían por la sierra, incluso presumía de la marca gremial que los caracterizaba, que era llevar un mechero metido dentro de un cartucho de escopeta vacío, hasta que una mañana apareció en la taberna de Justo cargando con una enorme rama de álamo, la colocó con actitud orgullosa encima de la barra y espetó fanfarrón:

—El cabrón se me ha resistido, pero al final he podido con él. Mira qué pedazo de ejemplar, Justo.

Justo lo miró con extrañeza, estaba acostumbrado a los raros desplantes de Sebastián, comentarios inapropiados, ensimismamiento, pero aquello le preocupó de verdad.

—¿Qué ejemplar, tío loco?

—Este, ¿no le ves los colmillos? —respondió Sebastián, señalando dos brotes nuevos que salían de la rama.

—Eso es un álamo, Sebas, qué carajo me estás contando.

—¿Qué álamo? Es un jabalí del tamaño de un caballo, me he pasado toda la noche detrás de él.

El silencio de la taberna puso a Sebastián algo violento. Justo llamó por teléfono a Celestino y a Ángel, que estaban recién salidos de la academia y que con bastante mano izquierda pudieron llevar a Sebastián a su casa y conseguir que se acostara. La locura de Sebastián fue la comidilla del pueblo durante la semana siguiente. Al episodio del jabalí le siguieron muchas otras alucinaciones que, en el fondo, divertían a los siempre aburridos fuentegrandinos. Solo el día que empezó a quemar colillas en la palma de su mano diciendo que era Jesucristo el cura del pueblo consideró que aquello requería la opinión de un especialista.

Lo ingresaron en el área de psiquiatría del hospital de Cansinos y, cuando la medicación empezó a hacer efecto y la enfermedad de Sebastián se estabilizó, Celestino, Ángel, Roque y Nicolás fueron a buscarlo para llevarlo de vuelta a Fuentegrande.

Las hermanas se encargaban de controlar esta medicación, aunque casi nunca estaban en casa; una se había casado y la otra estaba trabajando en una pescadería de la bahía. Al ver que Sebastián evolucionaba de forma más o menos normal, Nicolás convenció a su padre para que le dejara volver a las huertas, aunque solo fuera haciendo trabajos menores. Al principio le sentó bien llevar una vida tranquila y estar con sus amigos, tanto que empezó a acompañarlos a la taberna de Justo después de la jornada para emborracharse, como era habitual, y a fumar porros en los ratos de

descanso, como él mismo les había recomendado que hicieran a Lope y a Nicolás cuando empezaron a trabajar, que si no el día se hace interminable, Nicolásito, pero no se lo vayas a largar ni a tu padre ni al cabrón de tu hermano. Cuanto menos sepan, mejor.

Entonces Sebastián empezó a tener otra vez visiones y episodios violentos que ninguno de sus buenos amigos asumió como consecuencia del alcohol y el hachís; más bien el tiempo corrió en contra de la percepción que todos tenían del que una vez había sido como ellos y, si bien aceptaban que los acompañara y lo aguantaban cuando se ponía «pesado» —así lo decía Rosario—, nunca más lo trataron como a uno más, y la etiqueta de raro, loco, zumbado se instaló en Sebastián como una losa. Lo diferente da miedo, lo desconocido tiene que estar separado, les susurraba el inconsciente, mientras la actitud hacia el enfermo se convertía en la que cualquiera tendría hacia un niño pequeño, con el que hay que cargar, pero al que no se le hace mucho caso.

El que más pendiente estaba de Sebastián, en realidad, era Roque el Puntas, nadie sabía muy bien por qué, pero desde que volvió del hospital siempre andaba detrás de Roque, y a este no le molestaba su presencia. Tal vez fuera simplemente eso, que Roque era de los pocos que no se ponía tenso cuando el Loco andaba por allí, y de alguna manera Sebastián podía percibirlo.

Durante aquel año, Fran se empeñó en montar una especie de gimnasio en Fuentegrande. A Francisco José Borrego la idea le pareció una idiotez, así que tuvieron que sacar el dinero para las máquinas de los ahorros de Fran. Roque ofreció el antiguo gallinero que había en el patio de su casa como sede y fue Sebastián el que insistió en limpiarlo a fondo, raspar los restos de mierda incrustados durante años, fregarlo todo con lejía, pintar las paredes y enmoquetar el suelo. Pusieron una máquina de flexiones, pesas y una bolsa de boxeo. Roque se había empezado a aficionar a las artes marciales y convenció a Fran para que comprara un par de luchacos con los que al final no conseguían hacer más que tonterías y, alguna que otra vez, estar a punto de abrirle la cabeza al despistado que se ponía demasiado cerca.

Al final, ni siquiera cobraban por usar el espacio, ya que casi siempre estaban ellos solos en el local. Cuando el padre de Fran le dijo que era más tonto de lo que pensaba por haberse gastado ese dinero en cuatro cacharros de mierda, Fran se acercó a la mesa del comedor, donde el hombre estaba tomándose el café de después de comer, se sentó frente a él y, por primera vez en su vida, fue él quien le explicó algo a su padre. No acató órdenes ni agachó la cabeza.

—Sé muy bien lo que estoy haciendo —le dijo—. No quiero que te cabrees, pero tienes que confiar en mí. Esto lo hago por el bien de las huertas. Los que no están borrachos después de trabajar están colocados con hachís o con coca, y cada vez trabajan peor, o son más violentos, o las dos cosas. Yo quiero hombres fuertes, no yonquis, y esta es la manera más fácil de tenerlos sanos. Es una inversión personal de tu hijo, pero le estoy haciendo un bien a la comunidad.

Francisco José Borrego posó su mano sobre el hombro de su hijo mayor en un gesto de comprensión y orgullo, apuró el poco café que quedaba en la taza y se levantó, irguiendo exageradamente la espalda como señal de poder.

—Muy bien, hijo —le contestó y, cerrando el puño, le dio un fuerte capón con el sello de oro que llevaba en el índice derecho—, pero que no se te suba la tierra a la cabeza —le advirtió señalándole con el mismo índice—, en las huertas mando yo, y cualquier cosa que afecte a los trabajadores es asunto mío, ¿te enteras?

Fran se tocó la cabeza y vio que tenía un poco de sangre, saboreó esa sangre con una sonrisa. Aquello era lo más parecido a un gesto de cariño, y lo sabía bien.

Esa misma noche, su padre le dijo que a las nueve en punto de la mañana siguiente lo esperaba en el salón. Tenían reunión. Fran se sorprendió al ver que la reunión era con Celestino y con Ángel Crespo. Se saludaron muy serios, como si apenas se conocieran, y esperaron, los dos policías en el sofá y Fran en el sillón que había junto a la ventana, a que llegara el patrón.

—Angelito Crespo y Celestino el de Puercoviejo —fue el saludo de Francisco José Borrego, perfectamente consciente de que a Celestino le molestaba que le llamaran por el mote de su abuelo.

—Buenos días, don Francisco José. —Los dos se levantaron en un gesto de respeto. Fran permaneció sentado mirándolos con sorna.

—Sentaos, sentaos, solo quería saber si estabais contentos.

—Mucho, don Francisco José. —Solo hablaba Celestino, como casi siempre.

—Muy bien, me alegro, no es común que pongan a dos recién licenciados juntos y en el primer destino que eligen. No ha sido nada fácil, pero por fin os tenemos en La Velaña.

—Lo sabemos, don Francisco, y cualquier cosa que podamos hacer por usted o por su familia...

—Pues mira, tengo un asunto en el que tal vez me podáis ayudar. Me dice Fran que las huertas están llenas de borrachos y de yonquis, y que algunos de esos borrachos y de esos yonquis son mis propios trabajadores.

Fran se irguió en el sillón en el que había permanecido con actitud indiferente durante aquel rato. Miró a sus amigos, pero el único que le lanzó una mirada de sorpresa fue Ángel. Celestino no paró de mirar al Borrego padre ni un segundo.

—El caso —siguió el hombre mientras hojeaba el periódico que acababan de traerle— es que me gustaría que tuvieseis a los chicos controlados. Me importa un carajo lo que hagan los fines de semana, pero de lunes a viernes no quiero ni drogas ni copas; como mucho, un par de cervezas o de vinos en la taberna de Justo, que tampoco es cuestión de arruinar ahora al amigo. Si alguno se salta las normas, le dais un escarmiento en las pozas. He hablado con el capataz y podéis hacerlo siempre que queráis, no tenéis que pedir permiso.

Ángel estuvo a punto de decir que no creía que ese fuese su trabajo, pero al ver a Celestino tan callado y con esa actitud de asentimiento, le pareció que mejor se

quedaba como estaba y dejaba que el de las opiniones fuera su compañero.

—Entonces sois la guardia personal de los Borrego —dijo Roque esa misma tarde, cuando se enteraron de todo en el gimnasio.

—No te pases, Roque —le dijo Nicolás, más molesto por no haber estado en la reunión que por la situación policial que se acababa de instaurar en las huertas.

—No te pases tú, Nicolasito —dijo Roque, realmente ofendido. Al fin y al cabo Nicolás Borrego era de los pequeños del grupo.

—Se pasa lo que le salga de los huevos, Roque, y más si se te ocurre faltarle el respeto a mi padre.

Fran se sintió en la necesidad de intervenir con un golpe de autoridad. Sabía perfectamente que todos estaban pensando que era un chivato, y lo único que se le ocurría para defenderse era reafirmar su posición. Tomás entendió aquel momento como una ocasión irrepetible para acercarse un poco más a Fran y aclaró:

—Os digo una cosa, desde hace tiempo vemos que os estáis pasando con los porritos y con las mierdas esas que os metéis. Será mejor que le hagáis caso a Celestino, no vayamos a tener problemas.

Roque quiso darle en la cabeza a Tomás con el luchaco que tenía en la mano mientras le gritaba que era un falso asqueroso, como si ellos no se metieran de todo cuando les daba la gana. Pero comprendió que ya no tenían catorce años, Fran y Tomás habían entrado ese año en la universidad y, aunque iban a Fuentegrande casi todos los fines de semana, sentía que desde hacía tiempo no hablaban el mismo idioma.

Aquella noche se fueron a casa pronto. Fran y Eugenia, que habían estado saliendo durante todo el invierno y la primavera anterior, fueron al cine de Cansinos; Alfonso todavía no había llegado de su viaje a Estados Unidos de todos los años; Rosario y María se quedaron en el hostel porque Chabela les iba a enseñar a hacer magdalenas; Tomás cenó con sus padres y se acostó pronto; Lope Tapón y Nicolasito estuvieron zangoloteando por el camino de los álamos; y la nueva pareja de policías de la comarca, Celestino y Ángel, quisieron dar ejemplo y se acostaron pronto.

Roque cogió un pañuelo rojo de flecos, con unos diminutos hilos plateados que cruzaban la finísima tela; seguramente se lo había dejado María, y cubrió con él la única lámpara que había en el gimnasio. Mientras ponía en el equipo de música el último disco de Iron Maiden, le pasó a Sebastián el porro más grande que pudo hacerse, con tres papeles y mucho aliño.

—A ver quién tiene cojones de decirnos aquí algo, ¿verdad, compadre?

Sebastián permaneció callado, mirando fijamente la luz roja que desprendía ahora la lámpara, como si estuviera viendo algo realmente espectacular.

BACALAO DORADO

Tenía que haber sido María. La puerta de la habitación no estaba forzada y la ventana tenía el cerrojo echado por dentro, así que alguien debió de abrir con la llave, y la única que tenía fácil acceso a las habitaciones era su hija. Chabela desmigaba el bacalao con fuerza sin saber muy bien cómo abordarla, cómo preguntarle qué había pasado sin montar un escándalo. No quería que Clara y Fernando se enteraran de que había sido ella la que había dejado entrar a los chicos de las huertas; seguramente no había sido Roque en persona, aunque sí alguno mandado por él. Conocía bien el arte intimidatorio de esos gamberros a través de las pintadas, aunque ya no eran unos críos, ahora eran hombres hechos y derechos que seguían creyéndose los dueños del pueblo. Tampoco había nadie que les dijera lo contrario.

Vislumbró la sospecha que pesaba sobre María en la mirada de Celestino, mientras les hacía a ella, a Clara y a Fernando las típicas preguntas que nunca llevan a ninguna conclusión, pasando por alto el hecho, algo extraño, de que la primera persona a la que Fernando avisara fuera Clara Ibáñez.

Ni Fernando ni Clara eran muy aficionados a la mentira. Prefirieron guardar silencio y dejar que los demás sacaran sus propias conclusiones, nunca contrastables con ninguna otra fuente, le dijo Clara, con tono impostado, al hombre de Depwater, mientras hablaban de cómo contarían lo ocurrido, con mucho sueño y pocas ganas de irse a dormir todavía.

María entró en la cocina y quiso alabar la decisión de su madre de hacer bacalao dorado, le encantaba cómo lo hacía ella, le daba un punto muy especial, pues, para picar las cebollas y las patatas, utilizaba lo que en su casa siempre habían llamado *la mandolina*, que a los ojos de cualquiera podría parecer una picadora algo rústica que requería de una manivela bastante difícil de manejar, a la que su madre le tenía una fe infinita, convencida de que el secreto de ese plato no era la calidad del bacalao, el punto de fritura de las patatas y las cebollas, la frescura del perejil que se echaba a todos los ingredientes una vez que se mezclaban en la olla o la paciencia que había que tener para dorarlo todo poco a poco con los huevos batidos en la misma olla, sin que quedase ni muy seco ni muy crudo. No, el secreto de su bacalao dorado era la mandolina, pero, por la cara que ponía Chabela mientras batía los huevos (uno por persona y otro para la olla), María se dio cuenta de que ninguna alabanza sobre lo bien que olía la librería de una buena charla y, antes de que su madre levantara la mirada y soltara el tenedor que estaba mareando con una destreza de muñeca casi estresante, se adelantó y le dijo:

—Fue Lope, mamá, vino ayer por la tarde a tomar una cerveza y estuvo contándome sus penas un buen rato.

Lope y María habían sido novios intermitentes durante algunos años, pero, así como ella lo tenía completamente superado, él no paraba de hacerse la ilusión, cada vez que María volvía a Fuentegrande, de que esa vez estarían juntos.

—No sé si eres tonta o eres buena, hija, qué penas eran esas como para que acabaras abriendo la habitación de un huésped —le dijo acercándose a ella, con la mirada fija y el susurro alterado.

—Pues que se van a quedar todos sin trabajo. En cuanto se firme la venta de las huertas a Depwater van todos a la calle, porque a ver para qué quiere una empresa de gestión de aguas a unos jornaleros. Lope está en el sindicato.

—Menudo sindicato, un sindicato vertical que creó el bueno de don Francisco José Borrego mirando solo por sus intereses. Sabrán esos cabestros lo que es un sindicato.

—Bueno, yo de eso no sé nada; el caso es que Lope quería entrar en la habitación de Fernando Alegría para buscar unos papeles, según él, muy importantes, que les darían ventaja a la hora de pactar las condiciones de sus despidos. Me insistió muchísimo, casi se me pone a llorar. Al final le di la llave y le dije que no tardara ni cinco minutos, te lo juro. Pero ese me va a oír, no te preocupes que ya me encargo yo de cantarle las cuarenta.

—Como si eso sirviera de algo, con el Puntas detrás de él y nuestros queridos policías tapando todo lo turbio que viene de las huertas.

Clara entró en ese momento. Había oído algo detrás de la puerta, aunque, a excepción de la historia de Lope y María, todo lo demás se lo había imaginado con bastante facilidad.

Las dos mujeres se quedaron calladas mientras ella las miraba con cierta complicidad, haciéndoles entender que lo sabía todo, pero que no tenían por qué preocuparse.

—No es más que una gamberrada, y os aseguro que a Fernando le importa casi tan poco como a mí. Lo único que saco en claro es que el ambiente en las huertas está bastante caldeado, si se van a quedar todos en la calle es un problema bien gordo para el pueblo, y estoy segura de que es Tomás el que se está encargando de silenciarlos. Voy a tener que hablar con él.

—Pues hoy lo puedes encontrar en la taberna de Justo a partir de las cinco. Tienen timba de póquer.

Clara recordó cuando Marcos le enseñó a jugar al póquer y el olor de los puros que se fumaban en las largas partidas que, a veces, duraban hasta el amanecer. Ese olor, incrustado en algún lugar muerto de su memoria, le vino de improviso. Pensó en la noche anterior y sintió la necesidad de salir a correr, correr sin parar hasta que su cuerpo estuviera derrotado, hasta que sus piernas le dieran calambres y el fuerte bombeo del corazón no la dejara escuchar sus pensamientos, hasta que la endorfina segregada cubriera las paredes de sus recuerdos.

Afortunadamente, en la taberna de Justo no olía a puro. Una pantalla plana de dimensiones exageradas reinaba al final de la barra, situada a la derecha de la entrada. El suelo sufría la resaca del mediodía, servilletas y cáscaras de cacahuets, huesos de

aceituna, olor a guiso y a frito mezclado con un poco de cerveza y bastante vino. Como era verano, la hora de la siesta imponía su silencio, solo interrumpido por el canal de deportes. Normalmente, Justo cerraba la taberna a eso de las cuatro y volvía a abrir hacia las ocho de la noche, pero la partida de póquer de los miércoles, instaurada por Tomás y Fran hacía ya muchos años, era una tradición, como cualquier cosa que un dueño de las huertas quisiera hacer en Fuentegrande.

Había dos hombres mayores en la barra, uno sentado frente a la televisión y el otro de pie, de espaldas a la puerta. Ambos se giraron para mirar a Clara cuando la enorme puerta de madera, que antiguamente protegía una cuadra, chirrió delante de ella. El calor era tan sofocante que lo único que Clara sintió en ese momento fue el alivio de la sombra y ese fresco habitual que atesoraban los muros de piedra. Pero las miradas de los viejos la hicieron reflexionar sobre lo llamativo de su presencia.

Las mujeres no iban solas a la taberna de Justo. No era, en absoluto, que las mujeres de Fuentegrande no bebieran y trabajaran, salieran y opinaran como cualquier hombre. Iban con sus carritos de bebé y sus espaldas machacadas y se tomaban todas las cervezas que querían, y contaban chistes verdes y chismorreaban allí mismo sobre lo que estaba pasando en el pueblo. No eran tiempos en los que las mujeres de los pueblos estuvieran encerradas en sus casas pero, curiosamente, y esto era algo que Clara había observado con el paso de los meses, no iban solas a la taberna de Justo.

Tampoco se sentaban solas a tomar un café y un coñac en la barra, cosa que Clara hizo, consciente de su osadía, con la idea firme de llamar la atención sobre la única mesa poblada del bar, la que estaba junto a los cuartos de baño y en la que se desarrollaba la tranquila partida.

De los cuatro hombres que ocupaban cada uno de los lados de aquella mesa, solo reconoció a Tomás. Todos ellos sabían perfectamente quién era Clara. La miraron de reojo y uno de ellos soltó una risotada cuando la periodista pidió un café solo con hielo y un coñac, aunque no levantó la vista de sus cartas. El único que fingió no verla con efectiva indiferencia fue el hombre al que la periodista quería abordar. Si se acercaba en ese momento, no conseguiría más que evasivas y algo de cachondeo, así que decidió esperar en la barra mientras charlaba con Justo, un hombre tranquilo y bastante prudente, seguramente porque se había pasado la vida bregando con borrachos, el pelo blanco y grandes entradas, que contrastaban con unas cejas excesivamente pobladas y curiosamente oscuras. Las pocas veces que Clara había intercambiado los típicos qué tal, menudo calor, cómo va la cosa, pues tirando, con él no había podido dejar de pensar en lo bien que les vendrían a esas cejas unas buenas pinzas o incluso unas inofensivas tijeras. Seguro que detrás de esas dos selvas había unos ojos bonitos, pero así era imposible discernir su tamaño real.

Era inevitable que uno de los dos hombres situados en la barra acabara acercándose a Clara en un momento en el que Justo estaba reponiendo bebidas en la mesa de póquer. Si la cuestión de género estaba más o menos resuelta, había una

barrera insalvable entre esa supuesta liberación femenina y la mentalidad de los rudos jornaleros, hijos de la dictadura. Clara lo sabía, y fue todo lo cortés que pudo cuando aquel borracho de nariz porruna y unos ojos diminutos que podrían haber sido azules, la abordaba con palabras ininteligibles, pero paulatinamente subidas de tono. Fue entonces cuando consiguió una mirada directa de Tomás, y decidió jugársela a una sola mano, con farol y pocas posibilidades. Se acercó al viejo y, con un tono firme, pero suave, le sugirió que volviera con su amigo, que la estaba molestando. Las buenas maneras no hicieron más que dejar perplejo a su interlocutor, subió con algo un poco más fuerte y añadió: «Huele usted fatal y no me apetece tenerle cerca». Entonces, ganó.

La voz ronca rugió en forma de «Putita forastera, qué coño te has creído, a ti lo que te hace falta es una buena polla, golfa de mierda». La mesa de póquer se levantó y su líder indiscutible, Tomás, que ejercía de caballero, con camisa impecable, pelo engominado hacia atrás y exceso de *after shave*, se acercó con Justo para quitarle a Clara el borracho de encima.

—Acércalo a casa, Justo, nosotros te vigilamos la barra —sugirió Tomás, como si fuera algo habitual.

Después de aquello, a Clara no le costó demasiado fingir un ligero sofoco. Si Tomás era un caballero, ella tenía que ser una señorita, y le pidió, por favor, un vaso de agua en cuanto Justo salió por la puerta. Aprovechó para alejarse de la barra y buscar intimidad en una de las mesas vacías.

—Mejor me quedo aquí, me parece que la barra es un poco peligrosa —dijo con cierta ironía mientras bebía el agua y observaba a Tomás que, con un gesto incómodo, permanecía de pie delante de ella, sin saber muy bien cómo volver a la partida.

—No se lo tengas en cuenta, se quedó viudo este invierno y el pobre no sabe muy bien cuándo tiene que parar, pero es buena gente.

Un angelito, pensó Clara, pero en lugar de eso, lanzó un convincente «seguro que sí».

Tomás tendría más o menos su edad, pero toda su fachada, su gesticulación, su manera de expresarse indicaban muchos más años; tal vez era de esas personas que habían nacido viejas, con esa necesidad de aparentar rectitud para no dejar nunca a la vista sus intenciones o sus defectos.

Ante la posibilidad de que el caballero se le escapara, Clara le invitó a sentarse con una mirada amable y extendiendo un brazo, delgado y con los músculos levemente marcados, lo suficiente para que los hombres siempre se fijaran en su forma moldeada, retiró la silla. Una cortesía que Tomás y su medio kilo de gomina no pudieron rechazar.

—Estoy un poco preocupada por lo que está pasando en el pueblo. —La mejor estrategia, al menos con Tomás, era la actitud pasiva. Un hombretón como él estaría dispuesto a tranquilizarla con todas las explicaciones que fuesen necesarias.

—Lo de Fran ha sido un golpe para todos, además de socios éramos muy buenos amigos. En este pueblo Fran Borrego era un pilar.

Clara quiso evitar mencionarle a Tomás todos los comentarios hirientes que había oído sobre ese supuesto pilar, y mintió.

—Ya me he dado cuenta, por eso me cuesta tanto trabajo entender que alguien lo quisiera muerto, aunque cualquier persona con éxito siempre tiene algún que otro enemigo. —El gesto de Tomás se torció un poco y Clara continuó rápidamente para no perder su atención—. Pero es que lo que le ha pasado a Fernando Alegría es muy grave.

Tomás no estaba enterado, o al menos eso dijo, de lo de la pintada, así que Clara se lo explicó de una forma algo más dramática.

—¿Crees que puede haber alguna relación entre la muerte de Fran y Depwater?

Clara se alarmó con aquella pregunta. No sabía si Tomás era un gran mentiroso o un gran estúpido.

—Pues, sinceramente, todo parece indicar que sí. ¿Tenía Fran clara la venta de las huertas? Te lo pregunto porque Fernando Alegría vino para hablar con él y aquí sigue. Da la sensación de que la cosa no marcha con fluidez.

—Marcha bien, pero estamos haciendo un gran esfuerzo para que no haya problemas con los trabajadores de las huertas.

—¿Recibirán algún tipo de indemnización si se quedan sin trabajo? —Clara no pudo evitar la pregunta, que sabía peligrosa, pero Tomás reaccionó como un buen político.

—Haremos todo lo posible por que todas las partes queden satisfechas.

Viendo el deseo de Tomás de actuar como si fuese el aspirante a alcalde, se sintió más segura y formalizó un poco más las preguntas.

—Cuando dices todas las partes, ¿te refieres también a Francisco José Borrego? He oído que no estaba demasiado de acuerdo con la venta.

—Es un hombre con unas ideas tradicionales que entiende la tierra de una forma muy auténtica, pero estoy convencido de que, en el fondo, sabe que esto es lo mejor para el pueblo.

Clara estaba sorprendida, Tomás era un auténtico profesional de la diplomacia, por lo que decidió forzar un poco la máquina, ahora que el caballero parecía sentirse tan cómodo con su actitud dialogante.

—Tal vez don Francisco José no está todavía convencido porque el propio Fran no lo tuvo nunca muy claro. Al fin y al cabo, Depwater envió a Fernando Alegría para que le convenciera. —Esa afirmación le podía costar cara, especialmente con Fernando, que le había pedido discreción, pero no tenía ni tiempo ni ganas de pensar en esos daños.

En efecto, a Tomás se le torció un poco el gesto, se quedó en silencio unos segundos y una parte de su fachada pareció derrumbarse, aunque de una manera sutil, casi calculada.

—Las mujeres —suspiró Tomás, mientras Clara adoptaba una expresión de auténtica sorpresa—, las mujeres siempre acaban liándolo todo, especialmente las guapas.

Con esta absurda observación, sacada de un personaje de película de los años cincuenta, Tomás dio por terminada la charla. Se levantó pidiéndole disculpas, pues le estaban esperando para continuar la partida, mientras le ofrecía un guiño cómplice, de esos que algunos hombres creen irresistibles, pero que Clara ni siquiera percibió.

De camino a la oficina, sintió un repentino sabor a metal en la boca, le pasaba cuando la duda le nublaba la perspectiva de las cosas. Pero no, Tomás no le había lanzado un piropo, le había lanzado una pista envenenada.

CUANDO ÉRAMOS ÁNGELES

Cuando éramos ángeles nuestros zapatos no estaban manchados de sangre. No conocíamos la culpa y las noches eran para dormir, no para despertar remordimientos. Cuando éramos ángeles había que preguntarlo todo, si querías salir, si querías comprar algo, te tenían que dar permiso. Todas las decisiones las tomaban por nosotros: la ropa que nos poníamos, los libros que necesitábamos para el colegio, lo que comíamos, lo que bebíamos. No sabíamos nada. Cuando éramos ángeles no teníamos deseos.

—¿Lo habremos matado? —dijo Nicolás Borrego, interrumpiendo aquellos pensamientos desordenados que no paraban de amontonarse, mientras miraba sus zapatos, manchados con unas grandes gotas de sangre, que sobre el cuero marrón parecían salpicaduras de grasa, una grasa muy oscura.

No tendría que esconder esos zapatos, ya no era un ángel, se dijo a sí mismo. Eran casi hombres, pequeños hombres, en realidad, pero con brazos de hombre que daban puñetazos, con piernas y pies de hombre que daban patadas.

Todo el pueblo sabría a esas horas lo que había pasado. Se habían cruzado con algunas personas mientras huían hacia el camino de los álamos y, entre las miradas de miedo, se había colado algún comentario de admiración, algún «se lo merecía», que casi no oyeron. Con las cabezas agachadas, la única que podía sostener sus miradas era la tierra ocre del camino.

Huyeron por la oscura noche de luna nueva, bajo la sombra de los árboles, y subieron hacia donde estaban los primeros bancos de la cuesta que subía hasta la ermita de San Mateo.

Fran se había adelantado, pasando antes por su casa para robarle a su padre una botella de ginebra, sin hielo, sin tónica, sin limón, eso era de maricones. A morro, se la iban bebiendo poco a poco, daban uno o dos tragos y se la pasaban sin decir nada, sin que nadie tuviera que pedirla. Un enorme pitillo crepitó entre las manos de Roque el Puntas y el olor de la marihuana relajó sus músculos, tan tensos hasta entonces que parecía que las venas de los antebrazos le fueran a explotar en cualquier momento. Le había suplicado a Fran que avisara a Toni, el conductor de la ambulancia de Cansinos, desde el teléfono de su casa, pero Fran estaba sordo de dolor, impactado por un extraño odio que había matado su capacidad para escuchar, al menos esa noche.

Fue Celestino el que avisó, desde la radio del coche, antes de ir a su casa, ducharse y cambiarse. Esa noche no estaban de servicio, menos mal, porque las manchas de sangre en el uniforme habrían sido un problema. Por eso él y Ángel Crespo llegaron un poco más tarde, y se los encontraron así, bebiendo y fumando en silencio.

Lope se había sentado en el suelo, sujetándose las rodillas que no paraban de temblarle mientras dirigía su mirada una y otra vez hacia el brazo del banco donde

estaba sentado Fran, sin atreverse a subir hasta sus ojos, pero deseando oír una palabra de alivio, algún consuelo que le cerrara ese enorme agujero del pecho que no le dejaba respirar.

Sin que nadie le preguntara, Celestino intentó tranquilizar a sus amigos.

—Ya lo han recogido, va camino del hospital. Y dejad de pensar tonterías, respiraba perfectamente cuando lo han subido a la camilla. Y, además, él se lo ha buscado, por hijo de puta.

—Hijo de puta —repitió Fran en voz baja, con el mismo tono de casi dos horas antes, justo cuando Eugenia se alejaba en el coche de su padre, que la llevaba a urgencias.

Desde el invierno, Roque salía en sus ratos libres a conocer el monte, quería patearse bien todas las huertas y sus alrededores. Era la disciplina que se había impuesto desde que Fran, Tomás y Alfonso se habían ido el otoño anterior a la universidad. La envidia le despertaba esa agresividad, supuestamente heredada de su padre; no podía soportar verse un invierno más paseando por las desiertas calles del pueblo mientras la vida solo le regalaba la mediocridad de todo lo que conocía, la falsa alegría de lo cercano. La tediosa Fuentegrande, con sus calles que resbalaban lluvia helada desde noviembre hasta mayo, parecía la muerte vestida de gris. Lo único que le calmaba era estar solo en el campo, pero para él era más que un calmante. Sabía que el viejo capataz de Francisco José Borrego estaba a punto de jubilarse y, para ser un buen candidato al puesto, debía conocer bien no solo las huertas, sino toda la sierra. Como el monte que rodeaba Fuentegrande era una gran bóveda de agua natural, tenía numerosas entradas que con la erosión habían desarrollado algunas medianamente accesibles. En una de sus excursiones descubrió una, con un pasillo muy estrecho, que había que recorrer arrastrándose durante más de cincuenta metros, y que conducía hasta una galería de roca caliza con una pequeña ladera, muy resbaladiza a causa de la humedad, que formaba un enorme precipicio sobre el que descansaba una laguna cristalina, virgen de luz. Cuando pasabas la ladera, había que hacerlo muy despacio y con cuidado, una sala repleta de estalactitas y estalagmitas decoraba las entrañas de la sierra, para uso y disfrute de algún murciélago extraviado.

La primera vez que la vio, Roque el Puntas tuvo la certeza de que había descubierto algo grande, y fue corriendo a contárselo a don Francisco José.

—¿Y eso para qué sirve, hijo? —El uso paternal le dio a Roque la certeza de que había hecho bien contandoselo al patrón.

—No lo sé. Para el turismo, para sacar agua, para lo que usted quiera, porque está debajo de una de sus huertas.

La alegría de Roque le proporcionó a don Francisco José una sensación de poder, concentrada en la lealtad del chico, que hizo que, a partir de ese momento, el Puntas se fuera convirtiendo en su hombre de confianza. Efectivamente, a los pocos meses empezó a pensar en él para convertirlo en su capataz, pues, aunque todavía era muy

joven, sabía que, con el tiempo, esa lealtad, unida a la fuerza y a la determinación que había demostrado desde bien pequeño, sería su mejor arma, incluso ante sus propios hijos.

Para cuando llegó el verano todos se creían unos expertos en espeleología, palabra que aprendieron gracias a Alfonso, que en sus ratos libres se había dedicado a investigar todo el material que les hacía falta para deambular por las cuevas sin matarse, aunque solo consiguió que entre todos compraran las linternas frontales, las cuerdas, los arneses y los mosquetones de aluminio.

Tumbado boca arriba, separado de sus amigos y de la botella de ginebra, Alfonso lloraba silencioso. Pensaba en el día en que compró los mosquetones y en la mala hora en la que los dejó en el gimnasio, mientras recordaba cómo el reluciente aluminio se había incrustado un par de veces en la cabeza de Sebastián, y las lágrimas casi le delataban porque no podía parar de moquear, mientras le resbalaban por las mejillas sin pedir permiso, como si quisieran señalar su culpa a través del bochorno de la debilidad. Él no los había empuñado, no hubiera sido capaz. Tan solo le había dado alguna patada en las costillas, pero sentía como si cada golpe que el frágil cuerpo del Loco había recibido aquella noche hubiera sido embestido por un gran animal con diez brazos, con doce piernas, con veinte iras perversas e inconscientes.

Empezaron a hacer excursiones. Al principio solo iban Roque y Fran, después se les fueron uniendo los demás y, un día, Rosario, María y Eugenia dijeron que ellas también querían ir. No estaba Fran muy seguro de querer cargar con ellas, fue la expresión que usó, cuando tuvieran que arrastrarse a oscuras por los túneles. No podía imaginarlas deslizándose con temple por las finas laderas de piedra resbaladiza, soportando la presión de la oscuridad y las toneladas de montaña sobre sus cabezas. Para su sorpresa, ninguna de las tres dio ningún problema, más bien fueron de gran ayuda cuando su hermano Nicolás tuvo un breve ataque de pánico en el túnel de entrada y se quedó paralizado durante varios minutos. Unas gotas de sudor frío resbalaron desde su frente y esa extraña sensación hizo que sus extremidades no le respondieran, no podía seguir ni hacia delante ni hacia atrás. Entonces, mientras todos le increpaban que se moviera y Roque, que encabezaba la expedición, gritaba que qué coño pasaba, María y Eugenia, que iban detrás de él, comenzaron a gastar bromas sobre la buena perspectiva que tenían. La gran polla de Nicolasito Borrego había sido motivo de mofa por parte de sus amigos desde que, bien pequeños, se bañaban desnudos en las pozas. El miembro del adolescente era realmente exagerado; tanto que a menudo evitaba ponerse calzoncillos, pues siempre le molestaban. Ese día se había puesto unos pantalones cortos, desoyendo los consejos de Alfonso de que a las cuevas debían ir todos con vaqueros largos, y cuando las chicas estuvieron tumbadas en el suelo, detrás de Nicolás, empezaron a reírse, aplaudiendo las buenas vistas que desde atrás tenían de aquella desproporcionada verga. Por ellas no había problema, podía quedarse allí parado el tiempo que quisiera, le decían riendo. La broma hizo

que Nicolás se olvidara de su pánico, superado por la vergüenza que la risa de las chicas le había proporcionado, y se fue relajando poco a poco.

La excursión fue mucho más divertida que en otras ocasiones, incluso se aventuraron a inspeccionar algunas bóvedas pequeñas en las que nunca habían entrado, y cuando después de dos horas de expedición estuvieron de nuevo al aire libre, la euforia de la adrenalina les dio la excusa perfecta para apresurarse a volver cuanto antes a Fuentegrande, ducharse y seguir celebrando en la ermita de San Mateo la indescriptible sensación de libertad que esos pequeños momentos les regalaban.

Fran Borrego no quiso mostrar debilidad con la enfermiza sensación de celos que le había atormentado toda la tarde al oír la broma de su novia acerca de las buenas proporciones de su hermano, pero se empeñó en quedarse a solas con Eugenia en la entrada de la cueva, obligando a todos los demás a volver apretados en los coches de Alfonso y de Roque.

Eugenia no entendió bien la expresión seria de Fran cuando todos se marcharon, decidió no hacer preguntas, como siempre, dejándose besar y morder por su novio con esa extraña cólera que a veces se apoderaba de él y que a Eugenia le producía una sensación de debilidad muy excitante, como si su cuerpo se separara de todo su ser para estar al servicio de un dueño inferior.

Dejó que la tumbara en la arcillosa tierra, y los cuerpos se embadurnaron de aquel polvo rojo, con un sexo acelerado y nervioso. Las bragas colgadas de una rodilla, el sujetador por la cintura, los zapatos puestos y los gemidos dulces y sonoros, creciendo con cada embestida que Fran le proporcionaba, como si el placer tuviera que sustituir el dolor de sentirse peor que ella. Pero esta vez Eugenia estaba tan excitada que Fran quiso esperar, quiso conocer la sinceridad de ese cuerpo que se le entregaba sin ninguna resistencia, se separó dándole rápidamente la vuelta, y buscó entre el abundante líquido de su pubis el clítoris duro y saliente, rodeándolo con pericia mientras volvía a penetrarla, y el placer de Eugenia se expandió escandalosamente hasta repicar en las bóvedas, que le robaron durante unos segundos aquel gemido multiplicado y distinto.

Ya casi de noche, sin permitirse el sueño que sus derrotados cuerpos les exigían, se vistieron como pudieron y bajaron por el camino de matorrales que conducía hasta el pequeño solar donde Fran había aparcado el coche. Una sombra se apoyaba en el capó y ninguno de los dos supo reaccionar muy bien cuando descubrieron que era Sebastián el Loco, que los esperaba con la mirada perdida entre las primeras estrellas que el cielo de aquel atardecer, casi fucsia, dejaba entrever.

—No cabía en ninguno de los coches, y Roque me dijo que os esperara aquí callado.

Fran no quiso pensarlo, pero Eugenia tuvo la certeza de que Sebastián los había espiado. Cuando los dejó en la puerta de su casa —él vivía en la otra punta del pueblo y la casa del Loco estaba en la misma calle que la de su novia—, la chica no se atrevió a cruzar una mirada con él. Casi llegando a su puerta, cuando Eugenia estaba

a punto de despedirse con un tímido «hasta luego», Sebastián la cogió del brazo, vacilando, y el cuerpo de la chica tembló sin saber cómo apartarse.

—Dame un beso, Eugenia. Solo uno —le pidió con un tono infantil que ella no supo cómo digerir.

Negó con la cabeza, de repente la boca se le había secado tanto que no era capaz de pronunciar una palabra.

—Entonces, déjame que te lo dé yo. En la mano, solo en la mano.

No quiso o no pudo reaccionar, porque mientras se lo pedía ya la tenía cogida y acercaba su boca, de labios gruesos, hacia la cara convexa de su mano derecha. Pero no fue un beso, sino un diminuto mordisco repleto de saliva, como los que Fran le daba en el cuello y los pechos, lo que Sebastián no pudo evitar dar. Los ojos de espanto de Eugenia le hicieron retroceder enseguida, la chica se agarró la mano como si tuviera en ella un enorme pecado que debiera esconder y se metió corriendo en su casa.

Cuando se lo enseñó a su padre, algo preocupada porque le había dejado un leve moratón del que salía un poco de sangre, Manuel Pereira recordó que, estando en la taberna de Justo, le habían comentado que Sebastián tenía hepatitis A. Montó a Eugenia y a Orestes en el coche y se la llevó corriendo a Cansinos, con la mala suerte para Sebastián el Loco de que, cuando salían del pueblo, se cruzaron con Fran, que se había duchado corriendo y salía de su casa para recoger a su novia. Cuando vio el coche, alzó la mano indicando que parasen. Eugenia bajó la ventanilla y, con las lágrimas saltadas y el tono asustado, le contó a su novio lo que había ocurrido.

No tenía ninguna importancia, o al menos así se lo comunicaron el médico y la enfermera que la atendieron en urgencias del hospital de Cansinos. Aun así, le hicieron todos los análisis pertinentes, pero de ninguna manera era posible que con una cosa tan pequeña se pudiera contagiar la hepatitis. Y con estas buenas noticias regresó Eugenia a Fuentegrande, bastante más calmada y sintiéndose culpable por haber asustado a todo el mundo por algo tan tonto.

Sin embargo, en aquella larga hora que duró su excursión a Cansinos, sus amigos no se pararon a pensar ni un segundo en que aquello fuera una cosa tonta. La ira de Fran fue secundada inmediatamente por Tomás y por Nicolás con esa lealtad irracional que los caracterizaba. Roque comprendió que Sebastián no tenía salida, que había que darle un escarmiento, aunque le hiciera muy poca gracia, pero el escarmiento se les fue de las manos cuando la testosterona se apoderó de sus cuerpos y el linchamiento al que el Loco fue sometido, efectivamente, casi acaba con su vida.

Con la cabeza abierta, un ojo hinchado, tres costillas rotas y cardenales y magulladuras por todo el cuerpo, Sebastián el Loco hizo el mismo camino que Eugenia hacia urgencias, pero el médico y la enfermera no pensaron en ningún momento que aquello no tuviera importancia.

AJOBLANCO

Hay una hora del día en la que el calor lo invade todo. Apenas se anuncia, irrumpe en las casas de una manera obscena, inundando el ambiente con esa sensación asfixiante que parece llegar a cada rincón que cubre la luz. En Fuentegrande, como en casi todos los sitios donde es habitual que la temperatura supere los treinta grados, esa hora comenzaba a la una de la tarde. Para entonces, las persianas de las casas habían sido convenientemente bajadas y las puertas de los balcones y de las ventanas se entornaban con pericia, para engañar al bochorno, pero dejando pasar el tímido aire que pudiera colarse por sorpresa.

A Clara Ibáñez, la vuelta al hostel desde la oficina se le hacía insoportable, para empezar, porque no estaba habituada a parar de trabajar a esa hora, aunque fuese verano, pero, principalmente, porque no era costumbre que en las casas del pueblo hubiese aire acondicionado, ni siquiera la oficina lo tenía, y entrar en el restaurante del hostel, abarrotado de gente y de olor a comida, después de la larga caminata por las cuestas vírgenes de sombra, sin un incentivo de aire fresco, le resultaba más que molesto. Por eso había comprado una neverita en la que guardaba un par de sándwiches y algún zumo o gazpacho de bote para «malcomer», como decía Chabela, frente al ventilador que, durante toda la mañana, además, tenía que compartir con Auxi, y casi todos los días se quedaba trabajando en la penumbra de la oficina, esperando que pasaran las peores horas.

Pero el deseo, que suele tener un poder extraordinario sobre la voluntad, hizo que Clara Ibáñez se dirigiera aquel mediodía hacia el hostel. No podía evitar divertirse con el nuevo estado de euforia que la rondaba permanentemente, como a una quinceañera salida, con la indiscutible ventaja de la experiencia. Aquel adolescente nervio erótico se manifestaba en una curiosa repugnancia por la comida. Nunca había sido demasiado comilona, pero la imposibilidad de ingerir algo que no fueran líquidos le parecía una molesta debilidad, especialmente porque este síntoma estaba relacionado con una excitación constante, de mejillas sonrosadas y lubricación incontrolable, que le proporcionaba el simple hecho de pensar en Fernando. Era mucho peor si lo tenía a él delante. Entonces ni siquiera podía coger el vaso de cerveza o lo que fuera que hubiese decidido tomar, el pulso le empezaba a temblar y la vergüenza por verse tan expuesta aumentaba el nerviosismo. Lo único que la calmaba era el sexo, ya que el sexo, pensaba ella, permite que una pueda estar nerviosa y obscena al mismo tiempo, te permite temblar y besar, y chupando, lamiendo o mordiendo el cuerpo objeto del deseo se suelen disimular esas absurdas ganas de vomitar.

Esa misma mañana había tenido una entrevista con Eugenia Pereira y quería poner todas las notas de la conversación en orden para darle algo de sentido a aquella historia, cuyas ramificaciones parecían extenderse hacia un lugar que jamás conocería. Pero las ganas de Fernando no la dejaban pensar, así que cogió su bolso y

se dirigió hacia el hostel, esperando encontrarlo dispuesto a follar durante tres horas seguidas, hasta que el hambre volviera, aunque fuese tímidamente, la lubricación parase, a fuerza de usarla, y los temblores se convirtieran en orgasmos, al menos uno, no había que ser tan exigente.

Le sorprendió la tranquilidad del restaurante. María se desplazaba con parsimonia entre las tres mesas ocupadas, sirviendo sin prisa el vino peleón que incluía el menú. La voz de Chabela interrumpía de vez en cuando el silencio, cantando desde la cocina, contigua al interior de la barra, alguno de los platos que los comensales esperaban sin demasiada ilusión.

Se sentó al fondo del salón, cerca de los cuartos de baño, donde la luz de los grandes ventanales que daban al patio apenas llegaba. Saludó a María levantando la cabeza y le suplicó en silencio una gran cerveza, emulando el gesto del tirador con las manos.

María llegó enseguida con una jarra, de las que guardaba Chabela en el congelador, y un plato con aceitunas, patatas fritas y una pareja de boquerones en vinagre. La conversación entre ambas pudo extenderse lo suficiente como para que Clara averiguara que el restaurante estaba así de tranquilo porque en la segunda quincena de agosto era cuando casi todo el mundo se pedía las vacaciones, que Fernando Alegría había salido a media mañana y todavía no había vuelto y que Chabela llevaba todo el día de un humor de perros, y, cuando la doña estaba de un humor de perros, de primer plato se servía ajoblanco.

Clara se conformó con el ajoblanco, porque sabía que estaría muy frío, pero no quiso segundo plato, solo un gran trozo de sandía de las huertas, que Chabela metía en la alberca de agua natural que había detrás del patio porque en el frigorífico ocupaban mucho sitio. Solía tener unas cuantas, al menos diez, sujetas dentro de una red de pescar para que no se dispersaran y fuera más fácil cogerlas, pero la única que podía con aquella red era María.

Con el café sacó el cuaderno de notas que había usado en casa de Eugenia Pereira y observó durante unos minutos el nombre de «Orestes», que se había entretenido en recalcar con su bolígrafo azul durante la conversación.

—Un nombre peculiar —comentó Clara cuando Eugenia los presentó.

—Mis padres eran aficionados a la mitología clásica —apuntó Eugenia, mientras el tímido Orestes sonreía, mirando hacia el suelo como un niño pequeño.

Y era verdad que su aspecto era algo infantil, tenía la dulzura de su hermana, con la piel y el cabello claros, y, aunque a sus veintitantos años la alopecia empezaba a imponerse, no le daba un aire adulto, sino que más bien acentuaba esa expresión inmadura. No poseía en absoluto el ángel de su hermana —una de esas mujeres, pensó Clara, de las que todo el mundo se enamora—, pero había en su mirada algo limpio, casi tranquilizador. Los dos hermanos parecían tener una relación muy buena, aunque era evidente que el papel dominante lo tenía Eugenia y que Orestes, por su parte, estaba encantado con ello.

Lo único que le resultaba incómodo a Clara era hablar con Eugenia de los rumores acerca de su relación con Fran Borrego delante de aquel chico que parecía adorar a su hermana en una proporción comedida, aunque extraña. Estaba segura de que Orestes era tan sensible como su frágil aspecto anunciaba, y seguramente no le gustaría oír con quién follaba o dejaba de follar su querida Eugenia.

Eugenia Pereira, que, además de ser asquerosamente guapa y encantadora, parecía bastante inteligente, se percató enseguida de que la conversación con la periodista implicaría algunas preguntas sobre su relación con Fran. Conocía muy bien el poder de la rumorología de Fuentegrande, y le pidió a Orestes que las dejara solas.

—Los periodistas prefieren hacer las entrevistas en privado, cariño. No te importa, ¿verdad?

Con lo que Clara descubrió que Eugenia Pereira, además de ser asquerosamente guapa, encantadora e inteligente, parecía una manipuladora profesional. Cuando Orestes se fue sin rechistar a su cuarto como un niño bueno, no sin antes despedirse educadamente de Clara con un «encantado, nos veremos por aquí», la periodista le aclaró a Eugenia que no era exactamente una entrevista, sino una parte de la investigación que estaba haciendo en torno a la muerte de Fran.

—Me imaginaba que era por eso, pero pensaba que darías más rodeos antes de entrar en materia. —Eugenia sonrió con cierto cinismo.

—Solo doy rodeos con la gente poco inteligente.

—Pues supongo que habrás tenido que dar muchos con los amigos de Fran —contestó Eugenia, un poco más seria.

—Deduzco por ese comentario que no te considerabas amiga de Fran.

—Durante mucho tiempo se me conoció más bien como la «amiguita», pero de eso hace ya unos años.

—No es lo que me han comentado.

Eugenia miró a Clara con cierto desdén, permaneció en silencio durante unos segundos, mirando hacia la puerta de la terraza que daba al sur de las huertas, y movió su muñeca derecha sujetando un precioso reloj Cartier de esfera diminuta. Llevaba unos vaqueros muy ajustados y unas bailarinas rosa palo, casi del mismo color que la camisa ancha y casi transparente que dejaba ver un sujetador de encaje en el mismo tono, pero su actitud y cada uno de sus movimientos parecían casar a la perfección con el carísimo Cartier. Cómo una mujer con esa pinta podría estar liada con un espécimen como Fran Borrego era algo que Clara no podía entender de ninguna manera.

—Las doce menos cuarto —interrumpió Eugenia el breve silencio—. Dicen que hasta las doce no es apropiado, pero, si no te importa, me voy a tomar un aperitivo. ¿Te apuntas?

Clara Ibáñez aceptó encantada un vermú, «como los que hacía mi padre en verano», y esperó a que Eugenia le diera un largo trago y encendiera un cigarro para continuar con las preguntas, pero no le hizo falta. Eugenia Pereira comenzó su

discurso sin ninguna necesidad de falsa indagación, con esa actitud de quien quiere quitarse un peso de encima.

—Te vi en el entierro de Fran, supongo que tú me verías a mí también, especialmente, porque fui el centro de todas las miradas. Pobre Fran, no fue ni el protagonista de su muerte. Supongo que a raíz de eso y de los comentarios de algunos buenos informadores deduces que estaba liada con él, pero hacía mucho tiempo que eso se había acabado. El problema era que no siempre se daba por enterado. Es lo que tiene Fuentegrande, parece una cápsula del tiempo, todo el que se queda aquí arrastra consigo el pasado de una manera angustiante. Y Fran se aferraba a algo que no tenía nada que ver conmigo, pero que de alguna manera estaba representado en mí. Creo que yo le recordaba los años de su vida en los que quiso construir algo por sí mismo. No lo sé, la verdad es que de eso no estoy muy segura, lo único que sé es que de vez en cuando, en las vacaciones de Semana Santa o de verano, cuando venía unos días con Orestes y con mi padre (si venía con algún novio se cortaba un poco), había noches en que me lo encontraba en la taberna de Justo, bebiendo, claro, y empezaba a darme la lata, recordando siempre las mismas anécdotas y comiéndome con los ojos. Yo me dejaba querer, no te voy a engañar, pero no me atraía la idea de montar semejante escándalo en el pueblo, y aun así la gente sacaba sus propias conclusiones.

—Pues creo que Tomás, su socio, se dejó llevar por esas conclusiones. El otro día me insinuó que los problemas con la venta de las huertas tenían que ver contigo. Al menos, eso creí entender, porque no fue demasiado concreto. Tal vez yo he sacado también conclusiones muy rápido.

—Tal vez.

Eugenia acabó su vermú, miró el vaso de Clara, también vacío, y volvió a servir de la jarra que había colocado en la mesa, junto con unas almendras. Pero Clara no se dejó intimidar por el laconismo de la despampanante rubia.

—¿Viste a Fran los días anteriores a su muerte? ¿Hablaste con él de algo que le hiciera pensar a Tomás tal cosa?

—Lo que no me gustaría es que Rosario supiera esto. La gente del pueblo me da igual, pero Rosario es mi amiga; no ejercemos de amigas, pero nos queremos.

—Me da la sensación de que a Rosario no le afectaría demasiado conocer una infidelidad de su marido.

—Por supuesto que no, hace muchos años que Rosario no está enamorada de Fran, eso ya lo sé, pero le dolería mucho saber que Fran quería vender las huertas para irse de Fuentegrande, dejándola sola con un niño pequeño, sin la tierra que ella tanto aprecia y con toda la vergüenza que este pueblo te puede hacer cargar. Te cuento esto porque me molesta que el hipócrita de Tomás insinúe cosas de las que no tiene ni idea.

»Fran era un cabrón, pero cuando mi padre murió, hace unos meses, estuvo muy atento conmigo. Mi padre quería que esparciéramos sus cenizas por las huertas. Sentarse en esta terraza a observar la sierra era una de las cosas que más le calmaban

cuando el cáncer empezó a comérselo. Así que las trajimos y nos quedamos unos días. La última noche, era ya muy tarde, sonó el timbre de la puerta. Mi hermano y yo nos levantamos y desde el pasillo pudimos oír el vozarrón de Fran llamándome desde fuera; no era una llamada agresiva, ni estaba borracho, al menos no muy borracho. Cuando le abrí me dijo que no había parado de pensar en mí en todo el día (sabía lo unida que estaba a mi padre, mi madre murió cuando éramos muy pequeños), que tenía ganas de verme y que pensaba que igual me hacía falta compañía. Le invité a pasar porque la verdad es que tenía ganas de desahogarme. Había estado consolando a Orestes en los últimos días, gestionando el entierro y la herencia sin poder derrumbarme a gusto. La compañía de Fran fue más un regalo que un incordio y le invité a tomar una copa. En el segundo *whisky* me di cuenta de que no quería dormir sola y acabamos pasando la noche juntos, pero creo que para él fue algo mucho más serio que para mí. En las semanas siguientes no paró de llamarme, al principio con el mismo tono de amistad que aquella noche, pero, poco a poco, me fui dando cuenta de que realmente pensaba que había algo entre nosotros y tuve que pararle los pies cuando me dijo que se iba de Fuentegrande, que no aguantaba más y que había dado con la solución perfecta para que pudiéramos estar juntos. No tendría que preocuparme de nada. Fran era un tipo bastante impulsivo, a veces, incluso, diría que agresivo. Pensé mucho en la manera de hacerle entender que no tenía ninguna intención de “fugarme” con él, una palabra que usó en varias ocasiones, a saber de dónde la habría sacado. Al final decidí venir hasta aquí y hablarlo con él en persona. Fue la noche que lo mataron.

—Esa noche Fran había quedado con Fernando Alegría, el comercial de Depwater, pero nunca apareció. —Clara tuvo que pronunciar estas palabras muy despacio, el vermú le estaba haciendo efecto y el estómago vacío no ayudaba mucho, pero sí se percató de que Eugenia parecía estar perfectamente. Con el tono firme y sosegado, tal vez demasiado.

—No lo sé. Yo llegué a eso de las siete de la tarde, Fran vino a casa a las ocho y no estuvo más de una hora. Ya se lo conté a Celestino y a Ángel cuando hablaron conmigo.

—Entonces iría a otra parte después, porque Fernando había quedado con él más tarde. —Clara hizo una pausa—. ¿Y cómo se tomó lo que le dijiste, lo de que no querías «fugarte» con él?

—Pues no muy bien. A decir verdad, fue bastante dramático, pero con todo lo que pasó después no he tenido tiempo ni de pensar en ello.

—¿Después?

—Al día siguiente, quiero decir. —Eugenia apartó la mirada que Clara le estaba clavando desde hacía unos minutos—. Y ya que esto empieza a parecer un interrogatorio, te diré lo mismo que le dije a Celestino cuando me preguntó. Esa noche no salí, me quedé en casa con Orestes.

La conversación con Eugenia Pereira no había dado más de sí, pero ya en el hostel, reflexionando sobre esta última frase, Clara recordó que la forense había fijado la hora de la muerte hacia las dos de la mañana, y pensó que, aunque Eugenia tuviera a su hermano como coartada, podía haber salido a esa hora de su casa, mientras él dormía. Lo que no le encajaba muy bien era el peso del arma con la que mataron a Fran Borrego. Eugenia era una mujer atlética, pero no con la fuerza suficiente como para levantar un instrumento tan pesado como el que la doctora les había descrito, y tampoco tenía muchas razones para matarlo, pero necesitaba saber con quién había hablado o estado Fran durante las horas siguientes, pues, seguramente, fue a raíz de la conversación con Eugenia cuando decidió que no vendía las huertas. En cualquier caso, le parecía muy extraño que Eugenia se hubiera sincerado con ella de aquella manera, ofreciéndole tantos detalles, con palabras tan precisas y esa actitud calmada. Clara se preguntó si sería capaz de repetir todo lo que le había contado. Tenía la sensación de que Eugenia mentía, pero no sabía cómo demostrarlo.

Mientras repasaba sus notas, se había quedado sola en el restaurante. María había recogido y limpiado el suelo, las sillas estaban encima de las mesas, y había cerrado las persianas de los ventanales. Hasta el atardecer no volvería a subirlas. Disfrutó unos segundos del silencio. Permanecer en un lugar público que estaba cerrado le proporcionaba una sensación agradable, como si estuviera haciendo algo prohibido, pero con la certeza de que a nadie le importaba.

Enseguida oyó que un coche atravesaba la cancela de la entrada, el sonido de las ruedas sobre la gravilla y el portazo, uno solo, interrumpieron el silencio y su pulso empezó a bailar a un ritmo que le resultaba familiar. Fernando la vio a través de la puerta acristalada del restaurante, situada a la izquierda de la entrada del hostel, y entró algo sorprendido. Dos «holas» secos y sonrientes dieron pie a una absurda conversación sobre el calor que hacía y sobre lo mal que los dos habían comido. Clara acompañó a Fernando a la cocina. Seguro que Chabela tenía algo rico que pudiera probar, pero en el frigorífico solo había una gran jarra de ajoblanco, todo lo demás había que cocinarlo. Se lo sirvió en un vaso pequeño y lo probó mientras Clara se sentaba, dando un saltito, en la mesa de acero que había en el centro de la cocina.

—Chabela dice que, en realidad, lleva muy poco ajo —le explicó Clara mientras Fernando le bajaba las tirantas del vestido, uno azul con margaritas, muy corto, agradecido porque el verano hiciera que algunas mujeres, mujeres como Clara, no llevaran sujetador—. Por lo visto, es importante que la proporción de almendra molida y de miga de pan sea lo más exacta posible —y el vestido voló hacia algún lugar de la cocina, mientras la proporción de los besos se iba suavizando a medida que Fernando bajaba por su barriga—, pero lo importante es que el agua en la que se diluye la masa esté casi helada, para que la textura de la almendra prevalezca sobre el resto de los ingredientes desde el principio. —La piel ardiendo de la espalda de Clara casi no notó el frío acero cuando la reclinó sobre él—. Hay que tener cuidado con el

aliño; es muy sencillo, solo aceite, vinagre y sal, pero a Chabela a veces se le va la mano con el vinagre. —Fernando Alegría sonrió, la punta del clítoris le sabía a almendras.

ROCK AND ROLL IS DEAD

La habitación de Fran Borrego tenía un gran balcón que daba al sur y una ventana con orientación hacia el oeste. Su madre procuraba que la persiana de esa ventana estuviera casi siempre bajada en verano para que el sol no recalentara la habitación, pero esa mañana no había podido hacerlo porque había tenido que ir a las huertas a primera hora, para supervisar el trabajo en el almacén donde hacían el melocotón en almíbar, que embotellaban en esa época para distribuirlo por toda La Velaña. No era un gran negocio, ya que los grandes supermercados, especialmente los de Cansinos, tenían sus propios distribuidores, y el melocotón en almíbar de los Borrego solo se vendía en pequeños comercios. Con los años, el producto artesanal se había convertido en una marca *delicatessen* y toda la familia tenía un empeño casi romántico en la elaboración de este producto.

En esos días la casa andaba manga por hombro porque las mujeres estaban en el campo, pero nadie protestaba demasiado, ni siquiera Francisco José Borrego, que se acostumbraba a comer fuera y les daba dinero a Nicolás y a Fran para que hicieran lo mismo, aunque aquel dinero casi siempre se invertía en comer poco y mal, y beber mucho. Como, además, solía coincidir con el cumpleaños de Tomás, la borrachera tenía un incentivo celebratorio. Todos aprovechaban entonces que la casa de los Borrego se vaciaba de adultos para instalarse allí desde el almuerzo hasta última hora de la tarde. Tenían piscina y mesa de *ping-pong*, aunque en los últimos años casi no salían del sótano, donde se estaba más fresco y se podía escuchar música sin montar demasiado escándalo. Al atardecer seguían de marcha por el camino de los álamos o la ermita de San Mateo, y casi siempre acababan en la discoteca si la taberna de Justo estaba cerrada.

Fran se despertó después de una de esas grandes juergas con el calor del mediodía inundando de luz y bochorno toda la habitación. En cuanto abrió los ojos, recordó que la madrugada anterior su habitación ya estaba así de recalentada, debido a que el sol había entrado durante todo el día, y el leve frescor de aquella noche de verano no había conseguido reducir la temperatura de ese horno. Con la boca seca y la lengua acartonada, se levantó con la sensación de dejar todos sus huesos descansando aún sobre el colchón, mojado por el sudor del último sueño. Quiso bajar la persiana y le vino una imagen de sí mismo intentando hacerlo horas atrás, solo que el poco tino y una fuerza desmesurada consiguieron que la persiana se descolgara del quicio. Recordó entonces ese gesto de brutalidad y el cabreo con el que había subido a su habitación. Antes de meterse en la ducha, puso su boca debajo del grifo del lavabo, disfrutando de la agradable sensación de frescura en su lengua y de cómo su cuerpo se recomponía levemente: su hígado, agradecido, le daba una tregua al síndrome de abstinencia. Pero fue mucho mejor sentir el chorro de agua helada sobre la piel. Aunque siempre había tenido un cuerpo grande, de esos que tienden a la obesidad si lo descuidas un poco, las pesas y el fútbol lo habían moldeado y domado con certeza,

y a sus veintiún años sentía cómo esa musculatura, que siempre sintió prestada, por fin se había adaptado a su personalidad de una manera natural, irradiando aquella fuerza que sustentaba la ambición, el deseo de poder que mandaba en su mente desde que era un niño. Pensó, entonces, en su padre. La mañana anterior habían ido a desayunar juntos, sin Nicolás, porque don Francisco José quería tener una charla con su primogénito, al que profesaba un tipo de admiración secreta que nunca tendría por el pequeño.

El desayuno fue lento y silencioso, brevemente interrumpido por algunas preguntas cortas y directas y un par de frases categóricas acerca del compromiso con la familia y con la tierra, de la continuidad que él representaba y de la implicación que se le exigía. Un discurso del que Fran era absolutamente consciente, pero que ahora su padre reafirmaba, debido a que ese año había terminado la diplomatura en Ciencias Empresariales y estaba tonteando con la idea de prolongar sus estudios con un máster o hacer prácticas en una empresa. No, de eso ni hablar, que se lo quitara de la cabeza, las prácticas las iba a hacer con él en las huertas, ya era hora de que aprendiera algo de verdad.

Pese a su afán por reafirmar el control que ejercía sobre los suyos, don Francisco José Borrego sabía que en algunos temas debía ser más cauteloso. Había conclusiones a las que su hijo tenía que llegar por sí mismo, como las relacionadas con sus amistades, por llamarlo de alguna manera. Después de desayunar, se lo llevó a las huertas, a hacer inventario. Fran no entendió muy bien esta expresión hasta que no estuvieron en el Pino de Rocafría, así empezaron a llamarlo todos ese verano por la canción de Queen, *Stone Cold Crazy*. Hasta entonces había sido simplemente el Pino Grande, pero la expresión encajó tan bien en la toponimia fuentegrandina que, unos años después, nadie recordaría que el nombre era reciente. El pino estaba situado en una de las elevaciones más altas de las huertas, desde donde se podía ver claramente la tierra que poseía cada familia de Fuentegrande.

—Sabes que, aunque todavía quedan buenas huertas de otras familias del pueblo, esto está, fundamentalmente, repartido entre tres: las de tu amigo Tomás, las de Alfonso y Rosarito y las tuyas. Siempre me ha gustado cómo has llevado la amistad con Tomás. El chico te tiene una lealtad muy inteligente, no es un líder, y eso te va a ayudar mucho en los negocios con él. —Francisco José Borrego carraspeó. Fumaba tabaco negro y tenía la voz ronca y grave, paseándose siempre por una faringitis crónica que no terminaba de curar—. Pero con Tomás no te puedes casar. —Por fin escupió, y se hizo un breve silencio. Miró su mano derecha y acarició el anillo de oro con forma de sello que había heredado de su padre, y este, de su abuelo, con la certera satisfacción de que Fran lo luciría algún día tan orgulloso como él—. ¿Me entiendes, hijo?

Fran fingió seriedad y le dijo que lo entendía perfectamente. Nunca le llevaba la contraria y siempre le mostraba una comedida sumisión, justo lo que su padre le demandaba, aunque hasta ese día no se dio cuenta de que aquella burla, aquel

enfrentamiento silencioso con el que al final, pensaba Fran, siempre hacía lo que le daba la gana, había calado en su forma de ser más de lo que él era consciente. Miró hacia abajo echando de menos sus antiguas botas Dr. Martens. Ahora llevaba unas funcionales y cómodas zapatillas de deporte. A veces, para el trabajo en el campo, usaba otro tipo de botas, pero hacía tiempo que se había deshecho de su calzado favorito. ¿Dónde estarían? Él no las había tirado; sin embargo, un día decidió que ya no tenía edad para llamar la atención de esa manera, dejó de usarlas y, simplemente, desaparecieron. Se rio en silencio de las desfasadas ideas de su viejo, pero sintió en la boca del estómago una extraña náusea. Miró de nuevo hacia las tierras, lentamente, siguiendo el espacio que su padre había cubierto con sus enormes y trabajadas manos. Sin duda, aquel dolor en el estómago estaba relacionado con la angustia que le provocaba el camino fijado, la predestinación de su vida, pero lo que le ocasionó un extraño desasosiego fue percibir que, en lugar de rabia, tenía una reconfortante sensación de alivio. Como si su vida de adulto empezara en ese momento. Y un adulto, pensó Fran con lucidez, es alguien que cambia libertad por seguridad.

Su padre le dejó a la entrada del pueblo y se fue a hacer su ronda de cada día por las tierras. Cuando llegó a su casa, Lope y Nicolasito estaban vaciando una botella de ron y otra de ginebra en una de las tinajas que tenía su madre en el sótano para preparar el ponche de melocotón. Las chicas se encargaban de traer la fruta picada, y había bastantes chuletas para la barbacoa.

En aquellas fiestas imperaba una ansiedad desordenada, en la que las chuletas se comían entre caladas de porros, y los vasos de plástico en los que se bebían el ponche acababan casi siempre en la piscina, al igual que la ropa de María y Eugenia, que tiraban al agua con el deseo de que las chicas se pasearan en biquini por el sótano durante toda la tarde porque sus camisetas estaban empapadas.

Rosario se libraba de esas gamberradas. La hermana de Alfonso era intocable, pero esta exclusión hacía que ella se sintiera, más que respetada, poco deseada. Esto aumentaba su habitual actitud tímida e introvertida, y se quedaba sentada en el borde de la piscina mientras María y Eugenia correteaban de un lado a otro, bailando y cantando sin dejar de llamar la atención. Rosario sonreía y, a medida que avanzaba la tarde y la tinaja de ponche se vaciaba, iba convirtiéndose en la confidente de aquellos que, ya borrachos, querían cantarle sus penas a una amiga tranquila y receptiva. Fran se percató de esta actitud aquella tarde y comenzó a fijarse en la admiración que todos le tenían. No era algo sexual, ni había ningún tipo de deslumbramiento. Rosario era una auténtica confidente, paciente y discreta, y a Fran este hecho, que hasta entonces le había pasado desapercibido, comenzó a parecerle una virtud. Especialmente cuando la vio mediar en una conversación entre Ángel Crespo y Roque sobre la mierda que estaban componiendo aquellos grupos que habían sido hacía años su música de cabecera. Había empezado a sonar *I Don't Want To Miss a Thing*, la balada que Aerosmith había compuesto para la película *Armageddon*. Cuando Rosario empezó a tararearla, Ángel sugirió que el *hard rock* estaba muerto si

las niñas empezaban a ponerse melancólicas con las canciones de Aerosmith.

—Los grandes grupos de *hard rock* siempre han compuesto estas baladas, Ángel, no tienes ni puta idea de lo que estás hablando —le inquirió Roque, que era un apasionado del género.

—El que no tiene ni puta idea eres tú —se atrevió a contestar Ángel Crespo a Roque el Puntas, con el riesgo que suelen derrochar los puristas, y continuó—: Este año ha sido una auténtica mierda. Axl Rose se ha quedado solo con esa tontería del *Chinese Democracy* y la ausencia de Slash se nota por todos lados, el *Virtual XI* de Iron Maiden es muy blando, y no te menciono ese recopilatorio de versiones raras que ha hecho Metallica porque no quiero cabrearte, pero no me digas que está a la altura del *Black Album*, porque estarías engañándote.

Era cierto que Roque llevaba escuchando ese disco todo el verano porque era un auténtico devoto de Metallica, y lo llevaba a gala como cualquier pasión humana, muy acorde con su personalidad, por otra parte. Por el contrario, Ángel era mucho más sosegado, y su pasión consistía en acumular conocimiento y desarrollar un agudo pensamiento crítico en torno a él. Rosario pensaba que, si Ángel hubiera tenido la oportunidad de estudiar y alejarse un poco de la influencia de Celestino, habría sido un tipo muy interesante. Pero este pensamiento se interrumpió porque Roque, fumado y con más ponche que chuletas en el estómago, empezó a pegar gritos y a insultarle sin mucho criterio, y Rosario recordó que, en uno de los cursos de cocina que Chabela les estaba dando ese verano, habían escuchado una canción de Queen que se llamaba *Stone Cold Crazy*, María les comentó entonces que Metallica la había versionado como un homenaje al grupo británico en su último disco.

En medio del ataque de ira del Puntas, Rosario, con un tono muy suave, se dirigió a Ángel, fingiendo que no estaba escuchando el cabreo de Roque, y le contó lo de aquella versión.

—Creo que te va a gustar, ¿cómo se llamaba la canción, María? —dijo con la intención de implicar a alguien más en el amansamiento de la bestia.

María entró al trapo enseguida, contenta de poder poner alguno de los CD que siempre llevaba a las fiestas sin que nadie hiciera mucho caso a sus sugerencias, y empezaron a escucharla con aprobación, hasta que Roque comenzó a poner más atención en la música que en aquel supuesto insulto. A María le encantó poder meter baza. Su madre la había educado en el gusto por lo que ella consideraba los auténticos clásicos; grupos como Queen, Led Zeppelin o The Who habían formado parte de su vida desde que era muy pequeña, e introducir el interés por ellos entre sus amigos le proporcionaba, a su entender, una posición más digna que la de la tetona del grupo.

Pero el que más satisfecho se quedó fue Fran. No tenía ninguna gana de mediar en una bronca entre Ángel y Roque, a los cuales empezaba a despreciar indulgentemente, igual que todo el puto *hard rock*, del que estaba bastante harto. Aquel año, de hecho, había coincidido con su hermano Nicolás en el gusto por el

último disco de los Red Hot Chili Peppers, *Californication*, y, cuando se hartaban de escuchar gritos y punteos interminables, cortaban por lo sano y cambiaban de tercio con la canción *Scar Tissue*, que sería recordada por todos ellos como la canción más escuchada de la historia. Cuando la cosa se exaltaba demasiado, Tomás imponía la tranquilidad con algo de Oasis, grupo al que casi todos despreciaban, pero que había sonado tantísimo en la radio en los últimos años que nadie era capaz de cortar esa cursi afición de raíz, salvo Eugenia y Alfonso con el último de U2, *Pop*, que también fue muy controvertido entre los seguidores, pero que tuvo mucho éxito. Los fans de U2 son, sin duda alguna, los más fieles, se decían el uno al otro con complicidad.

En ese momento, los que buscaban pasiones más terrenales y menos melómanas, como Celestino o Lope, exigieron una visita urgente a la discoteca porque se aburrían como ostras y querían ligar con las niñas del pueblo, o con las forasteras despistadas que acababan por allí buscando algo de diversión en las largas noches del verano de Fuentegrande.

La última música que Fran Borrego recordaba de la noche anterior eran temas como el *Mambo Number 5*, *Believe*, de Cher, y *My Loneliness*, de Britney Spears. Canciones que, curiosamente, todos acababan bailando tan contentos y felices en medio de las luces de colores.

Aunque él no se fue en absoluto contento y feliz a su casa. No recordaba cómo, pero, en una de esas canciones, sacó a bailar a Rosario. Primero, posó sus grandes manos en los hombros de la chica tímida, en un protector gesto de amistad, pero fue deslizándolas suavemente por sus brazos para pasar a rodearle la cintura, mientras acercaba poco a poco sus caderas a las de ella, que se resistían a moverse con la gracia que aquella música parecía exigir.

Unos segundos después, empezó a besarla en medio de la pista, sin que la chica opusiera resistencia, ni tímida ni introvertida.

Eugenia, con su habitual actitud de superioridad, dejó tranquilamente la copa que se estaba tomando en la barra y se dirigió a la puerta con intención de irse a su casa, no sin antes darle a María un urgente recordatorio para sus amigos:

—Dile a ese hijo de puta que hemos acabado. Y a Rosario también.

Estuvo llorando toda la noche, pero, a medida que pasaban las horas, descubrió que hacía mucho tiempo que no sentía algo realmente fuerte por Fran, y casi agradeció el agravio, que le daba la excusa perfecta para dejarle y ejercer de víctima al mismo tiempo.

Fran Borrego, sin embargo, no lo vio de esa manera. Los besos con Rosario no duraron mucho más, y pudo observar, casi de reojo, cómo su novia salía por la puerta mientras empezaba a sonar *American Woman*, de Lenny Kravitz, y una ira tremenda le invadía el corazón, con ese pinchazo abrasivo que algunos sienten cuando se traicionan a sí mismos y ni siquiera saben por qué.

ASADURA

Esas tormentas de verano, las que impregnan la tierra de un intenso olor a humedad y enrarecen el ambiente, con el cielo nublado y un viento fuerte y serpenteante, aún contaminado de calor, seguro que traen, pensaba Clara, la misma sensación de melancolía en todas las partes del mundo. Nadie sabe muy bien dónde ubicar la morriña. La nostalgia de algo que todavía no ha terminado es, precisamente, la gestora del recuerdo, y un recuerdo no es más que la evidencia de un tiempo muerto.

Después de las últimas noticias y de la aparición de las primeras nubes que anunciaban el final del verano en Fuentegrande, Clara se encerró a armar el largo reportaje que había estado gestando en las últimas semanas. Pese a lo que recomendaban todos los manuales de periodismo, desde el principio Clara Ibáñez había descubierto el tono lento y espaciado de aquella historia. Ese tono le imponía un largo recorrido que no quería quemar en «noticias» por entregas, contadas con prisa y sin una visión global de todo lo ocurrido. En otro tiempo, se habría exigido a sí misma este método, infalible, según los popes de la prensa amarilla, para seguir vendiendo periódicos; pero el contexto en el que se movía —el paisaje, la comida, la gente, la forma de danzar que tenía el tiempo en toda la comarca—, le habían cambiado la perspectiva, y su narrativa se había vuelto, casi sin avisar, más pausada y reflexiva, aunque, como casi siempre ocurre con los cambios, aquello no era algo premeditado. Simplemente, se había encerrado a escribir la historia porque quería huir de las lluvias.

Pensar en esas lluvias, las de finales del verano, era pensar en Marcos, en el cementerio, en el dolor enterrado y en ella misma oliendo a soledad y a tristeza.

En los últimos días, el sexo con Fernando le había nublado los recuerdos y, de alguna manera, tenía la sensación de que aquella relación de complicidad tan fuerte —la risa compartida, el deseo que detiene el tiempo, las conversaciones hasta el amanecer con las piernas desnudas, entrelazadas, como si quisieran atrapar aquellas horas, y también los silencios, todo aquello que no se decían, con la lucidez que da la certeza de lo efímero—, eran un placebo, una falsa cura de aquel año terrible.

La lluvia llegaría y todo volvería a estar quieto. El agua haría que aquel quejido silencioso regresara a sus mañanas de *footing* sobre el asfalto, a sus horas en la oficina, a los *whiskies* de la noche y a las inquietantes madrugadas. Pero todo eso tendría que pensarlo más tarde, porque, con el cambio de tiempo, llegó la noticia del acuerdo para la venta de las huertas a Depwater. Tomás, Alfonso, Rosario y Francisco José Borrego habían decidido venderlo todo a la vez a la empresa de aguas, que, desde el principio, había insistido en que solo le interesaba la explotación de las tierras si se llevaba el paquete completo. Los trabajadores de las huertas cobrarían una buena indemnización y muchos de ellos serían contratados por Depwater para trabajar con la maquinaria de extracción, con las depuradoras o con las obras de las nuevas infraestructuras que la puesta en marcha del proyecto requeriría. Otros no

volverían a trabajar jamás.

Unos días antes, cuando se confirmó la noticia de la firma, Clara ya sabía que Roque el Puntas y Nicolás se habían reunido con Tomás, Alfonso y Fernando Alegría para negociar, fundamentalmente, la posición en la que quedaría el propio Roque dentro de la nueva estructura. Cuando este hubo garantizado que Depwater lo contrataría como jefe de obras, y que su situación en las huertas sería incluso más relevante que la que tenía en ese momento, se comprometió a calmar los humos rebeldes que venían de las huertas y que, en buena parte, habían sido alentados por él mismo. Cómo lo hizo y a quién engañó era algo que Clara todavía no sabía, tenía pendiente esa visita a las huertas.

Pero antes Fernando le debía una entrevista, con la ropa puesta y recuperando cierta seriedad que, por otra parte, no les vendría mal para insuflar algo de fría realidad a la inminente despedida.

Se citaron fuera del pueblo, en uno de los chiringuitos que había cerca de las playas de Cansinos, donde todavía lucía el sol. Tenían ganas de pasar un rato juntos, fuera de las cuatro paredes de una habitación. Además, a Clara le interesaba hacerle una entrevista formal, y Fernando, que en aquellos días se había enamorado como un idiota de la periodista —cosas del sexo fuerte y lo prohibido, se decía a sí mismo para quitarle importancia al asunto—; tenía la necesidad de contarle a su confidente algo que le estaba carcomiendo de curiosidad, una cláusula extraña que se había colado en la firma del acuerdo con los propietarios de las huertas. Era algo que se había firmado en absoluta confidencialidad y que a él no dejaba de parecerle un enigma con el que cotillear un poco con Clara, sin darle mayor importancia.

Primero, dejó que la periodista le hiciera las preguntas habituales sobre los términos del acuerdo, una información pactada y cerrada entre las partes: como las fechas de ejecución, la inversión que haría Depwater, los puestos de trabajo que calculaban podían crearse. Cifras fáciles y positivas, si no se metían demasiado en la cuestión medioambiental, para la que Fernando, por supuesto, también tenía buenas y bien preparadas respuestas.

Un par de cervezas más tarde, Clara se había quitado las sandalias y jugueteaba con la arena, todavía caliente, aunque el sol se había puesto hacía un rato largo. Consideró que tenía toda la información que necesitaba y, si no la tenía, tampoco iba a esmerarse mucho más. Se disponía a olvidarse por completo de Depwater cuando Fernando, con la mirada brillante y la expresión socarrona, cogiendo el vaso con las dos manos, como un niño pequeño que va a confesar una gamberrada, le susurró:

—Hay una cosita más, pero no se lo puedes decir a nadie.

Parecía como si en realidad quisiera tontear con ella, más que hacerle una confesión importante, y Clara le siguió el juego, con un «cuenta, cuenta» frívolo y divertido.

—Cuando te digo que no se lo puedes decir a nadie es que si lo escribes se va todo a la mierda y a mí me echan mañana de la empresa.

Clara frunció el ceño y tuvo el deseo de decirle a Fernando que, en tal caso, no se lo contara. No sabía si podría mantener esa promesa, pero su instinto le decía que, si hacía eso, podría perder una clave importante, así que le siguió la corriente. Primero se enteraría de lo que pasaba y luego vería lo que hacía con esa información. Cuando Fernando empezó a hablar, casi se arrepintió:

—Han incluido a una persona más como beneficiaria de la venta. —Fernando sonrió, satisfecho por la cara de expectación que había provocado en Clara—. Es María, la hija de Chabela.

Algunos silencios pueden ser confortables. Aquel no lo fue. La seriedad de Clara pilló a Fernando, que ya se imaginaba follando a la luz de la luna, completamente desprevenido, y se vio obligado a emular el rictus de la periodista.

—No puedes soltarme una cosa así y decirme que no puedo investigarlo. Tengo que hablar con Chabela. Todavía no sé si lo voy a utilizar, pero tengo que hablar con ella.

Ni la luz de la luna ni la música suave de las olas a lo lejos ni el olor a mar ni el deseo callado que ambos seguían sintiendo el uno por el otro lograron salvar aquel incómodo momento. Se miraron un par de veces, tratando de encontrar esa complicidad bonita y fácil; eso es algo que nunca se acaba y, si tienes la suerte de encontrarlo, debes conservarlo como sea. Pero, cuando la decepción te pilla por sorpresa, lo único que puede salvar una relación es la intimidad, y aquello era algo para lo que Fernando y Clara no estaban preparados. Ambos sonrieron. Mientras les traían la cuenta, Clara cogió a Fernando de la mano y, con una actitud de disculpa, le dijo que no se preocupara: pasara lo que pasara lo iba a hacer bien, le aseguraba que no le iba a salpicar de ninguna manera. Era una actitud excepcional en Clara. No le gustaba disculparse y odiaba coger y que la cogieran de la mano. Fernando lo sabía y no quería, de ninguna manera, que Clara comenzara a ser complaciente con él, que sintiera que se lo debía por motivos que ninguno de los dos se atrevía a mencionar. Le soltó la mano y se acercó a ella tanto que pudo acariciarle la espalda, dibujando con sus dedos pequeños círculos suaves.

—Lo que tenemos que hacer, cuando termine todo esto, es irnos a bailar.

Entonces, rieron de verdad.

Decidieron regresar. Irían a Las Rosas a tomarse una copa con Chabela como si no pasara nada y Clara intentaría averiguar por qué María era beneficiaria de la venta de las huertas.

El ambiente parecía ajeno a las tormentas que esa semana inundarían las calles de Fuentegrande. Había una agradable brisa que venía de la sierra, pero Chabela no estaba en la terraza, sino en la parte de atrás, donde tenía un porche privado, en el que no podían entrar los clientes del hostel, aunque sí Clara, y donde estaban las macetas de hierbabuena, menta, orégano, albahaca y culantro. Ingrediente fundamental en muchos de sus platos, como, por ejemplo, de la asadura que había preparado esa tarde.

Los saludó muy seria y les puso las copas sin muchas ganas, algo que extrañó todavía más a Clara, que conocía bien a su casera y que nunca le hacía ascos a un buen trago. Comenzaron a comentar el único tema del que se hablaba ese día en el pueblo: la venta de las huertas, pero Chabela les pidió, por favor, que lo dejaran. Estaba harta de esa historia.

—¿Y María? —preguntó Clara al rato, extrañada de no ver a la chica.

A Chabela se le enrojecieron enseguida los ojos. Cogió su vaso de *whisky*, pero no bebió, lo mantuvo suspendido frente a su boca durante unos segundos.

—María no está.

Fernando entendió que su presencia comenzaba a molestar y se excusó, diciendo que al día siguiente tenía que levantarse temprano para ir a las huertas.

—Nos vemos mañana, recuerda. A las nueve en la cafetería.

Le dio pena no despedirse de él en condiciones, pero quiso quedarse con Chabela, en silencio, como hacían muchas noches, con esa tranquilidad familiar que no obliga a tener conversaciones sobre nada, solo acompañarse.

Las estrellas se fueron desdibujando lentamente, unos nubarrones anaranjados cubrieron el cielo y, poco a poco, se fueron oscureciendo hasta que todo fue gris, casi negro. El viento apagó la vela que Chabela había encendido y puesto sobre la mesa, como hacía muchas noches, pero ninguna de las dos hizo nada por intentar encenderla; y así se quedaron, en la ceguera de la madrugada, fumando y bebiendo hasta que Chabela se secó las lágrimas que durante los minutos anteriores le habían recorrido las mejillas, sin gemidos ni aspavientos, como si estuvieran de paso por la cara de su dueña, pero, en realidad, no le pertenecieran. Clara esperó paciente y, al final, Chabela comenzó a hablar:

—Quise abortar. Cuando me quedé embarazada hice todo lo posible por conseguir el dinero suficiente para irme a Londres, pero mis padres no quisieron ayudarme. Aquí era imposible, tampoco en Cansinos, y en la capital no conocía a nadie que pudiera hacerlo. Tenía diecisiete años y les había dado un disgusto tan grande a mis padres que desistí del asunto. Como te podrás imaginar, el disgusto no fue porque me quedara embarazada siendo tan joven, sino por no estar casada y no querer señalar al autor de la «faena», así lo llamaba mi abuela, qué graciosa era. — Chabela sonrió por primera vez en toda la noche—. Fue la que mejor se portó conmigo, me enseñó todas las recetas y me miró siempre igual, como si no hubiese pasado nada.

»El caso es que, al no querer revelar un secreto que consideraba no le incumbía a nadie, el rumor empeoró y, en la historia de Fuentegrande, se instauró el mito de que podía haber sido cualquiera, que ni yo misma lo sabía. Era muy golfa, pero mejor me lo pasaba, y me lo seguí pasando, no te creas, aunque aprendí a ser mucho más discreta, sobre todo por María. Lo que pensara la gente me daba igual.

Chabela hizo una pausa. No quedaba hielo. Se levantó a por más y volvió en un minuto. Parecía más animada. Rellenó los vasos de las dos y Clara, con la vista ya

acostumbrada a la oscuridad, pudo ver cómo la expresión de Chabela comenzaba a encenderse.

—Creo que fue la experiencia más intensa que he tenido en mi vida. Tal vez me equivoque y sea solo el recuerdo de la fascinación que sentía en ese momento. Yo, una cría que no tenía ni idea de nada, y él, un pedazo de hombre que sabía exactamente de todo. Pero a los diecisiete años no te tomas nada en serio, hay una inocencia lasciva a esa edad. No piensas, solo actúas.

»Llevaba un tiempo fijándome en él porque sabía cómo me miraba, y la excitación que le provocaba me gustaba. Creo que es algo que le sucede a la mayoría de las mujeres. Una noche me fui con unos amigos a las fiestas de uno de los pueblos de la comarca. Llevábamos solo un coche y yo me aburría tanto que empecé a preguntar quién me llevaba a Fuentegrande. En realidad, tuve suerte, porque me podía haber pasado algo mucho peor, imagínate. Pero lo que me pasó es que me encontré con él, y no se lo pensó dos veces. Entonces tenía una camioneta, no me acuerdo de lo que hablamos por el camino, pero sí de que me fascinaba su enorme brazo, cambiando las marchas con esa seguridad y ese poder que irradiaba. No entró en el pueblo. Giró a la izquierda por la carretera que llevaba a sus huertas y paró en un claro que hay antes de la primera cancela. No quise desnudarme enseguida, no me creía lo que estaba pasando, pero sí que le desabroché la camisa y los pantalones. Es un hombre muy alto y, por aquel entonces, tenía el cuerpo moreno y fuerte del trabajo en el campo. Me cogió por el cuello y bajé la cabeza. Sabía lo que quería, no era la primera vez que se la chupaba a alguien. Mientras se lo hacía, deslizó la mano por mi espalda, me acarició el culo y jugó un rato con mi clítoris. Luego, me metió un dedo, y comprobó que estaba tan caliente que cabía otro más, y hasta un tercero. Creo que esto fue lo que le hizo perder el control, porque me levantó, me quitó los vaqueros, que hasta entonces habían estado simplemente desabrochados, y me montó encima de su polla. «Viólame, niña», me suplicaba mientras yo me quitaba la camiseta y las tetas volaban delante de sus ojos, hasta que las cazó entre su lengua y sus manos y los gemidos fueron solo míos.

Chabela calló de nuevo. No terminaba de romper a llover, pero el cielo estaba completamente cubierto. Clara se sirvió otro *whisky* y rellenó el de su amiga, que estaba casi entero. Mientras intentaba calcular por dónde iba el líquido, la oscuridad no ayudaba, comenzó a entender lo que Fernando le había contado. El relato directo y sin tapujos de Chabela no la había sorprendido, estaba acostumbrada a sus narraciones intensas y sin miramientos, pero lo que aquella escena tan explícita escondía era algo mucho más importante y, sin más explicaciones sentenció:

—Por eso María no está, porque hoy se ha enterado y se ha ido.

—Por eso María no está aquí, pero irse no se ha ido a ninguna parte porque el coche sigue en el aparcamiento. Estará por ahí, intentando asimilar la noticia, supongo —dijo Chabela, e hizo una gran pausa. Todavía no había salido del trance de

aquel recuerdo.

—Me dejó en la entrada del pueblo. Las piernas me temblaban tanto que todavía no sé cómo llegué hasta el hostal. No podía dormir, así que me fui a la cocina, más por entretenimiento que por hambre. Mi abuela había hecho asadura. Cada vez que me encuentro con Francisco José Borrego me viene el sabor fuerte y seco del hígado a la plancha, suavizado con el aliño de culantro, aceite y vinagre. Se toma frío, pero aquella noche estaba templado.

TODOS LOS HIJOS DE PUTA SE PARECEN A SUS PADRES

Cuando todavía eran muy pequeños como para andar solos por las huertas, Francisco José Borrego se llevaba a sus hijos a nadar a las pozas. De vez en cuando, los acompañaban los hombres de las huertas, llevaban cervezas o alguna garrafa de vino y se emborrachaban a la sombra de alguna encina mientras los niños aprendían a nadar. Los hombres no se bañaban. Pero un día de calima, con el bochorno del mediodía impregnando el ambiente y la cerveza haciendo efecto sobre las cabezas inhibidas de aquellos grandes machos, decidieron acompañar a los niños, a los que, además, se sumó el Loco Sebastián, cuando todavía no era ni loco ni amigo de ellos, ya que tenía unos cinco años más que Fran, pero su padre trabajaba en las huertas y coincidió que ese día estaba con él.

Muchos se metieron en calzoncillos, pero Francisco José Borrego, para presumir de osadía y de verga, lo hizo desnudo. A todos llamó la atención el enorme trébol que tenía dibujado en la nalga izquierda, aunque, por supuesto, ninguno se atrevió a comentarlo, exceptuando a Nicolasito, que no sumaba los cuatro años y al que llamó poderosamente la atención la mancha de nacimiento de su padre: «Hala, papá, qué mancha más rara, parece un trébol», y, para evitar el cabreo de su padre, Fran se adelantó y le dio un capón fuerte a su hermano, diciéndole que eso no se miraba, ni se decía, ni se pensaba. Y la cosa quedó en la memoria de los chicos, sin más importancia.

«Todos los hijos de puta se parecen a sus padres» era un dicho bastante común en Fuentegrande. Especialmente, entre las señoras cuyos maridos tenían lo que antiguamente se llamaban «queridas» y las dejaban embarazadas. Curiosamente, el dicho solía cumplirse, al menos en la parte del parecido de los bastardos a sus padres, como una especie de castigo divino tanto para las madres como para los progenitores. La marca del pecado, pensarían las beatas desocupadas. Pero la marca de María nunca estuvo en el parecido con Francisco José Borrego. Para bien o para mal, la niña salió clavadita a su madre y nadie pudo demostrar las numerosas especulaciones sobre el hombre que dejó embarazada a la golfa de Chabela. La marca era una mancha real y poco visible. En el cachete izquierdo del culo tenía el mismo trébol enorme que escondía su padre, algo que hubiera pasado desapercibido durante toda la vida si no fuera porque, como todo el mundo sabe, los hombres hablan, y mucho.

Aquel verano, cuando después de tantos años María y Lope Tapón empezaron a follar, el chico quedó prendado de aquella mancha, especialmente porque la descubrió en una postura extremadamente succulenta como para no contarla. Todos lo aplaudieron y envidiaron. Además de unas tetas enormes, la buena de María tenía una marca erótica. La idea era perfecta, salvo para Fran y para Nicolás, que tardaron en digerirlo. En especial Nicolás, al que la imagen de aquel recuerdo empezó a rondarle

como un susurro cobarde que el destino quisiera cobrarle a su inocencia, ya que, algunos años atrás, él mismo se había liado un par de veces con María, y la idea empezó a repugnarle. Fran, sin embargo, lo dedujo enseguida y quiso hablar con su hermano esa misma noche. Aquello era un secreto que se llevarían con ellos a la tumba, por evitar el escándalo en el pueblo y el bochorno a su madre, argumentaría. Aunque lo primero que pensó, en realidad, era que una tercera heredera de las huertas, alguien que pudiera reclamar su parte, no entraba en sus planes de futuro, y, desde luego, no iba a entrar nunca.

Fue un secreto que los dos hijos le guardaron a su padre, sin saber que el propio Francisco José Borrego no tenía ni idea de este asunto. Alguna vez se le había pasado por la cabeza, pero, como suele ocurrir con las verdades desagradables, había preferido hacer caso a los rumores del pueblo y pensar que aquella niña podía ser de cualquiera, de cualquiera menos de él.

El único problema era el Loco Sebastián, que había estado presente tanto en el baño de las pozas como en la confesión de Lope, y fue al primero al que Fran miró en cuanto el Tapón soltó aquella prenda. Pero Sebastián estaba dándole una calada al último porro que se había hecho Roque, y aunque se rio y aplaudió igual que los demás, no había ningún atisbo en su expresión que indicara que había hilado lo mismo que él y su hermano. No iba a preocuparse por un tío medio tonto que casi nunca se enteraba de nada por lo colocado que iba, de hachís o de pastillas, le dijo Nicolás cuando lo comentaron.

—Bueno, ya veremos, habrá que tenerlo vigilado.

Aquel fue el primer verano desde que iba a Fuentegrande en el que Eugenia Pereira pasó más tiempo en casa de sus abuelos, en Cansinos, que en el propio pueblo. Todos pensaron que era porque estaba todavía dolida con Fran, especialmente porque, a lo largo del año, Rosario y él habían empezado a salir en serio, y ahora incluso se hablaba de boda, pero Eugenia no sentía en absoluto ningún rencor por esta cuestión, aunque le venía bien para no tener que explicar que, simplemente, se aburría mucho en Fuentegrande. Le daba una enorme pereza seguir haciendo las mismas cosas de siempre, tener las mismas conversaciones idiotas, estar siempre con la misma gente. Solo echaba realmente de menos a María y a Rosario, con la que pudo arreglar las cosas la última semana de agosto, cuando su padre la obligó a pasar unos días con él y con Orestes, por muy poco que le apeteciera.

Descubrió que Rosario era una de esas amigas fáciles con las que puedes ser sincera y que rara vez ponen obstáculos a una conversación directa. No tuvieron que repetirlo ni una sola vez, ambas sentían lo que había ocurrido, pero ellas estaban por encima de esas cosas. A María le encantó que Fran Borrego quedara de pronto relegado al papel de «esas cosas», y cierta intimidad, más pausada que en la adolescencia, cobijó a las tres amigas que, por primera vez en mucho tiempo, prefirieron pasar el tiempo a solas. De alguna manera, intuían el cambio que se estaba gestando entre todos ellos.

La fractura se hizo evidente cuando Fran empezó a capitanear formalmente las huertas como segundo de su padre y Roque, por fin, a ejercer de capataz. La nueva relación del grupo no tuvo marcha atrás, aunque el único que pareció no sentirlo fue el propio Fran, que casi nunca pasaba ya por el gimnasio y prefería aislarse con Tomás y relacionarse con los hombres mayores. Incluso iniciaron en la taberna de Justo las famosas partidas de póquer, a las que ni Lope, Sebastián, Celestino, Ángel, ni siquiera Roque estaban invitados, al menos al principio, mientras circulaban de la antigua camaradería al actual caciquismo. Unos años después, todos volverían a jugar juntos a las cartas, pero, para entonces, la amistad real había desaparecido, apenas quedaba un poco de lealtad. No lo recordarían pero, ese verano de la transición, la fiesta de cumpleaños de Tomás estuvo teñida de una extraña sensación de pérdida.

Nadie echó en falta a Sebastián, que no había dado señales de vida en todo el día, ni siquiera Roque. Cuando los padres se fueron y quedó abierta la veda de los porros, fue María la que preguntó por él. Celestino les contó que había oído que su hermana, que tenía cáncer desde hacía un par de años, estaba en las últimas, y que, seguramente, se habría quedado acompañándola. Debía de estar muy mal, porque la pequeña, la que trabajaba en la pescadería de Cansinos, había vuelto al pueblo después de mucho tiempo, aunque por lo visto no tenía intención de quedarse ni de llevarse a Sebastián a vivir con ella. Rosario, a la que siempre acompañaba esa actitud recta y responsable, fue la primera que pensó que Sebastián no podía vivir solo, alguien tenía que procurar que comiera en condiciones y que tomase las pastillas con cierta regularidad. De hecho, estaba empeñada en intentar que dejara de fumar y de beber, por muy divertido que les pareciera a sus amigos, pero no le comentaría nada a Fran, no veía qué interés podía tener su novio en cuidar del Loco Sebastián, y, últimamente, no hacía nada si no veía un beneficio directo para él.

A los pocos días acudieron al entierro de la hermana y no quisieron dejar pasar demasiado tiempo antes de visitar a su amigo. A Eugenia la culpa la acompañaba desde que le dieron aquella paliza, más aún cuando el Loco se le acercaba de vez en cuando, medio colocado, y le pedía perdón por aquel bocado que, seguramente, ni siquiera recordaba.

«Tengo que pedirte perdón yo a ti, Sebastián», le decía Eugenia muy bajito, casi para que el muchacho no se enterara. De alguna manera, le seguía teniendo algo de miedo, aunque estaba convencida de que era un sentimiento irracional, fomentado más por lo que opinaba la gente que por lo que su instinto le decía.

Por el contrario, María, que según la eficaz rumorología de Fuentegrande había sido educada por una jipi sin mucho criterio moral, nunca había tenido una actitud distante con Sebastián, pues esa educación tan jipi le había proporcionado, entre otras cosas, una buena dosis de ausencia de prejuicios y Chabela, al contrario que el resto de las madres, se había solidarizado desde siempre con la enfermedad del chico, actitud que María fue imitando a lo largo de los años.

Las tres amigas se responsabilizaron de Sebastián de una forma muy natural.

Rosario se encargó de que Alfonso le prestase al muchacho la atención médica que necesitaba. María lo obligaba a pasar por Las Rosas al menos una vez al día para que comiera en condiciones y, cuando estaba en la facultad, le dejaba el testigo a Chabela, y Eugenia se hacía cargo de la economía de la casa de Sebastián, se aseguraba de que las facturas estuvieran pagadas y hacía un seguimiento, más o menos exhaustivo —no era fácil desde la ciudad—, de los gastos que tenía.

Esta actitud, aparentemente solidaria, no extrañaba a nadie en exceso; al fin y al cabo, se habían criado juntos, e incluso era aplaudido por los pocos que se enteraban de las acciones de las buenas samaritanas, que intentaban, por otro lado, que estos cuidados no llegaran a oídos de Fran Borrego.

El porqué de este pequeño secreto, algo tonto, pero nada difícil de llevar a cabo, se gestó, precisamente, el día del entierro de la hermana de Sebastián. Las tres fueron a visitarle aquella misma noche, pues sabían que se había quedado solo y no querían que hiciera ninguna tontería.

Le llevaron un bizcocho de limón que había preparado Chabela, al Loco le encantaban los dulces, y se lo comieron con él mientras escuchaban algo de música y jugaban a las cartas, por pasar el rato.

—Yo quiero ver ese trébol, María —soltó de pronto, entre una risa guasona y cara de picardía.

María se quedó petrificada. Miró a sus amigas, que se lo habían visto en muchas ocasiones a lo largo de los años, y las tres empezaron a reír.

—Me parece que el Tapón se ha ido de la lengua —dijo Rosario mirando sus cartas e intentando no darle mucha importancia, aunque María se había puesto colorada.

Se hizo un silencio que avivó la memoria del Loco, soltándole aún más la lengua. Aunque ahora no se reía. Tenía esa mirada perdida que siempre le acompañaba, pero la lucidez se hizo eco en sus palabras.

—¿Sabéis quién tiene un trébol así de grande en la nalga izquierda?

MIGAS CON SARDINAS

El frío que venía de la sierra solía ser seco. En invierno las pieles se agrietaban y el pelo de las mujeres se volvía lacio y lánguido. Era un frío afilado, pero noble. Si te abriganas bien, si encendías la chimenea, conseguías aplacarlo. Era diferente cuando el verano comenzaba a morir. El cielo permanecía nublado durante lo que parecía una eternidad y, si el viento soplabá del sur, todo era humedad y bochorno. Las cabezas de los fuentegrandinos parecían sostener el paso de las mareas, y la gente solía caminar con el entrecejo fruncido y una sensación de pesadez inexplicable, como si los cuerpos no tuvieran movilidad porque las mentes estaban encerradas en una bóveda de nubes plumizas.

En esos días, Chabela no necesitaba mirar al cielo para saber lo que habría en el almuerzo. Lo primero que hacía cuando llegaba a la cocina era tocar el pan del día anterior, que adquiriría todas las propiedades húmedas y espesas de aquel ambiente.

—Hoy toca migas —dijo para sí misma, aunque Clara estaba a su lado, dándole el último sorbo al primer café de la mañana, mientras esperaba a Fernando para ir a las huertas.

Pero no era solo cosa de Chabela, los días nublados y húmedos, hubiera lluvias o no, en todas las casas del pueblo se preparaban migas; incluso en las huertas, los jornaleros se llevaban el pan que sus mujeres habían partido con pericia en rebanadas finas, de menos de un centímetro. En las casuchas donde guardaban los utensilios de labranza, solía haber también unas grandes ollas, no muy profundas, y unas palas de madera con el brazo muy largo que servían para terminar de machacar aquellas rebanadas, y, al calor del fuego, acompañadas de muchos dientes de ajo con piel y poco aceite, iban transformándose en migas. En muchas zonas de la comarca les echaban torreznos, chorizo o cualquier tipo de carne con bastante grasa, pero en Fuentegrande las hacían con sardinas. Había que asarlas a primera hora de la mañana, para que diera tiempo a que se enfriaran bien, y así poder quitar la piel y las espinas con facilidad, aunque siempre se colaba alguna en el plato.

Las migas, sin embargo, había que hacerlas justo antes de comerlas, porque si no se echaban a perder, aunque aquel día pocos tendrían ganas de cocinarlas.

Cuando Clara y Fernando entraron en la parcela donde solía estar Roque el Puntas, vieron el coche de Celestino y Ángel. No les habría parecido algo anormal, pero tenía las luces encendidas, y el llamativo movimiento ordenado y molesto del rojo y el azul sobre el paisaje gris de aquella mañana resultaba, más que extraño, algo inquietante. Fernando aparcó a una distancia prudente, y bajaron del coche, cerrando las puertas con cuidado, como si quisieran colarse en una fiesta. Clara observó que, dentro del coche, en el asiento de atrás, había un hombre o, más bien, la silueta de un hombre que le sonaba bastante, pero que, desde esa distancia, no podía identificar.

Sin embargo, justo cuando Celestino se dio cuenta de que Clara y Fernando se acercaban y se dirigió a ellos con cara de cabreo, Clara pudo ver aquel perfil que

tanto le había llamado la atención en el entierro de Fran, aquella nariz puntiaguda, tan exageradamente afilada que parecía de mentira, como un postizo de algún disfraz de pájaro. Era el hombre al que Eugenia Pereira había abrazado después de saludar a Rosario.

Clara se envalentonó al ver el paso ligero y directo de Celestino hacia ella:

—Me voy a enterar tarde o temprano, por qué no nos facilitas la vida por una vez a los dos y me cuentas qué coño ha pasado.

—No puedes estar aquí, Clara, estamos en medio de un interrogatorio.

Clara miró por encima de los anchos hombros de Celestino y comprobó que Ángel estaba hablando con Roque y con Francisco José Borrego, y que este tenía las manos esposadas.

—¿Habéis detenido al Borrego? —inquirió de pronto Fernando, más preocupado por cómo ese incidente podía darle mala prensa a Depwater que por el hecho en sí.

—Hemos tenido que hacerlo para tranquilizarlo, lo soltaremos enseguida —contestó Celestino con un suspiro de resignación—, pero, en serio, no puedo dejar que os quedéis. Clara, si quieres nos vemos después en la taberna de Justo y yo mismo te cuento lo que ha pasado.

Para suerte de Clara, no haría falta esperar hasta el mediodía. Cuando la periodista y el hombre de Depwater emprendieron el camino de vuelta hacia el pueblo, convencidos de que nunca sabrían lo que realmente había ocurrido, vieron a Nicolás Borrego sentado debajo de un castaño cercano a la carretera y pararon el coche.

Nicolás Borrego no tenía la complexión grande y fuerte de su padre y su hermano; era más bien delgado, aunque sí bastante alto. Había heredado la piel cetrina y los ojos verdosos de su madre, por eso Clara, en un principio, no lo había identificado como de la familia Borrego, aunque en las últimas semanas lo había fichado porque le interesaba hablar con él: se había mostrado siempre bastante escurridizo.

Estaba sentado en el suelo, con los codos apoyados en las rodillas, mientras se apretaba las sienes con las manos huesudas y muy estropeadas, seguramente por el trabajo del campo, pensó Clara.

Pareció no percatarse del sonido de las puertas del coche al cerrarse ni de los pasos que se acercaban hacia él. Hasta que no estuvieron muy cerca no levantó la cabeza, con algo de miedo pero, sobre todo, con sorpresa en la mirada.

Clara Ibáñez no quiso dejarle reaccionar, seguramente, el primer gesto de aquel hombre, mucho más joven de lo que su aspecto ajado mostraba, habría sido de rechazo, así que enseguida le preguntó si se encontraba bien, si podían ayudarle en algo.

Un «no» tembloroso dejó la conversación suspendida. Nicolás Borrego miró a un lado y a otro como si quisiera encontrar en el horizonte la respuesta a todo lo que había pasado. En el silencio, un viento caliente movió las hojas de los castaños y,

como todos esperaban desde hacía varios días, empezó a llover.

Nadie se movió, ni siquiera cuando la tormenta apretó y las ropas comenzaron a calarse. El agua traía una cierta sensación de alivio. Después de tantos días de bochorno encapotado, las gotas parecían venir a limpiar un lodo invisible. Así lo pensó Clara cuando Nicolás Borrego empezó a hablar, como un niño pequeño que se confesara por primera vez.

Unos días antes, Celestino y Ángel habían registrado las casuchas de las huertas —no todas, solamente las de las parcelas por donde se movían los más allegados a Fran—, y habían encontrado una azada con restos de sangre, muy poca, pero la suficiente para que el análisis forense corroborara que era la sangre de Fran Borrego. Al parecer, Roque, que muchas noches hacía ronda por las huertas, como un puto perro guardián, fueron las palabras de asco que utilizó Nicolás, había visto entrar al Loco Sebastián la noche que mataron a Fran en la casucha donde encontraron la azada, y hoy se habían presentado en las huertas para detenerle, no sin antes avisar a Francisco José Borrego, que, cuando se enteró, cerró las manos hasta que las palmas le sangraron, por la presión de las uñas, y, sin dejar de apretar la mandíbula, le ordenó a Nicolás que lo llevara a las huertas, él no era capaz de conducir en ese momento.

Cuando llegaron, se abalanzó sobre él como una alimaña, sin que nadie moviera un dedo por detenerlo. Nadie salvo Ángel Crespo, que, por primera vez en su vida, se arriesgó a contrariar a Celestino y, con una fuerza desconocida incluso para él, consiguió alejar al furioso Francisco José Borrego del desconcertado Sebastián.

Mientras le ponía las esposas, Francisco José juró: esta me la vas a pagar, Angelito, no te metas donde no te llaman. Pero Ángel Crespo parecía no oír, ni ver, ni temer nada del viejo. La sensación de impotencia y aquellas miradas de frialdad que de pronto le rodeaban hicieron que el hombre se derrumbara.

Nicolás Borrego vio a su padre llorar la muerte de su hermano mayor, con las manos esposadas y las rodillas en el suelo, mientras las palabras salían de su boca de una manera entrecortada y torpe.

Al parecer, la noche de la muerte de Fran, Roque el Puntas se había enterado de la cita de este con Fernando Alegría. Alfonso y Tomás estaban de acuerdo en firmar esa misma noche, y Fran había decidido hacerlo todo a escondidas de su padre, esperando que la presión de Depwater acabara con la indecisión del viejo una vez que tuvieran la mayoría de las parcelas en su poder.

Lo que más le dolió a Francisco José Borrego fue el motivo por el que Fran iba a hacerle semejante canallada. Si había algo que el Borrego siempre quiso inculcar a sus hijos desde pequeños era la importancia de la fortaleza. La debilidad era un mal mucho mayor que la traición, aunque fuera la traición a sí mismo. Roque el Puntas, preocupado por su futuro y abusando de la única carta que el destino le había ofrecido, la sumisión, le explicó que Fran se había emborrachado más de lo normal un par de noches atrás en la taberna de Justo, tanto que tuvo que llevarle él mismo a casa, y, medio inconsciente, le confesó que pensaba abandonarlo todo, que ya no

aguantaba más, que se iría con Eugenia lejos de Fuentegrande. Eso era lo que había querido hacer siempre.

—Pero Eugenia no quería eso —interrumpió Clara, sorprendida por la seguridad con la que Nicolás daba por sentada aquella parte de la historia.

—No fue eso lo que Fran le contó a Roque. Eugenia le había estado dando largas durante muchos años y parece ser que al final le dijo que sí.

Clara comprendió el engaño de Eugenia, tal vez no quería confesar semejante cosa para, como ella misma le había dicho, no hacer más daño del necesario a Rosario.

Cuando Roque le contó esto a Francisco José Borrego, este se dirigió en su enorme coche hacia el camino de los álamos para impedir la reunión, pero se cruzó con Fran mucho antes, justo a la salida del pueblo, pasado el cruce en el que estaba la taberna de Justo. Fran se volvió al oír la llamada del claxon. El coche se detuvo y la furia de su padre se dirigió hacia él. No había nada que decir, o al menos eso pensaron los dos. El puño grande y redondeado de Francisco José Borrego voló hacia la cara de su hijo; este intentó evitarlo, pero le alcanzó en la sien. El anillo de oro rasgó la piel, la cabeza de Fran retumbó y el cuerpo se tambaleó un segundo hasta caer al suelo. Fue la sangre brotando lo que detuvo al Borrego padre de seguir pegando a su hijo hasta matarlo. Era su sangre también, le pertenecía, como le pertenecía la tierra fértil de las huertas.

Nicolás Borrego lloraba desde hacía un rato, pero llovía tanto que las lágrimas no se distinguían en su cara empapada. El olor intenso que desprendía el agua sobre la tierra distrajo por un segundo a Clara. Vio que Fernando no se había movido de su lado y, por primera vez en mucho tiempo, agradeció tener un compañero. Los tres tenían la ropa mojada, el frondoso castaño no había evitado que la tormenta los calara, pero no parecía importarles. Nicolás Borrego calló durante unos segundos y, cuando ya creían que había terminado su confesión, Clara se agachó y lo miró a los ojos, rompiendo el silencio:

—¿Y qué pasó, Nicolás? ¿Lo dejó allí tirado?

—No, claro que no. —Reaccionó ofendido—. Mi hermano era un hombre muy fuerte, seguramente el golpe le dejó tocado, pero eso no fue más que el principio. Volvieron a mi casa, a casa de mis padres, quiero decir, y tuvieron una gran discusión. Fue entonces cuando salió el tema de María. —Nicolás los miró a ambos, buscando en los ojos de sus interlocutores algo que indicara que estaban al corriente del nombramiento de María como heredera de una parte de las huertas—. Eso fue lo que derrumbó a mi padre, aunque no era lo que Fran pretendía. Le explicó que tenían que vender porque, si por casualidad María se enteraba de que el Borrego era su padre, seguro que querría sacar tajada de la venta, era muchísimo dinero y podían perder una parte importante. No era más que una excusa, una carta que Fran tenía guardada, pero la sorpresa fue que mi padre no tenía ni idea de lo de María. El hombre quedó tan trastornado que Fran tuvo que pedirle en varias ocasiones que bajara la voz (no sé

cómo se atrevió), aunque en la casa ya nos habíamos enterado de todo. No sé qué hablarían después o qué sucedería cuando Fran salió de allí. Creo que primero fue a su casa, un rato después, salió para encontrarse contigo, Fernando. Nadie más volvió a verlo, al menos con vida. Lo que dicen es que Sebastián lo cogió a mitad de camino y lo mató con esa azada que han encontrado; luego lo subió hasta el Pino de Rocafría y lo dejó allí tirado, para que se lo comieran los buitres.

—Perdona, Nicolás —a Clara le interesaba mucho rellenar las horas en torno a la muerte de Fran, pero le interrumpió porque no terminaba de comprender el cierre de la venta—, ¿cómo es que finalmente María ha entrado en la herencia?

—Mi madre —sentenció Nicolás, algo molesto por la situación. Empezaba a recomponerse y, por lo tanto, a ser consciente de con quién se había desahogado.

Pero Clara insistió un poquito más, a riesgo de que la mandara a la mierda. No entendía qué tenía que ver su madre.

—Fue ella la que se empeñó en meter a María en la herencia cuando se enteró de todo aquella noche, durante la discusión de Fran y mi padre. Es muy beata, ¿sabes?, y cuando María era pequeña la preparó para hacer la primera comunión. Fue, cómo se dice, su catequista. Durante mucho tiempo, María la ayudó con las tómbolas que organizaba en la parroquia, o con el cuidado de las flores o del manto de la virgen. Como no había tenido niñas, pues le cogió mucho cariño, así que me imagino que el golpe fue tremendo. Con la muerte de Fran, mi padre ha estado un poco ido, supongo que habrá aprovechado el momento para convencerle, aunque creo que Rosario también insistió bastante. Estaba muy reticente, pero, cuando María entró en el reparto, accedió a firmar en seguida.

—¿Y María no tenía ni idea de esto?

—Que yo sepa no, siempre me pareció un poco inocente, aunque nunca se sabe. Las mujeres son muy cabronas, incluso las que van de buenas, y perdona, ¿eh?

—Nada, hombre, no te preocupes.

LA NOVIA VESTIDA DE ROJO

Rosario, Eugenia y María se fueron distanciando con los años. Era algo que todo el mundo quiso creer debido a la relación que Rosario y Eugenia habían tenido con Fran Borrego y al hecho de que María abandonara casi por completo el pueblo cuando empezó la facultad. Sin embargo, un extraño lazo unía a las tres chicas, cierta silenciosa complicidad las cobijaba, o cobijaba los sueños de lo que quisieron ser en algún momento de sus vidas y que, con la decepción de los años, se iba desvaneciendo poco a poco. Fuentegrande era un agujero negro, un enorme agujero negro en el que se iban perdiendo las ilusiones, pero entre las tres guardaban un secreto y eso, de alguna manera, las diferenciaba dentro del mundo mediocre y aburrido en el que les había tocado vivir.

Eso pensaba Rosario aquella mañana frente al viejo espejo de roble tallado que había en la habitación de su madre, heredado de su tatarabuela, y que algún día también sería suyo. Miraba el escote de su vestido de novia, acomplejada porque todos sabrían que llevaba relleno, y temía que Fran se riera de ella esa misma noche. No solía ser lo que se dice «decoroso» con ese tipo de cosas, especialmente si era algo relacionado con ella. Lo que más ilusión le hacía era el viaje de novios. Estaba deseando coger un avión, ver el Caribe y comprobar cómo eran los atardeceres más allá de las huertas.

Sus primas habían preparado a conciencia todos los detalles del acontecimiento, una boda de ese calibre lo requería, y para los fuentegrandinos había sido el único tema de conversación desde que el padre de Rosario y Francisco José Borrego lo anunciaron en el bar de Justo, invitando a una ronda a todos los que estaban allí esa noche.

Había unas diez cestas de mimbre con saquitos de arroz, de una tela similar a la del velo que suelen llevar las novias, aunque el de Rosario era de un encaje finísimo que pertenecía a la familia desde hacía más de un siglo. Como era verano, el regalo que se ofreció a las invitadas fueron unos abanicos pintados por la propia Rosario, que siempre había sido muy hacendosa y paciente. Para los hombres, como era habitual, el padre de la novia repartiría puros, de los más caros que encontró en el estanco, sin tener mucha idea de qué marca o tipo eran los adecuados, pues nunca había sido fumador, ni había acumulado ese tipo de conocimientos exquisitos.

La tarta la encargaron a una pastelería emblemática de Cansinos, hecho que molestó bastante a Chabela, que ya estaba consolidada como una gran cocinera, y cuya repostería era alabada igualmente por la femineidad fuentegrandina. Pero, cuando comprobó que ni siquiera la invitaban a la boda, entendió que todo lo que su familia pudo retener a lo largo de la historia de aquel ridículo lugar se había desvanecido con la muerte de sus padres. María, sin embargo, se sintió especialmente dolida. El secreto que guardaba aquel trébol en su nalga se había convertido en los últimos tiempos en un odio visceral hacia los Borrego, especialmente hacia Fran. Y

tener que guardar silencio, incluso ante su propia madre, era algo que aumentaba esa animadversión.

María, por supuesto, no solo estaba invitada, sino que era testigo del enlace. Un hecho que le costó muchos disgustos a Rosario por parte de su familia y del propio Fran, que entendía que no era la persona más adecuada para ello. Rosario, segura de que Fran había atado los mismos cabos que ellas ante la indiscreción de Lope Tapón, estaba encantada con el reto que esto suponía para todos y, con un morbo que ni siquiera la propia María supo entender, insistió en tener a su amiga cerca de ella ese día.

Más allá del número de invitados, del fastuoso menú seleccionado con cuidado por la madre de Rosario, de los grupos de música en directo que contrataron y de las infinitas horas de barra libre de las que disponían los asistentes al acontecimiento, había dos cosas que siempre eran igual en las bodas de Fuentegrande: la ceremonia en San Nicolás y la sesión de fotos en la ermita de San Mateo.

Como era verano, pensaron que sería mejor que la ceremonia fuera por la tarde y la sesión de fotos al atardecer, así la celebración sería más llevadera. El problema fue que ese mediodía Nicolás, Roque, Alfonso, Tomás y Lope se llevaron a Fran a tomar cervezas desde bien temprano, y cuando llegó la hora de ir a ducharse y ponerse el «traje de faena», así lo llamó el propio Fran, todos los testigos y el novio tenían una borrachera considerable. Cuando Rosario llegó al altar percibió el olor a alcohol, disimulado con abundante colonia, que desprendía su futuro marido, y un mal presagio estuvo danzando por la cabeza de la novia durante toda la ceremonia. En los últimos tiempos, Fran no aguantaba bien las borracheras, conseguía mantenerse más o menos vertical, eso no la preocupaba, pero su carácter se volvía irascible y violento y ella se veía obligada a contemporizar en largas peleas que casi siempre acababan en lágrimas. No quería eso para su boda. Era una mujer inteligente pero, de alguna manera, la habían estado educando para ese día, o para la frontera que definía ese día en su vida, y no era capaz de poner distancia. Quería a Fran, pero quería más lo que aquella unión significaba. Eso era algo que nadie le había inculcado, era un afecto similar al que Francisco José Borrego sentía por la tierra, pero con un barniz de conservación de la tradición que, en el fondo, escondía el mismo deseo de poder y de continuidad con lo establecido al que aspiraba su suegro. Era lo único que tenía, se hacía la ilusión de que el matrimonio con Fran le traería la posición y la fortaleza suficientes como para ser respetada, tal y como le ocurría cuando era tan solo una niña. No tendrían que pasar muchos años para que Rosario se diera cuenta del atávico papel secundario que habían preparado para ella.

Cuando a la salida de la iglesia notó que Fran se tambaleaba un poco y la hacía tropezar con la horrible alfombra roja que habían colocado en las escaleras de la entrada, sintió que estaba preparada para ejecutar su primer acto de poder, y, en un momento de distracción, entre los besos y abrazos de cientos de personas que se apelotonaban en torno a los novios, se acercó a su recién estrenado suegro y le

susurró un «Fran está borracho», acompañado de una mirada lánguida de preocupación, que provocó una reacción en cadena a la que más tarde no sabría cómo enfrentarse.

Cuando la gente se dirigió al banquete, los novios fueron conducidos por Tomás, que ese día hacía las veces de testigo y de chófer en su apreciado Mercedes, hacia la ermita de San Mateo, donde el fotógrafo los esperaba. Pero antes hicieron una parada en casa de los Borrego para que Fran se tomara un café bien cargado y escuchara la bronca que su padre le tenía preparada sobre la madurez y la responsabilidad. Fran escuchaba el sermón desde la cocina, mientras observaba el traje blanco de Rosario paseando de un lado a otro del largo pasillo que conducía hasta el salón. Hubo una mirada fugaz de Rosario, que le pareció algo extraña y que, debido a la paranoia que le solía provocar el alcohol, despertó la sospecha de la intervención de su mujer en el enfado de su padre. La sensación de claustrofobia empezó a inundar su pecho, y la mente de Fran Borrego comenzó a transitar entre la impotencia y la rabia, de una forma que, en realidad, le era ya bastante familiar.

Durante la cena los novios apenas se dirigieron la palabra. Los invitados pidieron un beso y se dieron un beso, los invitados pidieron baile y fueron obsequiados con un baile, pero la frialdad estaba instaurada entre los dos jóvenes, con esa falta de interés por todo lo que concierne al otro que conlleva la decepción.

Eugenia acudió a la boda con Orestes. En aquel momento tenía un novio del que empezaba a cansarse y al que mintió diciéndole que era una boda íntima, que solo le permitían un acompañante y que a su hermano le hacía ilusión asistir, pues conocía a los novios desde pequeño. A Orestes, que todavía no sumaba los veinte años, aquella boda le parecía algo absurdo y aburrido, pero, como siempre, no se atrevió a contrariar a su hermana, y se colocó el traje y la corbata que detestaba sin protestar ni una sola vez.

Eugenia se arregló con cuidado, aunque no de manera ostentosa. Para ella una boda en un pueblo no era digna de nada demasiado llamativo, y tampoco quería despertar suspicacias. Sí fue bien peinada, pero no se recogió el pelo, casi siempre prefería lucir su color dorado, ya teñido, pero que congeniaba perfectamente con el de su piel en verano.

Tal vez fue el vestido rojo lo que activó un extraño resorte en la mente de Fran; un fantasma del pasado, en forma de pasión y libertad, pasó delante de él a la dos de la mañana y, aunque había estado observándola de refilón durante toda la noche, fue el *whisky*, sobre el que se abalanzó en cuanto sus padres se fueron del recinto de la celebración, lo que terminó de desatar aquella familiar sensación de alivio, pero también de ira.

La gente bailaba y bebía de esa manera casi lasciva que dan la madrugada y las horas libres de compromiso. Muchos otros estaban reunidos en varios grupos y, al calor de la oscuridad, fumaban porros o se metían coca. Casi todas las chicas se habían quitado los tacones y andaban emperifolladas y descalzas, entre el baile y el

sueño: unas danzando con el rímel corrido, otras gritando indiscreciones de su vida, al abrigo de los enormes bafles que llevó el último grupo que tocaría esa noche.

Eugenia conservaba los zapatos puestos y el rímel en su sitio, pero no paraba de bailar y de beber con la despreocupada vitalidad que a Fran siempre le había fascinado. Aquella noche se había impuesto ignorarlo. Seguía existiendo una química indisoluble entre ellos, pero ella rechazaba cualquier idea que fuera más allá de una mirada o una sonrisa; sentía lealtad hacia Rosario, pero, sobre todo, sentía más desprecio que atracción por Fran Borrego.

Solo tuvo una debilidad, muy pequeña y casi imperceptible para el propio Fran. La vanidad de Eugenia era capaz de destruir cualquier buen propósito que se hubiera impuesto, pues era en esa vanidad donde residía su fortaleza. Pasó por delante de él cuando se dirigió al baño y aminoró el paso, muy lentamente, contoneándose cerca de las mesas donde estaba sentado para que pudiera verla bien; se sintió observada, sintió el deseo clavado en su cuerpo y extendió la intensidad de la mirada, quiso detener cada segundo para que pudiera verla bien, como si quisiera gritarle: mírame, soy una mujer maravillosa y ya no soy tuya.

Se escabulló algo arrepentida, sintiendo todo ese deseo acompañarla hasta el baño. Cuando entró, se miró al espejo y sonrió. Sacó del bolso la barra de labios y empezó a pintarlos despacio. Se sentía poderosa, le encantaba sentirse así.

Pero Fran no se conformó con esa mirada y la siguió de verdad hasta el baño, esperó hasta cerciorarse de que Eugenia estaba sola, entró y cerró el pestillo. No dijo nada, no escuchó nada: se abalanzó sobre su rubia y empezó a besarla. No podía controlar los brazos que intentaban apartarlo ni las uñas que le arañaban la cara. Le dio la vuelta, con una mano le sujetó los brazos sobre la espalda y con la otra le bajó las bragas. Se desabrochó el traje de faena y empezó a follársela, sí, así, como a ella le gustaba y, cuando terminó, la dejó allí tirada, con las bragas rotas, el rímel corrido y el color rojo de la barra de labios mezclado con las lágrimas en su cara.

Los invitados se fueron marchando, el salón quedó silencioso y repleto de olor a sudor y alcohol. Orestes llevaba horas buscando a su hermana. El único sitio donde no se atrevía a entrar era el baño de chicas, buscó a María y le pidió, por favor, que lo hiciera ella. María oyó un llanto tras la puerta de uno de los retretes y le pidió que abriera. Unos veinte minutos después salió del baño y le pidió a Orestes que entrara y llevara a su hermana a casa.

La novia deambulaba por los jardines del recinto, completamente abochornada porque el novio no daba señales de vida desde hacía dos horas, cuando María se tropezó con ella y le contó lo que Fran había hecho. Hablaron hasta el amanecer, estaban de acuerdo en casi todo, incluso en que Rosario debía tener un hijo de Fran Borrego.

Habría que explicárselo con calma a Eugenia. No había prisa.

Y DE POSTRE...

El olor de los membrillos maduros anunciaba el principio del otoño. Se propagaba por las huertas de Fuentegrande durante los últimos días de septiembre y la fruta podía recolectarse a veces hasta bien entrado el invierno. El Hostal Las Rosas también estaba invadido por aquel olor frutal que a nadie desagradaba. Chabela cogía algunos cuencos grandes de barro y colocaba los membrillos en la recepción, en el descansillo de las escaleras y en las habitaciones. Todos los huéspedes lo mencionaban, agradeciendo el gesto. Incluso Clara, que el otoño anterior no había tenido el juicio lo suficientemente lúcido para atender esos detalles, valoraba ahora aquella fragancia que le resultaba, sin serlo, inmensamente familiar.

—Me tienes que regalar algunos para mi casa. El olor a cerrado me deprime muchísimo.

En las últimas semanas, Clara Ibáñez había decidido que ya era hora de dejar Las Rosas y regresar a su casa. Fue una decisión que tomó unos días después de que se cumpliera un año de la muerte de su marido, de que cerrara el reportaje sobre Depwater y la muerte de Fran Borrego y de que Fernando Alegría se marchara. Pero estaba convencida de que ninguno de estos acontecimientos había sido el detonante de aquella decisión; fue algo más simple y fácil, como suele ocurrir cuando no hay factores externos que te condicionen o te hagan valorar pros y contras. Esas tonterías, pensaba Clara, solo se hacen si hay más personas afectadas. Las decisiones que se toman en soledad y para la soledad son siempre más fáciles, porque no conllevan la trascendencia del compromiso o la responsabilidad con el otro.

Desde que murió, Clara había dejado de pensar y funcionaba casi como una autómatas: el trabajo, el *whisky* y salir a correr eran distracciones con las que seguir respirando se convertía en algo menos incordioso, pero, realmente, se encontraba en estado de *shock*.

Despertó el mismo día que se dio cuenta no solo de que estaba sola, sino de que aquello era algo que le gustaba. Era la primera vez en su vida que podía tomar decisiones por sí misma, tenía que decidir si se quedaba en Fuentegrande o no, si le apetecía seguir trabajando en el periódico o no, si quería montar una huerta, poner una tienda, escribir poesía o hacer ganchillo. Todo, absolutamente todo, era una decisión que solo la afectaría a ella.

Fue consciente de ello bebiendo el agua helada de una de las fuentes que había a la entrada de pueblo una mañana que regresaba de correr por aquella carretera que separaba Fuentegrande del resto de la civilización. Estuvo unos segundos parada frente al agua que corría despacio y segura, sin pausa, y la lucidez de aquel pensamiento le produjo una sensación de euforia que jamás había experimentado. También había algo de vértigo, provocado solo por la novedosa certeza de poder hacer lo que le diera la gana. Y, por ahora, lo que le daba la gana era tener una casa para ella sola, aunque tuviera que enfrentarse al dolor que encerraba la cocina donde

había desayunado con Marcos tantas veces, la cama donde dormían, la terraza con vistas a las huertas que disfrutaron solo un verano y el salón donde leían, veían la tele y donde aquella noche de hacía ya un año su marido había respirado por última vez.

—Llévate los que quieras, este año hay muchísimos —le dijo Chabela—. Tienes que seguir viniendo a comer o a cenar de vez en cuando, Clara. No creo que seas capaz de alimentarte en condiciones y el *whisky* tiene muy pocas proteínas, ya lo sabes.

Clara sonrió y le dijo con ironía que podía aprender a cocinar:

—Tampoco tiene que ser tan difícil.

—Pues mira, puedes empezar por ayudarme con la carne de membrillo, que no es difícil, pero es muy trabajosa de hacer. Toca. ¿Ves?, la piel del membrillo es muy dura. Primero hay que cocerlos hasta que se reblandecen; cuando están templados se pelan y se trocean quitándoles el corazón. Es una fruta amarga, hay que pesarla y añadirle la misma cantidad de azúcar. Se liga con zumo de limón, si no, queda demasiado dulce.

Cuando la masa del membrillo estuvo preparada, Chabela la metió en una gran olla que había puesto al fuego y comenzó a darle vueltas con un cucharón de madera. Poco a poco, la carne de membrillo empezó a burbujear. El suave color, como de arena de playa blanca, iba adquiriendo una tonalidad cada vez más oscura, a medida que el azúcar se tostaba. Era un proceso lento y aburrido, había que darle vueltas constantemente para que no se quemara, por lo que requería de algún que otro relevo. Clara vio a Chabela bastante acalorada —todavía no hacía nada de frío y el movimiento junto al fuego no ayudaba—, así que le pidió que la dejara continuar un rato. La cocinera aprovechó para sacar los cuencos en los que depositaría el postre. Esto se hacía cuando, al sacar una cucharada de la masa, se solidificaba enseguida, pero para eso todavía quedaba un poco. Al rato apareció María en la cocina para ayudar a Clara.

Las dos miraban la masa burbujear, el movimiento en círculo tenía un punto meditativo. Clara se sintió incómoda en aquel silencio y quiso romperlo con una conversación cualquiera, pero lo único que se le ocurrió fue preguntarle a María si sabía algo de Sebastián.

María no cambió la expresión de su cara, permaneció dando vueltas y más vueltas con el cucharón de madera, pero no pudo evitar soltar un suspiro, entre el aburrimiento que parecía provocarle ya aquel tema y la resignación por verse obligada a hablar de ello.

—No va a ir a la cárcel, supongo que eso sí que lo sabes. Ahora mismo está ingresado en el área de psiquiatría del hospital de Cansinos y seguramente en tres meses pueda salir bajo vigilancia. Los médicos piensan que fue un brote provocado por algún recuerdo.

—Pero dicen que él no recuerda haber hecho nada, que al parecer lo hizo en un estado de enajenación tal que su mente lo ha borrado de su memoria.

—Puede ser. El pobre de Sebastián ha estado siempre muy puteado por todos, especialmente por los que decían ser sus amigos.

María seguía mirando fijamente el trabajo de su muñeca, permanecía con una seriedad que a Clara le pareció, por un segundo, algo forzada.

—¿Y sabes cuál puede ser el detonante de todo eso?

—Has terminado ya tu reportaje, ¿no? —interrumpió María, algo molesta por la insistencia de Clara.

Eso aumentó la curiosidad de la periodista, que, desde que había publicado su artículo, tenía la sensación de que algo importante se le había escapado, pese a que había sido muy criticada por escribir la historia de Fran con excesiva minuciosidad. Incluso los Borrego habían amenazado con quitar publicidad del periódico, algo que con la presencia de Depwater en la comarca le restaba poder de persuasión a la que había sido la familia más poderosa de la zona.

—Sí, sí, es solo que no me ha quedado claro el porqué, y eso me atormenta, ya sabes cómo soy de insistente, pero perdona si te molesta hablar del ello.

—No me molesta, bueno, no más que a cualquiera del pueblo. —María intentó justificarse, pero, al ver que Clara seguía buscando una respuesta con la mirada, improvisó—: Es que Fran Borrego hizo mucho daño, en general, pero lo de Sebastián pudo ser por cualquier cosa. Una vez le dieron entre todos una paliza que por poco lo matan, y solo porque le dio un beso a Eugenia en la mano, cuando esta y Fran eran novios.

Aquello no mitigó la extrañeza que todo el asunto le seguía provocando a Clara, pero Chabela entró en la cocina interrumpiendo la conversación, comprobó que la masa ya estaba preparada y, entre ella y María, llevaron la olla hasta el porche, donde había más de treinta cuencos repartidos por todos lados.

—Está anocheciendo y empieza a refrescar, en el porche se enfrían antes —explicó Chabela.

Clara las acompañó afuera, sin dejar de percibir esa actitud molesta que tenía María hacia ella, como si estuviera rompiendo con su presencia algún tipo de intimidad. Y por lo visto, así era.

Cuando salieron, le sorprendió ver que Rosario y Eugenia Pereira estaban sentadas en las sillas de mimbre. Hablaban en voz baja, pero serenas, aunque ambas callaron cuando vieron a Clara. Todas parecían saber muy bien lo que había que hacer, como si fuera un ritual aprendido durante muchos años.

—No sabía que Rosario, Eugenia y María fueran tan amigas —le dijo Clara a Chabela cuando estas parecían distraídas con la tarea.

—Mucho, desde que eran pequeñas. Fíjate que todos los años, desde no me acuerdo cuándo, me ayudan con el membrillo. Ha habido años que Eugenia venía el fin de semana solamente para eso.

—Pues todas las veces que he hablado con ellas me han dado a entender que habían perdido el contacto.

—Bueno, en cierto sentido puede que así fuera. Ten en cuenta que las tres han seguido rumbos muy diferentes. Es normal que esa distancia se establezca, pero, en el caso de ellas, creo que siempre ha sido superficialmente. Por muy poco que se vieran, por mucho tiempo que pasara, siempre había entre ellas esa complicidad que, a veces, traen los recuerdos compartidos.

—O los secretos —dijo Clara en voz alta, con la mirada clavada en María, que se había acercado a la alberca de agua natural para coger una de las sandías que Chabela guardaba en aquella enorme red, con la que entre dos apenas podían. Sin embargo, María, con una fuerza asombrosa, la había sacado ella sola del agua.

Hay mujeres extraordinariamente fuertes, pensó Clara mientras Chabela la miraba con el ceño fruncido, para dedicarse, acto seguido, a la tarea del membrillo, que era lo que más le importaba en ese momento. Se daba por sentado que las mujeres eran menos fuertes que los hombres, porque la norma general lo confirmaba, pero había mujeres que rompían esa norma, claro que sí; las había visto desde siempre: en el colegio siempre hubo alguna que se atrevió a meterse en una pelea con un chico, saliendo más o menos airosa, no hacía falta que fueran especialmente grandes. También había visto en las huertas a mujeres de brazos y piernas pequeñas, como María, trabajando con grandes azadas.

Clara permanecía de pie, quieta, observando los movimientos decididos de aquellas mujeres, mientras su mente entraba en aquel bucle de pensamientos automáticos que le daba grandes resultados y también, a veces, grandes dolores de cabeza.

Estos pensamientos se acrecentaron cuando apareció Orestes, el hermano de Eugenia Pereira. Venía a recogerla porque esa misma noche salían para la ciudad. Clara confirmó la sumisión que aquel jovencito de mirada perdida y dulce le tenía a su hermana y recordó que él era la coartada de Eugenia para la noche de la muerte de Fran. Un chico apocado que adoraba a su hermana: afirmaba que ella no había salido esa noche. Difícil de demostrar.

Cuando Eugenia y Orestes se marcharon, Chabela insistió en que Clara se quedara a cenar, pero Rosario y María no parecían demasiado entusiasmadas con la idea. Esto no habría sido un impedimento para que Clara aceptara la invitación de Chabela, le importaban poco ese tipo de cosas, pero, realmente, no tenía ganas de permanecer mucho más rato en Las Rosas, sentía un frío extraño. La incertidumbre, a veces, provoca frío.

Al salir del hostel, vio la enorme ranchera de Fran en el aparcamiento, la misma que habían encontrado en Rocafría, junto a su cadáver. Supuso que ahora la usaba Rosario y recordó que en su reportaje escribió que Sebastián había llevado el cuerpo de Fran en esa camioneta y, luego, se había vuelto andando, pero ahora le parecía extraño que en el supuesto estado de enajenación en el que estaba el Loco aquella noche hubiera conducido por un camino oscuro y tan difícil de recorrer sin recordar absolutamente nada.

Clara Ibáñez recorrió las callejuelas de Fuentegrande en la penumbra de las primeras horas de la noche. Las farolas recién encendidas parecían acompañarla en su camino, pero la luz molestaba a la periodista, que, con cada paso que daba en la oscuridad, parecía encontrar una pieza perdida de aquel puzle que tan mal había reconstruido. Qué estúpida había sido, se recriminó cuando todo encajó.

No sabía qué la molestaba más: que la hubieran engañado o que, en realidad, nunca podría demostrar lo que, tal vez, no era más que una intuición.

Aquella noche Clara Ibáñez no habría pegado ojo, pero, afortunadamente, había un coche aparcado en la puerta de su casa. Un Toyota negro que reconoció enseguida. Fernando la esperaba desde hacía un rato, escuchando música y leyendo el periódico. No tenía llaves de la casa. Clara nunca se las daría.

«Especialmente, porque todo se acaba, Fernando», le dijo una noche mientras hablaban de la posibilidad de estar juntos, a la manera en que las parejas deciden hacerlo, esa que casi siempre decepciona.

Fernando sonrió, le hacía gracia escuchar en boca de Clara alguna de esas teorías que le habían dado sustento argumental a su falso hedonismo durante tanto tiempo. Tarde o temprano, ella también se daría cuenta de que esas teorías desaparecían cada vez que estaban juntos. No hacía falta que fuese en una cama, podían estar en un portal que los cobijase una noche en la que la urgencia ganara el pulso a la comodidad, en el ascensor de un hotel de Cansinos con tantas plantas que la subida necesitara algún tipo de distracción, en la oficina del periódico, para jugar a la fiesta-siesta, o en el baño de un restaurante al que jamás podrían volver sin despertar la risa de algún que otro camarero.

Nada de lo que pudiera ocurrir más allá de esos momentos les importaba demasiado. Al fin y al cabo, eso no era la vida real. ¿O sí lo era?

FIN

Lista Spotify de las canciones que aparecen en *Cuando éramos ángeles*

<https://open.spotify.com/user/beatrizm9/playlist/6wNbMOZuyl3dzXNssylsTx>

Smells Like Teen Spirit, Nirvana
Give It Away, Red Hot Chili Peppers
Under The Bridge, Red Hot Chili Peppers
One, U2
The Angel And The Gambler, Iron Maiden
I Don't Want to Miss a Thing, Aerosmith
Chinese Democracy, Guns N'Roses
Stone Cold Crazy, Queen
Nothing Else Matters, Metallica
Californication, Red Hot Chili Peppers
Scar Tissue, Red Hot Chili Peppers
Wonderwall, Oasis
Walk on, U2
Mambo Number Five, Del Baldo
Believe, Cher
Baby One More Time, Britney Spears
American Woman, Lenny Kravitz

Beatriz Rodríguez